

Emilio Cordero Michel

LA REVOLUCIÓN HAITIANA Y SANTO DOMINGO



Proyecto de Digitalización
Biblioteca Comunitaria de la Historia



Serie Educación y Sociedad N° 2



LA REVOLUCIÓN HAITIANA Y SANTO DOMINGO





EMILIO CORDERO MICHEL

LA REVOLUCIÓN
HAITIANA
Y SANTO DOMINGO



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

SANTO DOMINGO
República Dominicana
2000



LA REVOLUCION HAITIANA Y SANTO DOMINGO

© Emilio Cordero Michel
Cuarta edición corregida y ampliada, 2000

ISBN: 84-95193-04-3

Ediciones
Universidad Abierta para Adultos (UAPA) y
Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO)
Sede Santo Domingo

Composición y diagramación:
Deisy Ortiz

Ilustración:
Proclamación de la independencia de Haití.
Oleo de Philippe Auguste, Museo Nacional, Puerto Príncipe, Haití.
Reproducido por Hermann, Bernard y Montas, Michéle. *Haiti*.
Éditions du Pacifique. Papeete, Tahiti, 1975, p.116

Arte de portada e impresión:
Editora BÚHO
Calle José Contreras 126
Tels.: 532-2343 / 533-6606
Santo Domingo, República Dominicana

ÍNDICE

Palabras para la cuarta edición	9
Reiteración de un prólogo	13
Prefacio	15
Introducción	19
Situación económica de la colonia	23
Las clases sociales de la colonia	32
Efectos de la Revolución Francesa	42
Sublevación de los esclavos: Toussaint Louverture	48
El régimen louverturiano	60
Toussaint en el Santo Domingo Español	66
Invasión de Leclerc e independencia haitiana	75
Dessalines en el Santo Domingo Español	99



Conclusiones	135
Bibliografía	142
Índice de lugares	147
Índice de nombres	153



PALABRAS PARA LA CUARTA EDICIÓN

Me enorgullezco de ser amigo de Emilio Cordero Michel desde que regresé de hacer estudios, en el exterior, en 1971, pues su integridad moral ha sido para mí fuente de inspiración. La misma noche en que Carlos Ascuasiati y Marcos Rodríguez me llevaron a su casa puso su biblioteca a mi disposición con la generosidad que lo caracteriza, salieron los primeros temas del intercambio que hemos venido sosteniendo y se perfiló la fraternidad ininterrumpida. El dilatado intercambio me ha proporcionado el privilegio de aprender de su saber acerca de la historia dominicana. Por tanto, no puede sino provocarme especial satisfacción que él me haya pedido una palabra de presentación para esta cuarta edición de *La Revolución Haitiana y Santo Domingo*; edición corregida y ampliada con dos índices: uno de lugares y otro de nombres.

He aquilatado que lo más valioso de su saber se desprende de la conexión con la experiencia, la cual se proyecta al proceso histórico en su conjunto y le confiere una dimensión vital a muchas de sus apreciaciones sobre hechos recientes. Esto es producto de haber hecho historia al servicio del pueblo. Se lanzó a la lucha contra el trujillato como miembro de la Juventud Democrática en 1946, todavía adolescente, siendo confinado durante un año en Villa Anacaona (Tirolí). En New York, en 1959, antes de la partida de los expedicionarios del 14 de junio, pasó a formar parte del Movimiento de Liberación Dominicana, organización que agrupaba a sectores de izquierda del exilio. Al retornar al país en 1961 se integró al



Movimiento Revolucionario 14 de Junio, estableciendo estrecha amistad con Manuel Aurelio Tavárez Justo. En virtud de su peso en esa constelación de revolucionarios y de su fidelidad al líder, le correspondió participar en el alzamiento guerrillero de noviembre de 1963.

Tras su segundo exilio, en 1966, se orientó hacia el trabajo académico y la investigación histórica, siendo este libro el primer resultado de dicha labor. En el contexto del Movimiento Renovador de la Universidad Autónoma de Santo Domingo se persiguió un replanteo de los trazos de nuestra historia, en el que también tomaron parte Hugo Tolentino, Juan Isidro Jiménez Grullón, Franklin Franco, Pedro Mir, Francisco Alberto Henríquez y Antonio Avelino. Surgió lo que puede calificarse como una corriente materialista y crítica dentro de la historiografía dominicana. En el marco de uno de los eventos que se organizaron en esos años, Emilio Cordero Michel presentó una ponencia que fue la base de este libro.

Aborda un tema capital para la historia dominicana: la evaluación del impacto de la Revolución Haitiana en el decurso histórico del siglo XIX. Durante la época de Trujillo, autores como Manuel A. Peña Batlle y Máximo Coiscou Henríquez sistematizaron una perspectiva tradicionalista que situaba los males sempiternos del país a partir de la incidencia de la vecina colonia francesa y, sobre todo, del proceso revolucionario que se registró en ella a fines del siglo XVIII, por cuanto ocasionó la emigración de las personas instruidas de las clases superiores, la "flor de las familias". En esos autores gravita un prisma que otorga protagonismo exclusivo a las clases superiores, lo que se proyecta a través de convicciones eurocentristas y racistas. De igual manera, se desvirtúa el examen de las causas y de los contenidos de los males para poder autorizar el remedio del despotismo de estilo trujillista.



En este libro se parte de una conceptualización de lo acontecido en Haití para fundamentar una explicación alternativa a la tradicionalista. Así puede ir al meollo del problema, aseverando que las consecuencias de la Revolución Haitiana en las relaciones sociales en Santo Domingo contribuyeron decisivamente a la eclosión de la conciencia nacional. Demuestra cabalmente que las aspiraciones por la libertad y la igualdad que comenzaron a bullir entre los dominicanos se asociaron a los cataclismos que siguieron al Tratado de Basilea, medida unilateral de España que obligó a los dominicanos que decidieron permanecer en el terruño a hacerse cargo de su destino.

No se ignora la complejidad que comportó ese proceso en lo relativo a la contraposición de intereses nacionales a causa de la persistente y desgraciada pretensión del Estado Haitiano por subordinar a los dominicanos. Pero se inaugura una corriente de reflexión al aseverar que eso no fue lo único: rescata episodios olvidados de colaboración de dominicanos y haitianos contra la opresión de las metrópolis, como a propósito de la lucha contra el dominio francés en Santo Domingo en 1808. Lo crucial a ese respecto, sin embargo, radica en el reconocimiento de que los gobernantes haitianos aplicaron políticas revolucionarias que contribuyeron a dejar atrás aspectos del ordenamiento colonial. Esto constituyó una premisa para que se enunciase el proyecto de fundación de una comunidad de iguales, como lo esbozaron Juan Pablo Duarte y sus discípulos.

El sentido de ese complejo proceso se advierte en su desenlace: los gobernantes haitianos, finalmente, se vieron forzados a renunciar a la integración forzosa de los dominicanos en su Estado cuando estos ratificaron su vocación por la autodeterminación derrotando al ejército español en 1865.



Mucho ha dicho Emilio Cordero Michel con posterioridad a ese respecto, por ejemplo en el abordaje sobre la relación de Gregorio Luperón con Haití. Pero, naturalmente, está involucrada una temática que, por su importancia, sigue abierta a desarrollos y que, al mismo tiempo, le sigue confiriendo actualidad a este libro.

ROBERTO CASSÁ

Enero de 2000



REITERACIÓN DE UN PRÓLOGO

Emilio Cordero Michel, que hace de la amistad una calurosa vocación de entrega, me honra mucho al pedirme que le escriba algunas palabras en el frontispicio de esta obra.

Y digo esto porque sólo la amistad con que me distingue puede explicar esa petición, ya que *La revolución haitiana y Santo Domingo* cuenta, desde 1968, con el mejor de los prólogos. En efecto, en ese año apareció la primera edición de este libro y fue tan rápida su desaparición de los anaqueles de las librerías y tan sustanciosa la crítica que le acogió, que el prólogo a esta segunda edición le viene escrito por la vida misma en los términos más rotundos y halagadores: los del éxito. Fácil, pues, y hasta inmerecido, el honor que gano en este tenor de prologuista prologado. Pero es obstinación de amigo. Y la acepto porque, además de honrarme, me enorgullece.

Ahora bien, poco me es permitido decir. Lo más que puedo es reiterar, repetir, acentuar, las razones que han hecho de este libro un instrumento indispensable para comprender la verdad total de la historia dominicana de la primera mitad del siglo XIX.

Cuando hablo de verdad total quiero decir que las raíces causales de ciertos hechos históricos muy importantes para la vida del pueblo dominicano no tienen, obligatoriamente, que buscarse y encontrarse en la íntima geografía. Desbordando los límites materiales de la división fronteriza, la culminación eficiente de determinadas coyunturas históricas de la



parte oriental de la isla se sitúa, en tiempo y espacio, en la actividad vital del pueblo de occidente.

El Tratado de Basilea y sus consecuencias son buena prueba de esta aseveración. La acción de Toussaint Louverture en ese contexto sobrepasa el marco de la colonia francesa y se hace realidad transformadora en la colonia española.

Rasgando el velo de las pre-concepciones y de los odios de singularidad chauvinista y tras analizar la Revolución Haitiana y la unificación de la isla por Toussaint, Emilio Cordero Michel pone muy en claro ese frecuente fenómeno de intercambio genético en la producción de la vida histórica de los pueblos haitiano y dominicano.

Si fuera mi pretensión ir más lejos en la reiteración de las bondades de esta obra, me bastaría con recordar que la explicación que ella ofrece acerca del drama de dos sociedades cuyos orígenes coloniales les resultaban un enorme impedimento para galvanizar la categoría sociológica del Estado Nacional, es de un valor inestimable para la comprensión de su actualidad estructural.

Esa común tipificación histórica nos obliga a los dominicanos y a los haitianos a comprender que nuestras dolorosas tragedias –y nuestras tristes realidades nacionales– sólo pueden ser superadas arrancando desde su mayor profundidad las raíces que sembró el colonialismo y que hoy, todavía más arraigadas aún, hinca en nuestra tierra el imperialismo norteamericano.

Sería una pesadez de mi parte agregar más palabras a la reiteración de un prólogo que esta obra escribió sin necesitar de nadie. Y pienso ahora que la primera frase que he debido escribir debió haber sido esta: lector, no pierdas tiempo, ve al grano, inicia tu lectura en la obra misma.

HUGO TOLENTINO DIPP

Mayo de 1974



PREFACIO

Generalmente, los dominicanos que escribieron y escriben sobre la revolución de la colonia francesa de Saint-Domingue y todos los acontecimientos en que se han visto envueltas las poblaciones de las dos partes de la Isla de Santo Domingo, dejan un grotesco y deformado retrato del pueblo haitiano, de su gesta independentista y de sus dirigentes. Para ellos, el vecino pueblo hermano no es más que “un hatajo de salvajes africanos”; la revolución de 1791-1804 una “feroz guerra racial de negros asesinando blancos”; los caudillos de la lucha revolucionaria unos “perversos”, unos “bárbaros” y “sádicos negros criminales”.

Estas desfiguraciones históricas han traumatizado la formación intelectual de las generaciones que, obligatoriamente, ante la ausencia de otras fuentes, estudian y abrevan en sus obras desde la educación primaria. De ahí que la gran mayoría de la juventud dominicana tenga una visión distorsionada de la historia, del carácter y las proyecciones de la revolución e independencia de Haití y, lo que es peor aún, manifieste sentimientos de desprecio y odio hacia nuestros vecinos basados en los falsos e interesados planteamientos de superioridad racial de esos historiadores.

Estos planteamientos, sin embargo, no deben extrañarnos mucho, sobre todo si recordamos que las ideologías desarrolladas dentro de un período histórico determinado siempre son retroactivas, en todos los aspectos del conocimiento



humano, a las bases económicas a las cuales obedecen. Por lo tanto, es en las ideologías de nuestros historiadores y en los métodos históricos derivados de ellas, donde debemos escudriñar para explicarnos sus concepciones.

Dichos métodos hacen caer a nuestros historiadores en una explicación de la estructura y del movimiento histórico de las sociedades que se desarrollaron en los dos extremos de la isla, de acuerdo con sus interpretaciones de la mentalidad de los protagonistas humanos, lo que constituye una concepción personalista de la historia, en la que todo el movimiento y las estructuras sociales son explicados por el papel desempeñado por el “hombre providencial” como motor de la historia. Los llevan, además, a un racismo abierto, cuando no encubierto y a sostener que una cultura es esencialmente superior a otra por sus potencialidades humanas, cuando es bien sabido por todo estudioso de las ciencias sociales e históricas, que ningún grupo de hombres es superior a otro por sus cualidades humanas o potencialidades medias.

Importante es tener presente, que la historia no se reduce a la actitud de personajes aislados y de sus intereses particulares. Semejante comprensión del proceso histórico está profundamente equivocada. Aunque en la historia de la sociedad actúan hombres que siguen fines determinados, sus acciones individuales se enmarcan dentro de un sistema objetivo de relaciones sociales que se desenvuelven de acuerdo con sus propias leyes y no dependen de la voluntad y la conciencia de los hombres. Justamente, este sistema objetivo de relaciones sociales, constituye, en su desarrollo gradual, el objeto del conocimiento histórico.

Resulta obvio que critiquemos estas concepciones metodológicas de la interpretación histórica y que las mantengamos alejadas de este ensayo, puesto que tienden, forzosamente, a ocultar y a justificar la existencia universal,



intemporal, de instituciones sociales y políticas que se encuentran desligadas de la realidad objetiva del desarrollo social y de nuestro presente histórico.

El estar en contradicción con las concepciones que encauzaron y que todavía guían a muchos historiadores dominicanos en la interpretación histórica de la revolución e independencia de Haití, nos obliga a presentar la nuestra. Hacemos el enfoque a la luz del estudio del modo de producción de la colonia, de sus fuerzas productivas, de las relaciones de producción resultantes; de su lucha de clases y de la función que éstas desempeñaron en la dinámica del proceso revolucionario. Este último aspecto es de suma importancia, ya que en toda sociedad dividida en clases antagónicas –y en ninguna esta división fue tan marcada como en la de Saint-Domingue– la lucha de clases es la fuerza motriz de su historia.

En consecuencia, no contemplamos esta revolución como un fenómeno aislado y particular de un sólo grupo humano específico, ni la juzgamos con normas ideológicas eternas, sino que lo hacemos desde el punto de vista de las condiciones materiales que la originaron, en el movimiento histórico de la sociedad colonial y de sus conexiones con otros fenómenos dentro de ese movimiento. Consideramos que sin este tratamiento de los hechos sociales es imposible la existencia y el desarrollo de la ciencia histórica, y que únicamente con el método que adoptamos se puede evitar caer en la serie de accidentes y de absurdas deformaciones en que se han hundido casi todos nuestros historiadores.

Al examinar la calidad de la revolución, también es necesario recordar, si se quiere comprender todo su impacto, que fue la primera revolución antiesclavista triunfante de la historia, y este hecho en sí mismo, al margen de las institucio-



nes políticas y sociales resultantes, tuvo una enorme influencia sobre los pueblos colonizados y esclavizados de América.

Es posible que el presente ensayo suscite muchas controversias. En tal caso habrá logrado su objetivo si la discusión extensa y constructiva permite ahondar, más aún, en un tema tan poco tratado por los historiadores dominicanos.

Muchas veces, no lo negamos, en nuestra búsqueda de la verdad objetiva hemos tenido que desbrozar los tabúes, fetiches y viejos mitos que ocultan, cuando no deforman, los hechos históricos que han afectado a los pueblos de Haití y República Dominicana. Sin embargo, como los juicios emitidos por los historiadores —y, con mayor razón, por los aprendices de la historia, cual es nuestro caso— contienen inevitablemente un elemento subjetivo determinado y están sujetos a rectificaciones, a medida que se amplían y profundizan nuestros conocimientos, es seguro que los de este ensayo no escapan a la regla. Confiamos, no obstante, que darán impulso a otras monografías e investigaciones que ayuden a talar los árboles que impiden contemplar el bosque de nuestra historia en sus verdaderas dimensiones.

Finalmente, deseamos expresar nuestra gratitud a los amigos y compañeros, Marcio Veloz Maggiolo, Hugo Tolentino Dipp, Franklyn Franco y Pedro Mir, de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, quienes nos alentaron y prestaron su colaboración leyendo los originales, en unos casos, pres-tándonos sus valiosos consejos, en otros, y en general, haciendo más grato y entusiasta este trabajo.

EMILIO CORDERO MICHEL

Diciembre de 1968



INTRODUCCIÓN

Durante el curso de los Siglos XVI, XVII y la casi totalidad del XVIII, largo y doloroso período colonial en América, el continente europeo sirvió de escenario a continuas guerras de expansión económica y política: a las llamadas “guerras de rapiña”. La causa determinante de estos conflictos fue la lucha a muerte entablada entre la clase feudal dominante y la emergente burguesía que, aunque ya controlaba los medios de producción, carecía de las instituciones políticas que le asegurasen su posterior desarrollo.

No creemos que resulte inapropiado recalcar la importancia del papel desempeñado por las colonias americanas en el proceso histórico de esta lucha, ya que por constituir su producción la base del comercio europeo, se convirtieron en factor fundamental del desarrollo de la burguesía y del capitalismo. Más aún, la existencia misma de esta burguesía, así como su expansión y fortalecimiento en el proceso de la lucha librada contra las monarquías feudales en el seno de sus naciones, dependieron, casi exclusivamente, de la posesión de los territorios coloniales y de la explotación de sus masas productoras: esclavos negros e indios. Por ello, las luchas de la burguesía europea por los mercados coloniales fueron la piedra angular de la pugna general de esta clase contra el agonizante feudalismo, y las guerras comerciales –iniciadas en la zona del Caribe, particularmente en Santo Domingo,



desde las postrimerías del Siglo XVI– vinieron a ser una manifestación endémica de este período histórico.

Es bien conocido de todos que las colonias americanas no fueron explotadas por la burguesía europea bajo la forma del trabajo asalariado, libre, que sirve de base al modo de producción capitalista, sino bajo la forma del trabajo esclavo. Esto se debió a que el crecimiento del capitalismo y de nuevas relaciones de producción en Europa no significaron, de manera alguna, que el nuevo sistema de producción rompiera totalmente con las formas de explotación de épocas anteriores. Por el contrario, el desigual desarrollo de las fuerzas productivas en las distintas regiones del globo determinó que en el tránsito del régimen feudal al capitalista –paso que fue impulsado por el afán de obtener el máximo de ganancias sobre el trabajo– se utilizaran formas y métodos de explotación de períodos previos porque ellos, precisamente, aseguraban una elevada tasa de plusvalía a esta nueva clase capitalista. De ahí que el nacimiento del capitalismo y su penetración en América estuvieran acompañados del renacimiento del modo de producción basado en la esclavitud.

La importancia que tuvo la esclavitud en el desarrollo del capitalismo y la industria fue decisiva. Tal y como enseña Marx:

“La esclavitud directa es un pivote de nuestro industrialismo actual, lo mismo que las máquinas, el crédito, etc. Sin la esclavitud, no habría algodón, y sin algodón, no habría industria moderna. Es la esclavitud lo que ha dado valor a las colonias; son las colonias lo que ha creado el comercio mundial, y el comercio mundial es la condición necesaria de la gran industria mecanizada. Así, antes de la trata de negros, las colonias no daban al mundo antiguo más que unos pocos productos y no cambiaron visiblemente la faz



de la tierra. La esclavitud, es, por tanto, una categoría económica de la más alta importancia (...) y por eso se observa en cada nación desde que comenzó el mundo. Los pueblos modernos sólo han sabido disfrazar la esclavitud en sus propios países e importarla al Nuevo Mundo (...)." ⁽¹⁾

A la luz de las aseveraciones de Marx comprendemos por qué la burguesía francesa, ávida de rápidos enriquecimientos que le permitieran la necesaria acumulación de capital para el desarrollo industrial, implantó en la colonia de Saint-Domingue un modo de producción esclavista que descansó en las siguientes bases: 1) grandes inversiones de capital; 2) concentración de la propiedad territorial en pocas manos; 3) explotación eficaz de los recursos naturales mediante la utilización de los progresos técnicos de la época; y 4) explotación de las masas esclavas que producían para el mercado metropolitano.

Al implantarse este modo de producción también se sembraron las semillas que dieron nacimiento a las fuerzas que lo destruyeron, y las condiciones de la esclavitud, así como las contradicciones de las clases que estructuraron la sociedad, hicieron de Saint-Domingue el punto neurálgico de todo el sistema colonial europeo. Al lado de la opulencia de un reducido número de terratenientes y comerciantes blancos coexistían una clase media mulata y blanca y centenares de miles de esclavos produciendo con técnicas que, en lo aparente, no correspondían a esa brutal forma de explotación del trabajo. La ausencia de toda libertad, las miserables condiciones de vida y el cruel tratamiento recibido para forzarlos a trabajar

(1) Carlos Marx. "Carta a A. P. V. Annenkov". *Obras escogidas de Carlos Marx y Federico Engels*, Vol. II, p. 452.



en beneficio de sus amos, hicieron de los esclavos la clase más revolucionaria. Por otro lado, los antagonismos entre los colonos y la burguesía francesa, entre amos y esclavos, entre grandes terratenientes y clase media, entre blancos de ambas clases y negros y mulatos, crearon una situación revolucionaria que comenzó a madurar después de iniciada la Revolución Francesa y que solamente necesitó una chispa para estallar.

En Francia, dos siglos de constantes saqueos coloniales y los grandes progresos tecnológicos de la Revolución Industrial habían fortalecido a la burguesía, colocándola en posición de echar del poder político a la vieja monarquía feudal y de plasmar sus objetivos históricos: la estructuración de una nueva sociedad enmarcada dentro del modo y las relaciones de producción capitalistas. Un acontecimiento de trascendentes proyecciones históricas, la Revolución Francesa de 1789, vino a decidir este antagonismo de siglos en favor de la burguesía y, a la vez, a dar apertura a la era de las luchas de independencia de las colonias americanas, fundamentalmente en la de Saint-Domingue.



SITUACIÓN ECONÓMICA DE LA COLONIA

En el último cuarto del Siglo XVIII, Saint-Domingue era casi la única colonia que producía azúcar, café, añil y algodón en gran escala. El alto precio de estos productos en los mercados europeos y el bajísimo costo de producción, a base de mano de obra esclava, no solamente enriquecieron a la burguesía francesa, sino que determinaron la fabulosa prosperidad de la colonia. El auge económico que alcanzó, especialmente a partir de la Guerra de los Siete Años (1756-1763), hizo de ella la colonia más rica del mundo y el botín máspreciado de las guerras comerciales europeas.

Al momento de iniciarse la Revolución Francesa, con la Toma de la Bastilla el 14 de julio de 1789, la riqueza de Saint-Domingue descansaba en:

792 ingenios—451 para producir azúcar blanco y 341 azúcar crudo—⁽²⁾ que procesaban la caña cultivada en 74,323 hectáreas, ^{*(3)} equivalentes a 1,182,736 tareas. **

(2) Beaubrum Ardouin. *Etudes sur l'histoire d'Haiti*, Vol. 1, p. 82.

• Hectárea: medida de superficie de 100 áreas ó 10,000 metros cuadrados, equivalente a 15.90 tareas dominicanas.

(3) Gérard Pierre-Charles. *La economía haitiana y su vía de desarrollo*, p. 22.

** Tarea: medida agraria dominicana que tiene 100 varas conuqueras cuadradas, ó 900 varas castellanas cuadradas, y equivale a 628.8 metros cuadrados.



- 3,150 añilerías⁽⁴⁾ que elaboraban el índigo cultivado en 82,174 hectáreas,⁽³⁾ equivalentes a 1,206,567 tareas.
- 3,117 plantaciones de café.⁽⁵⁾
- 789 plantaciones de algodón⁽⁴⁾ con 20,321 hectáreas,⁽³⁾ equivalentes a 323,110 tareas.
- 69 plantaciones de cacao⁽⁶⁾ con 2,803 hectáreas,⁽³⁾ equivalentes a 44,552 tareas.
- 12,734 carreaux* de maíz,⁽⁶⁾ equivalentes a 262,066 tareas.
- 18,378 carreaux de batatas,⁽⁶⁾ equivalentes a 378,219 tareas.
- 11,825 carreaux de ñames,⁽⁶⁾ equivalentes a 243,358 tareas.
- 7,046 carreaux de mijo,⁽⁶⁾ equivalentes a 145,007 tareas.
- 7,756,225 matas de plátanos.⁽⁶⁾
- 1,278,229 plantones de yuca.⁽⁶⁾
- 40,000 cabezas de ganado equino.⁽⁵⁾
- 50,000 cabezas de ganado mular.⁽⁵⁾
- 77,904 cabezas de ganado bovino.⁽⁶⁾
- 173,000 cabezas de ganado ovino, caprino y porcino.⁽⁵⁾
- 182 destilerías y alambiques de tafia (ron).⁽⁵⁾
- 390 hornos de cal.⁽⁴⁾
- 29 tejares.⁽⁵⁾
- 33 fábricas de ladrillos.⁽⁵⁾
- 6 tenerías para curtir pieles.⁽⁴⁾

(4) H. Castonnet Des Fosses. *La révolution á Saint-Domingue*, p. 8.

(5) Etienne D. Charlier. *Apercu sur la formation historique de la nation haitienne*, p. 34.

• Carreaux: medida de superficie haitiana que tiene 2,058 varas conuqueras cuadradas o 20.58 tareas dominicanas.

(6) Thomas Madiou: *Histoire D'Haití*, Vol. I, p. 43.



Sumando las cifras de los diversos cultivos –excluyendo las áreas dedicadas a café, segundo renglón de la producción colonial, plátanos, yuca y pastos– observamos que éstas ascendían a 3,785,615 tareas dominicanas. Ahora bien, como la superficie total de la colonia era de 27,000 kilómetros cuadrados (42.9 millones de tareas) y de ella 21,000 kilómetros cuadrados (33.4 millones de tareas) era zona montañosa no cultivada, tenemos que en Saint-Domingue se explotaban agrícolamente las llanuras y mesetas del Plateau Central, del Norte, del Artibonite, del Cul de Sac, de Les Cayes y la del 'Arbre, que tenían una superficie de más de 10.7 millones de áreas. Si de esas 10,732,500 tareas, 3,785,615 estaban dedicadas a caña de azúcar, índigo, algodón, cacao, maíz, batatas, ñames y mijo, vemos que casi el 36% de la superficie apta para la agricultura se dedicaba a dichos cultivos. Aunque no hemos encontrado las cifras correspondientes al café, plátanos, yuca y pastos, estimamos que cerca del 90% de las tierras cultivables de la colonia se encontraban agrícolamente productivas en 1789.

Ante la evidencia de estas cifras, no podemos menos que asentir con Pierre Charles y Castonnet Des Fosses cuando dicen:

“Si se considera las dimensiones territoriales de la colonia, se puede afirmar que, en aquel tiempo, en ninguna otra parte el mundo se podía encontrar semejante riqueza;”⁽⁷⁾

riqueza que estaba comprendida en 8,512 plantaciones con un valor que

(7) Gérard Pierre-Charles. Op. cit., p. 22.



“sobrepasaba la suma de 1,600 millones de francos.”⁽⁸⁾

Como la economía de la sociedad colonial estaba orientada esencialmente hacia el mercado exterior, toda la producción agrícola —salvo los artículos alimenticios que se consumían internamente— se exportaba a Francia de acuerdo con las disposiciones del Pacto Colonial; Pacto que además impedía a los colonos realizar comercio con países extranjeros, reservaba a la metrópoli la exclusividad de las importaciones y exportaciones, así como también la exclusividad del transporte marítimo. Las exportaciones de la colonia daban vida económica a los puertos de Bordeaux, Nantes, Marseille, Rouen, La Rochelle, Brest, etc., y solamente en el primero de éstos, en Bordeaux, había 16 factorías dedicadas a refinar azúcar y más de un centenar de pequeñas industrias que se ocupaban de la destilación del alcohol y la producción de brandy basadas en el melado de Saint-Domingue. En Nantes, por otro lado, varias industrias procesaban todo el chocolate que se consumía en Francia.

En 1789, las exportaciones de Saint-Domingue fueron las siguientes:

54,644,010	libras de	azúcar blanco
107,609,296	" "	azúcar crudo
88,360,502	" "	café
8,405,128	" "	algodón
901,958	" "	añil
600,000	" "	cacao
80,000	" "	cañafístola
50,000	" "	bija
5,000		concha de carey

(8) H. Castonnet Des Fosses. Op. cit., p. 8.



25,749	barriles de melado
598	barriles de ron
29,606	piezas de cuero
9,600,000	piezas de guayacán ⁽⁹⁾

Entre los años de 1783 a 1789 la producción casi se duplicó debido a las inversiones realizadas por la burguesía francesa:

“la ciudad de Burdeos sola había invertido 1,000 millones de francos”⁽¹⁰⁾ “y los comerciantes de Nantes 50 millones.”⁽¹¹⁾

Aunque no disponemos de datos sobre la producción agrícola de ese período, ofreceremos los de las exportaciones de 1783 a 1788 recopilados por el investigador e historiador dominicano Lugo en el Archivo General de Indias, por considerar que demuestran este aserto:

Años	Azúcar blanco (libras)	Azúcar crudo (libras)	Café (libras)
1783	77,339,113	44,312,919	44,573,479
1784	15,053,050	77,344,464	52,885,095
1785	66,589,357	83,610,521	57,368,109
1786	71,063,967	61,887,814	52,180,311
1787	58,181,403	72,898,676	70,003,161
1788	70,229,403	93,177,512	68,151,181

(9) Thomas Madiou. Op. cit., Vol. I. p. 43.

(10) Gérard Pierre-Charles. Op. cit., p. 22.

(11) Germán Arciniegas. *Biografía del Caribe*, p. 368.



Años	Algodón (libras)	Añil (libras)	Melado (barriles)
1783	4,871,718	1,868,728	13,165
1784	4,756,817	1,555,142	17,179
1785	4,486,261	1,546,575	20,216
1786	5,203,161	1,103,907	21,855
1787	6,806,174	1,166,177	23,931
1788	6,286,126	930,016	29,503

	Tafia (ron) (barriles)	Cueros curtidos
1783	4,776	6,316
1784	2,625	4,838
1785	4,038	3,583
1786	4,265	7,554
1787	6,903	4,450
1788	8,303	12,995 ⁽¹²⁾

Las exportaciones realizadas por la colonia y las importaciones de artículos manufacturados de uso y de consumo de la metrópoli y otros países llegaban a niveles respetables. Afirma Turnier que

(12) Archivo General de Indias. "Expediente sobre la revolución y guerra de la colonia francesa, 1790", No. 79-1-15. *Colección Lugo*, Libreta No. 9. *Boletín del Archivo General de la Nación*, No. 12, Año 12, Vol. 3, p. 324.

“en 1788, el comercio exterior de Saint-Domingue, evaluado en 214 millones de francos, esto es, unos 42 millones de dólares a la tasa de conversión de la época, sobrepasaba al de los Estados Unidos.”⁽¹³⁾

En 1789, el valor total de los productos exportados se elevó a 193 millones de libras tornesas (128.7 millones de francos) y las importaciones de mercancías de la metrópoli y otros países extranjeros, particularmente de los Estados Unidos, ascendieron a 200 millones de libras tornesas (133.3 millones de francos).⁽¹⁴⁾ Es decir, en dicho año, el comercio exterior se elevó a 262 millones de francos.

Para comprender la importancia económica de la colonia para la metrópoli, basta señalar que en 1789 las exportaciones francesas totalizaron 17 millones de libras esterlinas, de las cuales 11 millones estuvieron dedicadas al comercio colonial de Saint-Domingue. Por otro lado, la totalidad de las exportaciones inglesas se elevó a 27 millones de libras esterlinas y solamente 5 millones se destinaron a cubrir su comercio colonial. En otras palabras,

“en 1789 cerca de dos tercios de los intereses comerciales extranjeros de Francia se hallaban concentrados en Saint-Domingue; sus exportaciones e importaciones combinadas eran evaluadas en más de 140 millones de dólares*.”⁽¹⁵⁾

(13) Alain Turnier. *Les Etats Unis et le marché haitien*, p. 25. Citado por Gérard Pierre-Charles. Op. cit., p. 28.

(14) Beabrum Ardouin. Op. cit., Vol. I, p. 82.

* Dólares oro al valor del año 1905.

(15) Pamphile de Lacroix. *Memoirs pour servir a l'histoire de la révolution de Saint-Domingue*, Vol. II, Paris 1820, p. 277. Citado por James G. Leyburn. *El pueblo haitiano*, p. 27.



Para realizar este enorme comercio entre Saint-Domingue y Francia, en 1789 se utilizaron

“más de 700 navíos oceánicos, con más de 80,000 marineros.”⁽¹⁶⁾

Las cifras sobre el número de transportes marítimos empleado en este tráfico comercial al través del Atlántico son contradictorias. Madiou señala más de 1,300 buques (600 utilizados en las exportaciones y más de 700 en las importaciones);⁽¹⁷⁾ Charlier apunta 750 buques;⁽¹⁸⁾ Schoelcher brinda la cifra de 1,063 buques extranjeros y 515 franceses, o sea, 1,578 navíos;⁽¹⁹⁾ Lemonnier Delafosse indica 1,640 navíos;⁽²⁰⁾ y Lugo dice que

“(…) ese comercio exterior fue realizado por 763 navíos extranjeros con una capacidad total de 55,745 toneladas (...) y 45 navíos franceses con una capacidad total de 3,475 toneladas.”⁽²¹⁾

No nos parece del caso intentar dilucidar estas contradicciones, sino señalar que, cual que fuera el número real de buques empleados, es evidente que la marina mercante francesa creció parejamente con la producción y las exportacio-

(16) *Ibíd.*, p. 28.

(17) Thomas Madiou. *Op. cit.*, p. 35

(18) Etienne D. Charlier. *Op. cit.*, p. 35.

(19) Víctor Schoelcher. *Colonies étrangères et Haiti*, Vol. II, p. 87.

(20) J. B. Lemonnier Delafosse. *Segunda campaña de Santo Domingo. Guerra Dominico-francesa de 1808*, p. 242.

(21) Archivo General de Indias. *Op. cit.*, No. Vº Colección Lugo. *Op. cit.*, p. 325.



nes de la colonia de Saint-Domingue. Como muy certeramente afirma Lemonnier Delafosse:

“Saint-Domingue, situado en el archipiélago americano, poseía una gran población, era rico, industrial; realizaba un comercio inmenso con todas las partes de la América, era el verdadero depósito de nuestra industria y se hacía nuestra verdadera escuela de Marina.”⁽²²⁾

Trazado ya un cuadro esquemático sobre la economía de la colonia, veamos ahora sus clases sociales.



(22) J. B. Lemonnier Delafosse. Op. cit., p. 37.

LAS CLASES SOCIALES DE LA COLONIA

En ninguna sociedad, cualquiera que haya sido o sea la etapa de su desarrollo, la raza constituye factor esencial de su estratificación clasista. Sin embargo, la mayoría de los autores consultados afirma, de una manera por demás anticientífica, que la sociedad colonial de Saint-Domingue estaba formada por tres clases sociales: 1) la de los *grands blancs* (grandes blancos); 2) la de los *petits blancs* (blanquitos) y; 3) la de la *gens de couleur* o *affranchis* (gente de color o libertos). Casi todos excluyen a los esclavos negros porque consideran que se encontraban ubicados por debajo de las clases señaladas, de acuerdo con el pensamiento de la época.

Nosotros no utilizaremos esa clasificación, sino que ubicaremos las clases de conformidad con la posición económico-social que ocupaban los grupos humanos dentro de una sociedad que descansaba en el modo de producción esclavista, tomando en consideración, además, que la propiedad de los medios de producción estaba en relación directa con el color de la piel. Señalaremos las contradicciones fundamentales interclasistas y las secundarias entre los sectores de una misma clase, y omitiremos las subdivisiones de alta, mediana y baja dentro de cada una de ellas.

Con este criterio, observamos que en Saint-Domingue existían tres clases sociales: 1) la burguesía colonial esclavista; 2) la clase media; y 3) la clase esclava. Pasemos a analizarlas.



- 1- La burguesía colonial esclavista (los *grands blancs*) ocupaba la cúspide de la pirámide social y estaba integrada por:
 - 1.1) Los grandes propietarios de plantaciones, ingenios de azúcar y esclavos que formaban la aristocracia colonial y defendían el mantenimiento de la esclavitud. No solamente entraban en contradicción con las masas esclavas y la clase media mulata y blanca, sino también con el poder político francés y sus representantes.
 - 1.2) Los grandes comerciantes exportadores e importadores, en contradicción con los esclavos, la clase media mulata y blanca, el poder político francés y sus representantes y con la burguesía comercial metropolitana que mantenía un intolerable monopolio económico.
 - 1.3) Los gerentes comerciales de la burguesía francesa que representaban los intereses del comercio y de la navegación metropolitanos y monopolizaban, desde hacía poco, todas las transacciones comerciales. Estaban en contradicción con los grandes comerciantes, con la clase media blanca y mulata y los esclavos.
 - 1.4) Los altos funcionarios civiles y militares representantes del poder político francés, interesados en mantener el gobierno colonial y la autoridad de la metrópoli, así como su estatus burocrático. Estaban en contradicción con los grandes propietarios, los grandes comerciantes, los gerentes comerciales de la burguesía francesa, la clase media blanca y mulata y los esclavos.



2- La clase media la formaban los blancos y los libertos mulatos y negros:

2.1) La clase media blanca (los *petits blancs*) estaba integrada por:

- a) Los propietarios de pequeñas plantaciones con sólo algunos esclavos. Coincidían con los grandes plantadores en el mantenimiento de la esclavitud y a la vez entraban en contradicción con ellos, los esclavos, los mulatos y el poder político francés.
- b) Los pequeños comerciantes y dueños de tiendas, en contradicción con los grandes comerciantes, los monopolistas metropolitanos, los empleados y dependientes, la clase media mulata y los esclavos.
- c) Los pequeños industriales dueños de destilerías, tenerías, tejares, etc., en contradicción con los artesanos, obreros, los grandes y pequeños comerciantes, la clase media mulata y los esclavos.
- d) Los administradores de grandes propiedades rurales que, aunque no tenían tierras propias, poseían esclavos. Eran proclives al mantenimiento de la esclavitud, defendían los intereses de los grandes plantadores y compartían sus contradicciones con los esclavos, la clase media mulata, los demás sectores de la clase media blanca y el poder político francés.
- e) Los funcionarios civiles y militares inferiores que defendían el estatus colonial. Entraban en contradicción con los tres primeros sectores de la burguesía, la clase media mulata y los esclavos.



- f) Los empleados y dependientes que buscaban una mejor posición económica y social. Entraban en contradicción con sus patronos de la burguesía y de la clase media, con los esclavos y la clase media mulata.
- g) Los médicos, profesionales, artesanos y obreros especializados. Los dos primeros grupos en contradicción con la burguesía, la clase media mulata y los esclavos. Los dos últimos en contradicción con la burguesía, los pequeños industriales, los esclavos y la clase media mulata.
- h) Los blancos económicamente arruinados, inundados de envidia y resentimientos hacia la burguesía, de odio hacia la clase media blanca, y de desprecio hacia los esclavos y la clase media mulata.

Todos estos sectores de la clase media blanca, aunque estaban permanentemente en contradicción con la burguesía colonial, se aliaban a la posición dominante de ésta para disfrutar de los privilegios raciales sobre la clase media mulata y las masas esclavas.

La población blanca, tanto la perteneciente a la burguesía colonial como a la clase media, ascendía a 46,000 personas⁽²³⁾ –Saint-Méry ofrece la cifra de 40,000⁽²⁴⁾ que es la que comúnmente citan los autores– de las cuales 9,660 eran mujeres⁽²⁵⁾. Este reduci-

(23) Thomas Madiou. Op. cit., Vol. I, p. 42.

(24) F. L. Moreau de Saint-Méry. *Description topographique, physique, civile, politique et historique de la partie française de l'île Saint-Domingue*, Vol. I, p. 285. Citado por James G. Leyburn. Op. cit., p. 31.

(25) Ricardo Pattee. *Haití, pueblo afroantillano*, p. 42.



do número de mujeres para más de 36,000 hombres, y toda una serie de factores que no es del caso tratar aquí, explica, en parte, la existencia de un gran número de mulatos: 96,000 –56,000 libertos⁽²⁶⁾ y 40,000 esclavizados⁽²⁷⁾—en una sociedad dominada por la más violenta discriminación racial. En resumen, la población blanca representaba el 8% de la población total y dominaba la sociedad colonial al poseer el 70% de las riquezas (6,512 plantaciones) y el 75% de los esclavos (532,200).

- 2.2) La clase media de los libertos (la *gens de couleur*, les *afranchis* o les *sang-melés*), compuesta por una mayoría mulata y una minoría negra, se encontraba en el medio de la pirámide social de la colonia.

Sus integrantes, especialmente los mulatos libres, llegaron a constituir una casta especial intermedia entre los blancos y los negros. Surgidos de los ingenios azucareros y de las plantaciones, al disfrutar por su nacimiento de una buena educación y, en muchos casos, del beneficio de los bienes de sus padres blancos, y al estar privados por el Código Negro de 1685 del ejercicio de ciertas profesiones puramente civiles, exceptuando las artes y los oficios⁽²⁸⁾, pudieron dedicarse a la explotación de plantaciones medias, al pequeño comercio y a procurarse subir en la escala social.

Su ascensión en la sociedad colonial fue gradual y siempre constituyeron aquel tipo de “hombres margi-

(26) Thomas Madiou. Op. cit., Vol. I. p. 42.

(27) Ricardo Pattee. Op. cit., p. 52.

(28) Beaubrum Ardouin. Op. cit., Vol. I, p. 26.



nales” de que habla Arthur Ramos⁽²⁹⁾, que procuraban olvidar su origen negro, por una parte, y luchaban por conseguir el estatus de los blancos Despreciados por la población blanca y separados de los esclavos negros por su estatus libre, los mulatos, por su laboriosidad, fueron fortaleciendo y aumentando su posición económica hasta convertirse en una clase importante por su riqueza y en un peligro para los blancos, quienes, para frenar su desarrollo, incrementaron las limitaciones a los derechos de la gente de color para poseer propiedades.

En 1789, los libertos sumaban 56,666 personas,⁽³⁰⁾ o sea, el 5% de la población total —Saint-Méry señala 28,000,—⁽³¹⁾ eran propietarios del 30% de la tierra y riquezas de la colonia,⁽³²⁾ incluyendo unas 2,000 plantaciones y algunos pequeños ingenios azucareros⁽³³⁾ y tenían el 25% de los esclavos.⁽³⁴⁾ unos 137,000 negros productores. Por formar parte de la clase propietaria de los medios de producción y explotadora de los esclavos, entraban en contradicción con estos trabajadores. Por el otro lado, también entraban en contradicciones con la burguesía colonial y la clase media blanca por ser objeto de sus opresiones políticas, económicas y sociales.

La clase media mulata, vacilante por su propia formación histórica, desempeñó un papel contradicto-

(29) Arthur Ramos. *Las poblaciones de Brasil*, p. 23.

(30) Thomas Madiou. Op. cit., Vol. I, p. 42.

(31) F. L. E. Moreau de Saint-Méry. Op. cit., p. 31.

(32) Etienne D. Charlier. Op. cit., p. 20.

(33) H. Castonnet Des Fosses. Op. cit., p. 11.

(34) Etienne D. Charlier. Op. cit., p. 11.



rio en el curso de la revolución, aunque, posteriormente, frente al empuje de las masas esclavas, el coraje mostrado por los negros en su lucha por la libertad y las intransigencias y racismo de los colonos blancos, se vio obligada a aliarse a los esclavos en el proceso revolucionario. Como veremos más adelante, esta clase, a pesar de sus innatas vacilaciones, jugó un papel importantísimo en el triunfo definitivo de la lucha revolucionaria.



- 3- La clase esclava, compuesta por una mayoría negra y una minoría mulata, constituía la base de la pirámide social y de la producción colonial y, a la vez, era la clase más revolucionaria de Saint-Domingue.

No vamos a historiar acerca de la introducción de negros en la colonia, pues ello se saldría del marco de nuestro ensayo. Sin embargo, obligatoriamente tendremos que referirnos a los 25 años comprendidos entre la conclusión de la Guerra de los Siete Años y el inicio de la Revolución Francesa, período en el que el comercio de esclavos aumentó en grandes proporciones casi en la misma medida del incremento de la producción agrícola. Ese aumento no solamente obedeció a que la burguesía comercial francesa necesitaba satisfacer su desmedido afán de lucro, sino a que

“el promedio de vida de un esclavo trabajando en las plantaciones de las Antillas era de 7 años (...).”⁽³⁵⁾

(35) Frank Tannenbaum. *Slave and citizen*, p. 36.

La gran demanda de azúcar, café, añil, etc., del mercado europeo y el terriblemente corto período de vida productiva de los esclavos, determinaron que los plantadores mantuvieran un constante y creciente reemplazo de trabajadores negros. En consecuencia, la introducción de esclavos en la colonia aumentó de 10,000 en 1763 a 28,000 en 1785,³⁶ a 30,000 en 1786,⁽³⁷⁾ a 30,839 en 1787,⁽³⁸⁾ a 33,000 en 1788⁽³⁹⁾ y a 35,275 en 1789.⁽⁴⁰⁾

La fuente de abastecimiento de esclavos era la costa occidental de África, donde todas las potencias colonialistas –salvo España– instalaron factorías, fortalezas y grupos armados para apresarlos. Por más de tres siglos, el continente africano sirvió a los europeos de manantial inagotable de trabajo esclavo y de enriquecimiento. Se estima que en todo el período colonial fueron transportados a América más de 15 millones de negros y,

“como por cada esclavo importado al hemisferio occidental, cerca de cinco murieron en África o en alta mar, la pérdida de habitantes de dicho continente fue de más de 60 millones de personas.”⁽⁴¹⁾

(36) Thomas Madiou. Op. cit., Vol. I, p. 42.

(37) Domingo del Monte. “Resultado de la cesión de la parte española de Santo Domingo, hecha a la Francia por el Tratado de Basilea, La Habana, 13 de enero de 1832.” En Emilio Rodríguez Demorizi. *La Era de Francia en Santo Domingo*, p. 38.

(38) Archivo General de Indias. Op. cit., Doc. 115. *Colección Lugo*. Op. cit., p. 323.

(39) M. L. Moreau de Saint-Méry. *Descripción de la parte española de Santo Domingo*, p. 452.

(40) Antonio Del Monte y Tejada. *Historia de Santo Domingo*, Vol. III, p. 157.

(41) W. E. B. DuBois. *The negro*, p. 154. Citado por William Z. Foster. Op. cit., p. 81.



Podemos decir que esta descomunal sangría humana, el caos que producía la cacería en las selvas y sabanas, y la brutal política colonial y neocolonial de nuestros días, constituyen los factores principales del actual atraso de África.

En 1789, los esclavos de Saint-Domingue representaban el 87% de la población total y ascendían a 709,642, de los cuales 509,642 eran adultos y 200,000 menores de edad u hombres mayores de 45 años.⁽⁴²⁾ La cifra más conocida es la que brinda Saint-Méry de 452,000 esclavos.⁽⁴³⁾ Era esta masa productora la que operaba el sistema de plantaciones y los ingenios de azúcar y la que hacía de Saint-Domingue un verdadero paraíso para la burguesía comercial francesa. En ninguna parte del mundo fue tan cruel el trato dado a los esclavos negros por sus amos blancos; en ninguna parte del mundo fueron tan violentas las contradicciones entre una masa esclava que no disfrutaba de libertad alguna y una minoría blanca explotadora y propietaria de los medios de producción.

La concentración de la producción en plantaciones, ingenios azucareros y factorías, en los que trabajaban 200, 500, 1000 y más esclavos; la brutal explotación a que eran sometidos los trabajadores negros, obligados a vivir en condiciones por debajo del nivel humano; las constantes revueltas negras contra la opresión; y los irreconciliables antagonismos internos de las clases poseedoras de la sociedad colonial y de las potencias esclavistas europeas, hicieron de Saint-Domingue el lugar geográfico en el que, durante el Siglo XVIII, se concentraron con mayor agude-

(42) Thomas Madiou. Op. cit., Vol. I. p. 42.

(43) F. L. E. Moreau de Saint-Méry. Op. cit. en Nota (24), p. 31.



za las contradicciones del sistema de explotación feudal-burgués. La colonia era, pues, un enorme barril de pólvora colocado en la misma base del imperio colonial de la burguesía comercial francesa.



EFFECTOS DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

La Revolución Francesa constituye, con las revoluciones holandesa e inglesa del Siglo XVII, la coronación de una larga evolución económica y social que hizo de la burguesía la dueña del mundo. A pesar de que el tema es más que apasionante, no nos abocaremos a su análisis y solamente nos referiremos a los efectos que produjo en la colonia y cómo su proceso de desarrollo determinó un cambio en la correlación de fuerzas de Saint-Domingue.

La crisis financiera que venía arrastrando la monarquía francesa, su incapacidad para resolverla y la rebelión de la aristocracia ante las medidas económicas de Necker, impusieron a Louis XVI la convocatoria de los Estados Generales del Reino. Fue esta convocatoria del 5 de mayo de 1789 la que inició el período revolucionario en Francia y en Saint-Domingue. En la colonia, los grandes propietarios y comerciantes tomaron la iniciativa del movimiento revolucionario, creyendo ver en el debilitamiento de la monarquía una oportunidad para satisfacer sus aspiraciones autonomistas; anhelos que tendían a liberarlos del férreo monopolio comercial que la burguesía metropolitana mantenía en Saint-Domingue. En palabras de Leyburn:

“Los blancos vieron en la confusión de la madre patria una oportunidad de obtener el gobierno propio de la



colonia, gobierno que, desde luego, sería ejercido por ellos sin traba alguna."⁽⁴⁴⁾

Este espíritu de autonomía de los grandes plantadores y comerciantes no era nuevo; comenzó a gestarse desde principios de siglo y se aceleró a partir de la conclusión de la Guerra de los Siete Años. Las causas que hicieron despertar en la burguesía colonial el deseo independentista, podemos resumirlas de la manera siguiente:

- 1) Las prohibiciones de comerciar con otros países, especialmente con Estados Unidos, establecidas por el Pacto Colonial.
- 2) Las enormes pérdidas sufridas debido a las constantes guerras libradas en el continente europeo que cortaban toda comunicación comercial con los mercados naturales de la colonia.
- 3) La creciente necesidad de introducir esclavos para mantener en funcionamiento el sistema de plantaciones; trata negrera que estaba controlada por la metrópoli.
- 4) Los impedimentos que la excluía de participar en la administración del gobierno colonial, dirigido estrechamente por una burocracia metropolitana.
- 5) El monopolio de la burguesía metropolitana sobre los productos agrícolas coloniales, los artículos de importación, y sobre los precios de los productos indispensables para la alimentación de los esclavos.

(44) James G. Leyburn. Op. cit., p. 33.



Estos factores de la cerrada política monopolista de la burguesía comercial metropolitana mantenían constantemente endeudados a los grandes plantadores y comerciantes y, a su vez, constituían un freno para el posterior desarrollo de la burguesía colonial. El principal origen de estas deudas provenía de la compra de esclavos —que, como vimos, creció enormemente a partir de 1763— y las mismas terminaron por separar en dos campos hostiles a las burguesías colonial y metropolitana.

Por otro lado, con la convocatoria de los Estados Generales del Reino, la clase media mulata y la clase media blanca esperaban obtener conquistas propias: los libertos, lograr sus derechos de igualdad política y social; los *petits blancs*, mejorar sus posiciones políticas en la sociedad colonial y doblegar el orgullo y la intransigencia de la burguesía colonial.

La lucha popular iniciada en Francia con los acontecimientos de los días 13 y 14 de julio de 1789 agudizaron la lucha de clases en la colonia. Al convertirse la Asamblea de los Estados Generales del Reino en Asamblea Nacional, el 17 de junio, y proclamar, ya siendo Asamblea Nacional Constituyente, el 27 de agosto de 1789, la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, las clases poseedoras de la colonia se separaron y cada una tomó el sendero de sus propios intereses económicos. Los grandes plantadores y los grandes comerciantes, por un lado; la burocracia colonial por otro; la clase media blanca, por otro; y la clase media mulata por el otro, comenzaron a perseguir cada una sus objetivos clasistas y a llevar la lucha de clases —que hasta ese momento se había limitado al campo económico-social— al terreno político y militar.

La burocracia colonial formó el Partido Realista para oponerse a las aspiraciones autonomistas de la burguesía colonial y mantener el viejo régimen. La lucha abierta estalló cuando



el gobernador general Peinier disolvió por la fuerza la Asamblea General de Saint-Marc, el 14 de abril de 1790; Asamblea que se había convertido en el principal foco insurreccional de los grandes plantadores y comerciantes y en fuente de sus anhelos independentistas. La burocracia realista, en estrecha alianza con los representantes de la burguesía metropolitana y la clase media mulata, que se había integrado a estos sectores antagónicos de la sociedad colonial porque consideró que la Asamblea Nacional Francesa constituía la más firme aliada en la reivindicación de sus derechos políticos y sociales, dispersó la Asamblea de los grandes plantadores y dio un golpe mortal a la burguesía colonial, que ésta no pudo reponerse jamás, ni tampoco lograr la supremacía política de Saint-Domingue. A partir de este momento, la clase media mulata se convirtió en el centro revolucionario de la colonia; situación que mantendría hasta el levantamiento de las masas esclavas en agosto de 1791.

La Asamblea Nacional Francesa, por Decretos del 8 y 28 de marzo de 1790, estableció la igualdad de los derechos civiles entre todas las personas libres de la colonia y mantuvo la esclavitud. Sin embargo, dejó en una posición vaga a la clase media mulata al permitir que la concesión de tales derechos se hiciera de acuerdo a la interpretación que de los mismos hicieran las autoridades coloniales de Saint-Domingue. Como la clase media blanca se opuso a la Asamblea Colonial de Saint-Marc y se anuló todo resultado positivo en favor de los mulatos, los libertos se aliaron a los realistas a fin de lograr que el gobernador hiciera efectivos dichos decretos. Los realistas, una vez aplastada la Asamblea de los grandes plantadores y comerciantes, rehusaron ponerlos en vigor y, además, humillaron a los mulatos prohibiéndoles utilizar el distintivo del partido: *le pompon blanc* (una borla blanca usada en el sombrero).



La clase media mulata, humillada y aislada entre las masas esclavas, la burguesía colonial y la clase media blanca, se levantó en armas dirigida por Vincent Ogé y Jean Baptiste Chavannes. Este último, más revolucionario que el primero por haber combatido al frente de tropas negras en la Revolución Norteamericana, planteó a Ogé libertar y armar a los esclavos, quien se negó porque en su posición contradictoria de explotador de esclavos y oprimido por los blancos, opinaba –junto a sus compañeros de París, fundadores de la Sociedad Amigos de los Negros: Mirabeau, Brissot, el abate Grégoire, etc.– que el proceso de liberar a los negros debía ser paulatino y progresivo. Esta rebelión de la clase media mulata, aislada por sus contradicciones internas de las masas esclavas, únicas interesadas en plasmar la verdadera revolución porque nada tenían que perder y todo por ganar, fue ahogada a sangre y fuego por las tropas coloniales.

Ogé y Chavannes fueron ejecutados el 21 de febrero de 1791, después de su traidora entrega al gobernador Blanchelande por el gobernador de la colonia española, Joaquín García. Sin embargo, este fracaso no fue definitivo y muy pronto surgieron nuevos dirigentes mulatos. En el sur, Beauvais, Rigaud y Lambert, y en el oeste, Pinchinat, se lanzaron a la lucha apoyados en los esclavos que armaron, exigiendo la ejecución del Decreto del 15 de mayo de 1791. Este decreto, dictado por la Asamblea Nacional Constituyente de Francia bajo la presión de los amigos de Ogé por el revuelo que causó su brutal ejecución junto a Chavannes, estableció claramente la igualdad política de los mulatos y negros nacidos de padres libres. Fue la primera conquista revolucionaria.

La clase media mulata emprendió la batalla contra la burguesía colonial; entraron entonces en escena los negros esclavos que ya estaban dispuestos a luchar por su libertad, a pedir la parte que les correspondía de la victoria ganada en Francia



por la burguesía revolucionaria contra la monarquía feudal. Los mulatos del sur, por tener mayor experiencia militar —Beauvais y Lambert habían participado en la guerra de independencia de Estados Unidos, combatiendo en la Batalla de Savannah— y, fundamentalmente, por apoyarse y armar a los esclavos que tenían, pudieron derrotar las tropas coloniales enviadas a aplastarlos. Por primera vez los negros esclavos se batieron junto a los mulatos libres contra los esclavistas, y por primera vez los vencieron. Los mulatos, asustados por las consecuencias de una alianza que les cargó las espaldas contra su voluntad, retrocedieron para colocarse nuevamente bajo la protección de la burguesía colonial. Pero ya era tarde, esta alianza determinaría un cambio en la dirección del movimiento revolucionario que pasó de la clase media mulata a las masas negras, al iniciarse, el 14 de agosto de 1791, la sublevación general de los esclavos.



SUBLEVACIÓN DE LOS ESCLAVOS: TOUSSAINT LOUVERTURE

La Revolución de la colonia de Saint-Domingue no fue un movimiento espontáneo surgido de las tentativas separatistas de los grandes plantadores y comerciantes, ni tampoco de las aspiraciones y luchas de la clase media mulata por conquistar sus derechos civiles y políticos, sino el resultado de un largo proceso de incubación revolucionaria de las masas esclavas. El movimiento estuvo precedido de innumerables insurrecciones de negros que, con regular frecuencia, obtuvieron triunfos militares contra las tropas coloniales.

Así, desde el primer episodio de los levantamientos de esclavos ocurrido en América, el de los negros yelofes, que en la Navidad de 1522 se sublevaron en el Ingenio La Isabela del gobernador Diego Colón; de Juan Vaquero y Diego de Campo en 1546; de Lembá en 1548; de Diego Guzmán, Juan Criollo y Ambá, a mediados del Siglo XVI; de Padrejean en 1679; de Colás Jambés en 1724; de Plymouth en 1730; de Polydor en 1734; de Maribaraoux en 1740; de Desmarrates en 1785; hasta las de Halaou y Lamour Dérance en 1788-1791, la lucha insurreccional de los negros alzados (cimarrones), especialmente en las serranías del Bahoruco, mantuvo en constante jaque y en permanente guerra de guerrillas a los esclavistas de las dos colonias. Esta larga tradición insurreccional y la táctica combativa empleada fueron importantísimas en el proceso de la revolución y decisivas en la expulsión definitiva de las tropas francesas.



Se estima que al iniciarse la sublevación general de los esclavos, en 1791, en las montañas del Bahoruco había más de 2,000 negros cimarrones comandados por Halaou, Lemour Dérance y otros jefes. Fray Cipriano de Utrera señala que:

(...) “el refugio de los indios se convirtió desde entonces en refugio de los negros cimarrones; perduraron allí hasta 1790 y poco después”.⁽⁴⁵⁾

El Lic. Carlos Nouel afirma que en el Bahoruco hubo negros alzados hasta hace muy poco:

“En 1860 pudo la autoridad militar de Barahona hacer que cogieran dos de ellos, varón y hembra, ya avanzados en años. Traídos a esta ciudad capital, los llevaron al Hospital Militar, donde murieron como a los dos meses (...). En 1868 los vecinos de Nizaíto Arriba pudieron apoderarse de uno de estos salvajes; era mujer (...). Traída a esta ciudad vivió en el barrio de Sta. Bárbara.”⁽⁴⁶⁾

La colonia de Saint-Domingue estaba dividida en tres Departamentos: Norte, Sur y Oeste. Aunque el norte era el de menor extensión superficial, contaba con el mayor número de plantaciones y mantenía la mayoría de la población esclava: un poco más del 40%. Era el departamento más importante por su riqueza y

(45) Baltazar López de Castro. “Primer memorial de arbitrio para el remedio de los rescates en la Isla Española. En 20 de noviembre de 1598.” Nota No. 3 de fray Cipriano de Utrera. En Emilio Rodríguez Demorizi. *Relaciones históricas de Santo Domingo*. Vol. I, p. 171.

(46) Carlos Nouel. *Historia eclesiástica de la arquidiócesis de Santo Domingo*, Vol. I, p. 340-341.



“en el puerto de Cap Français atracaban más buques que en todos los demás puertos de la isla.”⁽⁴⁷⁾

Ello se explica,

“porque la parte Norte, centro económico del país, había sido por excelencia una zona de cultivo intensivo de productos tropicales, como la caña de azúcar y el café, que reclaman abundante mano de obra servil. Esto determinó, en gran medida, que fuera la cuna de la insurrección general iniciada el 22 de agosto de 1791.”⁽⁴⁸⁾

La situación revolucionaria de la colonia estaba madura cuando en la noche del 14 de agosto de 1791 se reunió en un claro del Bois-Caïman, ubicado cerca de Morne-Rouge, en la llanura del norte, un gran número de negros que representaban a los esclavos de las plantaciones vecinas. En una ceremonia de la que las tradiciones conserva un recuerdo confuso, el esclavo Boukman hizo jurar a los presentes —con sangre— que lucharían hasta la muerte por su libertad y la de sus hermanos. Dice Métraux que

“el juramento de Bois-Caiman, señal de la insurrección de los negros, demuestra que el vodú contribuyó a la liberación de los esclavos y a la independencia de Haití (...) y que fue sin duda uno de los pactos de sangre por medio de los cuales los dahomeyanos comprometidos en una empresa peligrosa, se ligaban con sus aliados.”⁽⁴⁹⁾

(47) H. Castonnet Des Fosses. Op. cit., p. 44.

(48) Gérard Pierre-Charles. Op. cit., p. 24.

(49) Alfred Métraux. *Vodú*, p. 32.



Aunque no es nuestra intención penetrar en el análisis del vodú, conjunto de creencias y ritos de origen africano estrechamente mezclado con prácticas católicas que constituye la religión de la mayoría del pueblo haitiano, es importante señalar que fue por su mediación que se logró la unidad combativa de todos los grupos de negros traídos del Africa y que se eliminaron sus diferencias intertribales.

La noche del 16 de agosto comenzó la sublevación al incendiar los esclavos la plantación de Chabaud y matar a sus amos blancos. Ya el 22 de agosto la revuelta se había extendido a la Ciudad del Cabo y a todas las plantaciones del norte. El humo y la muerte cubrieron a Saint-Domingue y, un mes después, para el 30 de septiembre, 1,000 blancos habían sido masacrados, 1,200 cafetales destruidos y 200 ingenios azucareros incendiados.⁽⁵⁰⁾ Los plantadores blancos comenzaron a vengarse y a todo lo largo del camino que conduce a Cap Français se vieron 10,000 negros esclavos colgando de los árboles. Había comenzado una guerra sin cuartel que duraría 12 años.

Las bandas de esclavos sublevados dirigidas por Boukman, Jean François, Biassou, Jeannot, Papillón, Hyacinthe, Laplume, Bernardino, Benjamín, Lemour Dérance, y la llegada de la pequeña burguesía jacobina a la Asamblea Nacional Francesa, cambiaron la correlación de fuerzas en la colonia. Las masas negras se convirtieron en la fuerza decisiva de la revolución al tomar la dirección del movimiento de liberación de los esclavos; movimiento que estaba siendo frenado por la clase media mulata plagada de contradicciones internas y abiertamente dividida, al comenzar muchos libertos a pasarse a las filas de los grandes plantadores y comerciantes.

(50) H. P. Sannon. *Histoire de Toussaint Louverture*, Vol. I, pp. 99-100. Citado por Etienne D. Charlier. Op. cit., p. 50.

En efecto, los grandes plantadores, a fin de ganarse el apoyo de la clase media mulata propietaria de esclavos en su lucha contra el enemigo común, los negros sublevados, reconocieron la igualdad política y social de los libertos dictada por el Decreto del 4 de abril de 1792 de la Convención Nacional Francesa; Decreto que era mucho más liberal que el del 15 de mayo de 1791. Por otro lado, los grandes plantadores, cada vez más aislados de los demás sectores de la burguesía colonial y temerosos de que las ideas igualitarias de la revolución les arrancaran sus riquezas en esclavos y tierras, solicitaron la intervención inglesa con el objeto de proclamarse independientes de la República Francesa y de conservar sus privilegios.

Como el Decreto del 4 de abril de 1792 no abolió la esclavitud, los dirigentes negros Jean François y Biassou, y sus lugartenientes Toussaint, Dessalines y Christophe, engañados por el padre José Vásques que

“les ofreció armas, municiones (...) y la protección del rey español en calidad de Libres (...).”⁽⁵¹⁾

creyendo en la promesa hispana de libertar los esclavos, pasaron a luchar bajo la bandera de España, en unión de los realistas e ingleses, contra la República Francesa. El gobierno español les confirió grados militares y los jefes negros declararon en un manifiesto:

“Que habían tomado las armas en defensa del rey que los blancos mantenían prisionero en París porque

(51) Antonio Del Monte y Tejada. *Historia de Santo Domingo*, Vol. IV, pp. 26-28. Cartas al gobernador Joaquín García al coronel Gaspar de Casasola, comandante de la frontera.



quiso dar la libertad a los negros, sus súbditos; Que querían, en consecuencia, esa libertad y el restablecimiento del antiguo régimen; Que a cambio de esto, garantizarían la vida de los blancos, quienes podrían regresar tranquilamente a sus hogares, una vez desarraigados."⁽⁵²⁾

Ante la amenaza que representaba la intervención inglesa solicitada por los colonos blancos y la hispana, por haber declarado España la guerra a Francia a raíz de la ejecución de Louis XVI, la República solamente encontró apoyo en los mutatos Rigaud y Beauvais, en el ejército colonial y en algunos sectores de la clase media blanca (obreros, artesanos, profesionales, empleados, dependientes y pequeños comerciantes), quienes habían hecho suyas las ideas republicanas. Los ingleses por un lado, y los ejércitos de Toussaint, Jean François y Biassou por otro, pusieron en grave peligro a la colonia. Por ello, Sonthonax —el comisionado girondino enviado por la Asamblea Nacional, en noviembre de 1792, junto a Polvérel, Ailhaud y 6,000 soldados para poner en ejecución el Decreto del 4 de abril y pacificar Saint-Domingue— tomó una decisión que se hizo histórica en los anales de la colonia: prometió la libertad a los esclavos que lucharan por la república contra la intervención extranjera. Los jefes militares negros no prestaron atención a este llamamiento porque estaban cansados de promesas. Sin embargo, cuando cayó la derecha girondina de Brissot y Robespierre tomó el poder, la Asamblea Nacional, por iniciativa de Bellay —antiguo esclavo que había obtenido su libertad y era diputado por Saint-Domingue— proclamó la libertad general de los esclavos el 4 de febrero de 1794.

(52) Pamphile de Lacroix. Op. cit., p. 105. Citado por Etienne D. Charlier. Op. cit., p. 57.

Ante esta conquista de la lucha revolucionaria de los negros y un nuevo llamado de Sonthonax, que pedía a los esclavos emprender la construcción de una nación que con su esfuerzo sería capaz de igualar a cualquier pueblo europeo, Toussaint, persuadido de su destino, el 4 de mayo de 1794 se pasó con su ejército a la república para combatir contra los ingleses, españoles, realistas y grandes plantadores. Esta actitud de Toussaint ha sido calificada por el historiador dominicano Del Monte y Tejada —quien es el más benigno con Louverture— de “deserción a España”⁽⁵³⁾ y por García de “traición”⁽⁵⁴⁾, llegando a afirmar este último que

“la traición de Toussaint Louverture fue la señal del triunfo no lejano de las armas francesas contra los españoles, cuyos planes quedaron desconcertados con el escandaloso suceso...”⁽⁵⁵⁾

Es a partir de este momento cuando comienza a distorsionarse la historia y la figura de este gran revolucionario haitiano. Para los hispanistas, Louverture “traicionó a España” porque consideran que él luchó en defensa de los intereses de una nación, enfeudada, esclavista, que se oponía a los principios revolucionarios de la República Francesa y mantenía en América un brutal régimen de opresión; de una España que le engañó prometiéndole la libertad de los esclavos; de una España que sí lo traicionó al no cumplir su promesa. ¿O es que acaso Toussaint “traicionó” a sus antiguos jefes Jean François y Biassou, mil veces infieles a su pueblo, quienes olvidaron la lucha de sus hermanos y permanecieron “leales” a

(53) Antonio Del Monte y Tejada. Op. cit., Vol. III, p. 191.

(54) José Gabriel García. *Compendio de la Historia de Santo Domingo*, Vol. I, p. 259.

(55) *Ibíd.*, p. 260.



España hasta la muerte? Bien, si Toussaint, un negro que fue esclavo, defendía los intereses de los esclavistas, como considera la mayoría de nuestros historiadores, entonces sí podría decirse que traicionó a España”.

Pero, ¿cuáles intereses defendía Toussaint? No los de España, sino los de una inmensa masa esclava que luchaba por sus reivindicaciones. Para ella Toussaint nunca fue un “traidor”; por el contrario: su libertador. Nuestros historiadores nunca han analizado que Toussaint se alió a España porque creyó en sus promesas y que la abandonó al no ser éstas cumplidas y la Asamblea Nacional abolir la esclavitud. En otras palabras, que Toussaint, como buen revolucionario, hizo una alianza táctica y momentánea con el enemigo para conquistar un objetivo: la libertad de los esclavos; y que, al no poder lograrlo combatiendo bajo bandera española y, en cambio, la República Francesa –su enemiga de ayer– abolir la esclavitud, pasó a defender los recién conquistados derechos de los negros; derechos que querían desconocer los españoles, ingleses y grandes plantadores.

Continuemos, sin embargo, desarrollando el tema central. Con el ingreso de Toussaint, dirigente de las masas negras y comandante del Ejército del Norte, en el frente republicano y la retirada de los españoles de la guerra, como consecuencias del Tratado de Basilea de julio de 1795, las correlaciones de fuerzas de la colonia cambiaron en favor de la república. El ejército inglés y sus aliados —los grandes plantadores blancos y parte de los libertos esclavistas— fueron aniquilados en sucesivos y sangrientos combates por las tropas de Rigaud y Beauvais en el sur y oeste; de Toussaint, Dessalines, Christophe y Moyse en el norte, y del general francés Laveaux en el noroeste. En agosto de 1798, el general inglés Maitland capituló ante Toussaint y entregó la Môle de Saint-Nicolas, dando así fin a la aventura británica de apoderarse de la colonia más rica del mundo.



Durante más de un siglo los ingleses trataron de ocultar la vergonzosa derrota que les causó Toussaint. El historiador James dice que

“por años Pitt y Dundas continuaron arrojando hombres y dinero en Saint-Domingue contra lo que ellos se complacían en llamar unos bandoleros, pero los negros, que hasta la víspera habían sido esclavos, ayudados por el clima y por los mulatos leales, infringieron a la Gran Bretaña la más grande derrota que conozcan sus fuerzas expedicionarias desde los días de la Reina Isabel [I, Tudor] hasta la guerra de 1914.”⁽⁵⁶⁾

La aventura intervencionista le salió bien cara a Inglaterra. Señala Tansill que

“el costo de la intervención en la colonia francesa fue sorprendente. En 1796 la asignación del Gobierno Británico totalizó £2,000,000, y solamente durante el mes de enero de 1797 se incurrió en una deuda de £700,000. Ni siquiera el opulento Tesoro Británico podía sostener ese rápido y creciente drenaje.”⁽⁵⁷⁾

En total, las pérdidas inglesas ascendieron a

“más de 20 millones de libras esterlinas y a 45,000 hombres”⁽⁵⁸⁾.

(56) C. L. R. James. *The black jacobins*, p. 146.

(57) Charles Gallan Tansill. *The United States and Santo Domingo, 1798-1873*, p. 22.

(58) Pére Adolphe Gabon. *Histoire D'Haiti*, Vol. III, p. 335. Citado por Etienne D. Charlier: Op. cit., p. 104.



Con la evacuación inglesa, la colonia quedó bajo el control de los jefes militares de los ejércitos negros: en el sur, Rigaud y Beauvais; en el norte, Toussaint, Dessalines, Christophe y Moysé. La derrota británica, la aniquilación de la resistencia de los grandes plantadores, la virtual independencia asegurada por el gobierno militar de Toussaint con la expulsión del comisionado Sonthonax y del general Hédouville, el aplastamiento de la oposición del mulato Villatte y el pacto de no agresión firmado entre Toussaint y Maitland a espaldas de la metrópoli, produjeron, como resultado inevitable del proceso revolucionario, el choque de las dos clases entonces dominantes en la colonia: la clase media mulata y las masas negras de antiguos esclavos.

Los dirigentes de la clase media mulata del sur, educados en Francia, formados en la escuela de los enciclopedistas y firmes defensores de los principios de la Revolución Francesa, se convirtieron en la avanzada ideológica de la revolución porque

“al constituir la espina dorsal de una nueva clase social dominante en formación no comprendieron, en ese momento, las nuevas condiciones necesarias para influenciar a las masas, y no supieron reconocer el papel de vanguardia de los nuevos libertos(...).”⁽⁵⁹⁾

Ciertamente, la posición económica de los antiguos esclavos dentro del modo de producción esclavista les impidió convertirse en los portadores de las relaciones de producción correspondientes al desarrollo objetivo de las fuerzas productivas de la sociedad colonial. Por ser la clase media mulata la de mayor cohesión ideológica y la portadora de las nuevas

(59) Etienne D. Charlier. Op. cit., p. 116.



relaciones de producción capitalistas, le correspondió dar forma a la nueva sociedad de Saint-Domingue. Sin embargo, aunque no temió arriesgarse en una revuelta general de esclavos, a fin de lograr sus fines propios, no pudo establecer una sólida alianza política con las masas esclavas en esta primera fase del proceso revolucionario. Sus contradicciones internas obstaculizaron el único camino que podía garantizar el triunfo de la revolución y por no querer compartir el poder con los antiguos esclavos, en la colonia surgió un doble poder basado en sus dos clases principales: la de los antiguos esclavos y la clase media mulata.

El error fundamental de los mulatos consistió en no plantearse que para formar el estado revolucionario que concluyera la revolución, primero debían ganarse el apoyo consciente de la mayoría de las masas esclavas y, luego, establecer un solo poder revolucionario. No tuvieron la visión de entender que

“el problema fundamental de toda revolución es el de seguir cada paso del desplazamiento del poder de una clase a otra; (...) y que sin la comprensión clara de esto, es imposible participar conscientemente en el proceso revolucionario, guiar la revolución y resolver su cuestión básica: el poder revolucionario.”⁽⁶⁰⁾

La clase media mulata no supo comprender el cambio que se operó en las relaciones de las fuerzas políticas con la participación de Toussaint y las masas negras y, en consecuencia, fue incapaz de resolver el problema del poder revolucionario. Su alianza con las masas negras, bajo un compromiso políti-

(60) V. I. Lenin. “La dualidad de poderes.” En *Obras Escogidas*, Vol. II, pp. 44-46.



co, hubiera resuelto la dualidad del poder revolucionario y su sustitución por uno solo compartido por ambas clases. Y ello podía lograrse porque existían bases objetivas para esta alianza, puesto que de hecho, las dos clases se habían unido para combatir al enemigo común: los esclavistas franceses e ingleses. (La posterior invasión napoleónica así lo demostraría). A pesar de que las condiciones para resolver la contradicción clase-poder estaban maduras, los mulatos se aislaron, perdieron contacto con las masas negras –la fuerza principal de la revolución– y no pudieron resolver el problema del poder revolucionario ni orientar la revolución por el camino correcto. Al aislarse de las masas, se orientaron por el sendero desastroso de la guerra civil, agotaron parte de sus fuerzas revolucionarias y de nuevo abrieron las puertas a la reacción colonialista que bien supo aprovecharse de estas contradicciones.

Por otra parte, los dirigentes revolucionarios de las masas negras vieron con desconfianza el someterse al poder de los propietarios mulatos, y fueron también incapaces de hacer avanzar rápidamente la revolución, de aniquilar los restos de la esclavitud y de instaurar las nuevas relaciones de producción capitalistas. Francia, Inglaterra y Estados Unidos se aprovecharon del antagonismo entre mulatos y negros para debilitar la revolución; incitaron a los dos poderes revolucionarios y la guerra civil no tardó en estallar. Los antiguos esclavos negros resultaron vencedores, con el apoyo y ayuda material de los viejos colonos blancos y las potencias esclavistas y colonialistas, especialmente Estados Unidos,⁽⁶¹⁾ que consideraron a Toussaint un aliado más conveniente a sus intereses que el violento republicanismo de los mulatos del sur.

(61) Charles Gallan Tansill. Op. cit., pp. 30-31.



EL RÉGIMEN LOUVERTURIANO

El triunfo de Toussaint frente a Rigaud abrió un nuevo período de la revolución. Los dirigentes de los antiguos esclavos obtuvieron el poder político de toda la colonia, organizaron la economía y la sociedad de conformidad con las relaciones sociales de Saint-Domingue y de las contradicciones de la nueva clase dominante: el campesinado negro. Toussaint instauró una dictadura militar basada en la conservación de las grandes plantaciones agrícolas, creando para su explotación una capa privilegiada de antiguos esclavos, ahora jefes militares, en estrecha alianza con viejos propietarios blancos y con el apoyo de la burguesía comercial inglesa y norteamericana. En palabras de Pierre-Charles:

“Louverture trató de conciliar los intereses irreconciliables de los explotados y los antiguos explotadores, del esclavo y su dueño, de la clase de los libertos y la de los colonos, de los libertos y los esclavos(...)”⁽⁶²⁾

Toussaint, con consignas que interpretaban los rasgos de la situación política del momento: “la prosperidad de la agricultura es la garantía de la libertad de los negros” y “ya no seré más un negro de la costa” (refiriéndose al estado en que eran capturados y transportados los esclavos de las costas oc-

(62) Gérard Pierre-Charles. Op. cit., p. 26.



cidentales africanas), reorganizó la producción agrícola con tal ímpetu que en año y medio de dictadura militar alcanzó el 70% de los mejores días de la colonia. Dichas consignas, más que otra cosa, reflejaban las características fundamentales de la nueva sociedad de Saint-Domingue en 1801: 1) la conservación de la gran propiedad agrícola, compartida entre la capa privilegiada de los nuevos hombres libres y los antiguos plantadores blancos; y 2) la libertad de los esclavos.

La sociedad que surgió sobre las bases de las relaciones de producción esclavistas se encontró objetivamente incapacitada para establecer nuevas relaciones de producción capitalistas. Los hombres que la crearon no pudieron superar sus propias contradicciones –provenientes del sistema esclavista– dentro del estado objetivo de la nueva sociedad. Por esto, se vieron obligados a concertar un compromiso político con los antiguos propietarios blancos y las potencias colonialistas, repartiéndose el producto de la explotación del campesinado; explotación que estaba garantizada por la dictadura militar.

La autonomía política y económica del régimen de Toussaint favoreció enormemente la prosperidad de la colonia, la libertad general de los negros y asimismo la creencia de éstos de que trabajarían para beneficio propio. Pero de hecho, las masas que llevaron al poder a la nueva oligarquía militar negra, aunque liberadas de la esclavitud, pasaron a un régimen tan rígido como la antigua esclavitud, y el campesinado fue sometido a una disciplina de hierro para que desempeñara labores agrícolas sin libertad alguna de trabajo ni de movimiento.

Señala Pierre-Charles que

“la ley fundamental de esta sociedad feudal, residía en la producción de un excedente que debía satisfacer las



necesidades del señor feudal; este excedente se obtenía explotando a los campesinos dependientes -los antiguos esclavos- a base de la propiedad raíz del señor sobre la tierra y de una propiedad limitada sobre los trabajadores."⁽⁶³⁾

La constitución de Toussaint, promulgada el 7 de julio de 1801, recogió las concepciones económicas que sirvieron de base a su régimen, conforme con la ley de la correspondencia entre las relaciones de producción y el modo de producción. El Art. 1 estableció que Saint-Domingue seguiría siendo una colonia francesa. El Art. 3 abolió la esclavitud y declaró que todos los negros, mulatos y franceses nacidos en la colonia eran hombres libres. El Art. 4 proclamó la igualdad jurídica ante la ley. El Art. 6 reconoció como oficial la religión católica. Los Arts. 14, 15, 16 y 17 reglamentaron los cultivos agrícolas; establecieron las normas de trabajo que ataron al campesinado a las plantaciones; y reconocieron la necesidad y urgencia de introducir trabajadores africanos.

Los Arts. 17 a 73 normaban la administración de la colonia, su organización departamental, municipal, judicial y financiera. Toussaint quedó nombrado gobernador de por vida, con facultades para designar su sucesor. A Toussaint le correspondería nombrar todos los empleados de la administración pública, dirigir el ejército y entenderse directamente con la República Francesa. Su sucesor permanecería en funciones cinco años prorrogables. Se estableció una asamblea compuesta por diez diputados, cuyas atribuciones se limitaban a aprobar o rechazar las leyes propuestas por el gobernador. El Art. 73 mantuvo los derechos de los propietarios absentistas sobre sus bienes y les brindó los medios para que pudieran levantar

(63) *Ibíd.*, p. 28.

las confiscaciones de que hubieren sido víctimas. El Art. 77 estableció que la constitución debía ser sometida a la aprobación del gobierno de la República Francesa; pero añadía, que en vista de la urgencia por superar el peligro a que estaba expuesta la colonia y la necesidad de restablecer la producción agrícola, el gobernador quedaba autorizado para ponerla en vigor.

Esta constitución estranguló las nuevas relaciones de producción, pues prohibió formalmente a los propietarios fragmentar sus posesiones por debajo de 50 hectáreas (795 tareas dominicanas), con lo que consagró el principio de la gran propiedad; mantuvo los reglamentos de cultivo propuestos por las autoridades francesas como concesiones a los esclavos que se sublevaron en 1791, obligando a los campesinos a trabajar en las plantaciones de 5:00 A.M. a 5:00 P.M. y prohibiéndoles rigurosamente salir de ellas; consagró que los productos de la tierra se dividirían en cuatro partes: una para los cultivadores, una para el Estado, y dos para los propietarios;⁽⁶⁴⁾ autorizó veladamente la trata de negros por la creciente necesidad de obra de mano en las plantaciones; no brindó participación alguna a las masas en el gobierno; y dio un papel preponderante a la religión católica en el nuevo orden social.

Si contemplamos la constitución de 1801 desde el punto de vista ideológico, llegamos a la conclusión de que era una ley sustantiva característica de una sociedad en la que existía el modo de producción feudal; sus medidas jurídicas tendían a consolidar el régimen imperante y a crear nuevas relaciones de producción entre los propietarios de los medios de producción y los campesinos. Aunque es cierto que Toussaint implantó un sistema semifeudal, es indiscutible que ese nuevo aspecto económico constituyó una evolución natural del

(64) *Ibíd.*, p. 27.



sistema esclavista y una etapa natural del desarrollo histórico de la sociedad de Saint-Domingue. Lo que hay que analizar es por qué su dictadura militar no pudo eliminar completamente las relaciones de producción esclavistas de la nueva sociedad, ni tampoco dar el paso decisivo de separarse de la metrópoli y proclamar la independencia. Y las causas por las cuales la revolución no resolvió estos problemas básicos se encuentran en que la nueva clase dominante, limitada por sus contradicciones internas, no pudo romper la gran propiedad latifundista que formaba la base del régimen esclavista colonial. Por ello instauró una sociedad semifeudal que, aunque proclamó la libertad general de los antiguos esclavos y la igualdad política y social de los libertos, no ofreció las condiciones materiales para que las masas campesinas ejercieran efectivamente las libertades conquistadas en 10 años de sangrienta lucha.

La debilidad fundamental del régimen de Toussaint se puso de manifiesto con el “affaire Moyse”, que no fue otra cosa que el resultado del descontento de las masas campesinas sin tierras. Moyse, general del Ejército del Norte y sobrino de Louverture, gozaba de gran popularidad entre el campesinado porque manifestaba y defendía sus necesidades objetivas:

“Su concepto de la nueva sociedad colonial era distinto del de Toussaint. Para este último, la fuerza de la nueva nación residía en la producción elevada a su más alto nivel, cual que fuera el medio empleado; para Moyse, esta fuerza descansaba en el asentamiento sobre la tierra de quienes la habían conquistado, lo que, a la vez, garantizaba su libertad general, la posesión de la tierra que cultivasen y su libertad individual(...).”⁽⁶⁵⁾

(65) Pére Adolphe Gabon. Op. cit., Vol. IV, 202-203. Citado por Etienne D. Charlier. Op. cit., p. 186.



En octubre de 1801 estallaron las rebeliones campesinas contra el régimen de Toussaint y nuevamente los negros masacraron a los propietarios blancos del norte. Todas estas rebeliones fueron aplastadas cruelmente por Dessalines, Christophe y el propio Toussaint, y Moyse fue fusilado. La dictadura militar louverturiana se consolidó con más rigidez que antes y la tentativa napoleónica de 1802 para restablecer la colonia reveló, con mayor agudez, la debilidad congénita del régimen creado por Toussaint, y evidenció la indecisión de las masas y de sus dirigentes para rechazar, rápida y enérgicamente, a los invasores franceses.



TOUSSAINT EN EL SANTO DOMINGO ESPAÑOL

Al quedar España vencida en la guerra que, en defensa de la monarquía, declaró a Francia a raíz de la ejecución de Louis XVI, el 4 Termidor, Año III (22 de julio de 1795), los representantes de Carlos IV y de la Convención Nacional, asamblea gobernante de la Francia revolucionaria, firmaron en la ciudad suiza de Basilea un Tratado Definitivo de Paz conocido en nuestra historia como Tratado de Basilea. En virtud de las disposiciones de sus artículos II, IV y IX: cesaron las hostilidades y España se retiró de la guerra; Francia restituyó a España todas las plazas, territorios y países que conquistó y; el Rey de España, a cambio de esas restituciones, por sí y sus sucesores, cedió y abandonó en toda propiedad a la República Francesa la Parte Española de la Isla de Santo Domingo.

Aunque no entra en los fines de este ensayo analizar los problemas que impidieron la ejecución inmediata del artículo IX del Tratado, los intentos del general Laveaux de ocupar la Parte Oriental de la Isla en 1795, ni tampoco los de los comisionados de Toussaint, generales Agé y Chanlatte, basta señalar que Francia, entonces abrumada militar y políticamente por las agresiones de la reacción monárquica europea, no pudo tomar inmediata posesión de Santo Domingo y se limitó a enviar a Roume de Saint-Laurent como su representante.

El comisionado Roume, a quien algunos historiadores dominicanos califican de “insidioso intrigante”, conservó



intacto el aparato colonial español y hasta permitió que el antiguo gobernador y presidente de la Real Audiencia, Joaquín García, continuara desempeñando sus funciones. Después que Toussaint llamó al comisionado Roume para que reemplazara al general Hédouville como comisionado del Directorio, el general Kerverseau ocupó su lugar en el Santo Domingo Español. Kerverseau no solamente dio amplia libertad a los españoles para que conspiraran con los ingleses en perjuicio de la estabilidad del régimen louverturiano, sino que también garantizó la trata de esclavos escapados de Saint-Domingue y su venta en otras colonias de América.

Como Toussaint había sido coronel del ejército español cuando combatió junto a los realistas con las tropas negras de Jean-François y Biassou, conocía más que bien la debilidad del flanco oriental de Saint-Domingue en caso de guerra. A pesar de que señaló la trata de esclavos autorizada por Kerverseau como pretexto para justificar, frente a la oposición francesa, la ocupación de la Parte Oriental de la Isla, la verdadera razón de la misma obedeció a su previsión política-militar de afianzar su régimen y de evitar que, en la eventualidad de una expedición militar francesa, la Parte Española se convirtiera en punto de partida de un asalto contra Saint-Domingue.

El historiador Peña Batlle es quien con mayor tino indica estos móviles de Toussaint al decir:

“Si se estudian con cuidado los resultados del Tratado de Basilea en la Isla de Santo Domingo, se llega a la conclusión de que únicamente sirvieron a la causa de la independencia de Haití. Sin la cesión de la Parte Española, difícilmente hubieran logrado los insurrectos la consolidación de su obra política. Esta circunstancia no escapó a la penetrante visión de Toussaint, quien



aseguró la independencia de su país, precipitando, con suprema habilidad, la retirada de los españoles de la isla. Es evidente que Leclerc hubiera tenido mejor suerte si al llegar a Santo Domingo encuentra a España en su puesto, decidida a mantener la heredad y a ayudar a Francia a recuperar la suya. Francia y España eran, en ese momento, potencias aliadas, y, desde luego muy fácil les hubiera resultado entenderse sobre la suerte de la isla.”⁽⁶⁶⁾

Con tales objetivos estratégicos en mente, el 4 de enero de 1801, Toussaint penetró en territorio del Santo Domingo Español al frente de más de 20,000 hombres divididos en dos cuerpos de ejército: uno por el norte bajo el mando del general Moyse; y otro por el sur comandado por el general Paul Louverture. Las tropas españolas, organizadas por los generales Joaquín García y Kerversau y el brigadier Núñez, fueron fácilmente derrotadas en Guayubín, Mao y Ñagá. Toussaint no encontró resistencia alguna de parte de la población y el 26 de enero entró en la ciudad de Santo Domingo.

Sus primeras medidas fueron proclamar la libertad de los esclavos de la Parte Oriental de la Isla y una amnistía general en favor de los españoles. A continuación, emprendió la reorganización administrativa y económica de Santo Domingo con el espíritu de unir política y económicamente a las dos colonias. Para la redacción de la Constitución de 1801, convocó, el 5 de febrero, una Asamblea General en la que participaron diputados de Santo Domingo (Juan Mancebo y Francisco Morillas por el Departamento del Ozama y Carlos de Rojas y Andrés Muñoz por el Departamento del Cibao), y la

(66) Manuel A. Peña Batlle. *El Tratado de Basilea*, p. 57.



misma se aplicó en la Parte Oriental de la Isla al ser promulgada a comienzos de julio.

Señala el historiador dominicano J. G. García que

“el 7 de febrero, Toussaint decretó que no podía hacerse ninguna venta de tierra sin autorización del municipio; el 8 publicó un bando para declarar que todos los dominicanos, indistintamente, estaban bajo la protección de la República (...); el mismo día 8 ordenó a todos los habitantes de los campos que sembraran cañas, café, algodón y cacao (...); el 12 de febrero rebajó a 6% el derecho de 20% que fijaba la ley para las importaciones; después fijó al peso fuerte español el valor de 12 reales que tenía en la Parte Francesa; igualó el peso y las medidas en las dos secciones de la isla; e hizo acuñar moneda en Santo Domingo con su busto y el escudo de la República (...); se establecieron algunas garantías (...) como la inviolabilidad del asilo, la libertad individual y la de enseñanza pública y otras parecidas (...); se instalaron Tribunales de Primera Instancia en Santo Domingo, Seibo, Azua, Santiago y Samaná, estableciendo una Corte de Apelación en Santo Domingo, cuya jurisdicción era extensiva a los dos Departamentos (Cibao y Ozama); se crearon cuatro defensores públicos para Santo Domingo y cuatro para Santiago; y se prohibió por una ley el regreso de las familias que habían emigrado, confiscándoles sus bienes.”⁽⁶⁷⁾

Agrega García que

(67) José Gabriel García. Op. cit., Vol. I, pp. 304, 305, 307 y 308.



“a la sombra de la protección dispensada al comercio por los Generales Paul Louverture y Clerveaux, en sus departamentos respectivos, se abrieron para ambas (colonias), medios de comunicación de que hasta entonces habían estado privadas casi siempre, con cuyo motivo *se fomentó un comercio fronterizo tan activo* como era posible que pudiera serlo, atendido el estado de decadencia en que las emigraciones y la guerra habían dejado a la isla.” (68)

Por su lado, Del Monte y Tejada indica que

“la agricultura atrajo la atención del Gobierno, y el General Dessalines fue revestido con poderes ilimitados para restablecer las tareas en todas las habitaciones y forzar a los negros al trabajo (...). Los puertos estaban abiertos al comercio de los ingleses y norteamericanos, y *había por valor de más de 30 millones de productos coloniales en los almacenes, cuando llegó la expedición francesa*, todo lo cual atestigua las excelentes dotes de mando y la superior inteligencia de Toussaint. *En medio de este bienestar material*, fue cuando se supo que había principiado un movimiento revolucionario* en El Guarico, y partió Toussaint para aquel departamento.” (69)

La política louverturiana de alianza con los grandes propietarios y de protección a la burguesía inglesa y norteameri-

(68) Ibídem. p. 306. Itálicas nuestras.

* Se refiere a las sublevaciones campesinas del norte y al *affaire Moyse* de que hablamos anteriormente.

(69) Antonio Del Monte y Tejada. Op. cit., p. 214. Itálicas nuestras.



cana; el impulso que dio a la agricultura y al comercio; y el régimen de trabajo obligatorio impuesto por su dictadura militar, se ajustaron perfectamente a los intereses de la clase poseedora de los medios de producción del Santo Domingo Español. Fue por esto, precisamente, por lo que Toussaint, un negro, se hizo de tanta popularidad entre la clase propietaria blanca y por lo que algunos historiadores pertenecientes a ella —como es el caso de Del Monte y Tejada— lo recuerden sin odios.

Por otro lado, Toussaint se ganó el apoyo de las masas populares no solamente con la declaración de la libertad general de los esclavos, que eran más de 24,000,⁽⁷⁰⁾ sino también al permitir el acceso a los cargos públicos, al ejército y al gobierno de las cabildos, de los mulatos o mestizos —dos cuartas partes de la población total, o más de 60,000—,⁽⁷¹⁾ especialmente a los integrantes de la clase media urbana. Gaspar Arredondo y Pichardo dice que en Santiago, Toussaint

“estableció la Municipalidad, compuesta de tres miembros, uno blanco, otro mulato y otro negro —el alférez real don Antonio Pichardo, el mulato tendero Antonio Pérez y el pardo honrado Casimiro, capitán de morenos del ejército español—. ”⁽⁷²⁾

El citado historiador Del Monte y Tejada reproduce a Gaspar Arredondo y Pichardo:

(70) M. Pedrón: “Memoria descriptiva de la Parte Española de Santo Domingo”. En Emilio Rodríguez Demorizi. *La Era de Francia...*, p. 190.

(71) *Ibíd.*, p. 191.

(72) Gaspar Arredondo y Pichardo. “Memoria de mi salida de la Isla de Santo Domingo, el 28 de abril de 1805.” En Emilio Rodríguez Demorizi. *Invasiones haitianas de 1801, 1805 y 1822*, p. 133.



“Fueron nombrados Consejales Don Antonio Pichardo, último Alférez Real bajo dominio de España, un pardo nombrado Antonio Pérez y un negro español que fue capitán de morenos, llamado Casimiro.”⁽⁷³⁾

Sus medidas económicas trajeron prosperidad al Santo Domingo Español y le ganaron el apoyo de los terratenientes y comerciantes. La abolición de la esclavitud y el ímpetu democrático de los mulatos y negros en el desempeño de funciones administrativas y políticas, determinaron que en Santo Domingo se comenzara a disfrutar de un período democrático no conocido anteriormente y que Toussaint, se hiciera acreedor del apoyo y simpatías de las masas populares. Este apoyo de la mayoría de los sectores de la sociedad colonial quedó de manifiesto cuando en enero de 1802 regresó a la ciudad de Santo Domingo y fue objeto de una acogida apoteósica. Doña Francisca Valerio, en relación dirigida al presbítero Francisco González, residente en Santiago de Cuba, dice:

“El día 3 de enero (de 1802) entró el levantado Toussaint en nuestra ciudad, que sólo faltó recibirlo debajo del Palio, porque según entiendo, a nuestro monarca no se le hubiere hecho más.”⁽⁷⁴⁾

El historiador García reseña de idéntica manera de recibimiento de Toussaint en 1802,⁽⁷⁵⁾ y el Dr. Alejandro Llenas, en

(73) Antonio Del Monte y Tejada. Op. cit., Vol. III, p. 213.

(74) Francisca Valerio. “Relación dirigida al presbítero doctor don Francisco González y Carrasco, residente en Santiago de Cuba.” En Emilio Rodríguez Demorizi. *Invasiones...*, p. 71.

(75) José Gabriel García. Op. cit., Vol. I, p. 308.



artículo publicado en 1874 bajo el título de *Invasión de Toussaint Louverture* señala:

“el nuevo Gobernador se retiró por Azua y San Juan, colmado de las bendiciones de los dominicanos, sensibles entonces a sus beneficios (...).”⁽⁷⁶⁾

Sin embargo, no todos los sectores de la sociedad colonial del Santo Domingo Español apoyaron a Toussaint, lo colmaron de bendiciones y vieron con simpatías sus medidas políticas y económicas. ¿Cuáles fueron estos sectores? Los minoritarios: los aristócratas, los esclavistas, los hispanistas y racistas que aún hoy perduran.

Gaspar Arredondo y Pichardo, citado ya anteriormente, comienza sus memorias aseverando que: “el cielo le dio unos padres ricos” y dice:

“(...) durante su Gobierno (el de Toussaint, ECM), fuimos vejados de todos modos y nivelados con nuestros mismos esclavos en el servicio de las armas y en todos los actos públicos. En un baile que dieron para celebrar la entrada de Moyse, antes de la venida de la armada francesa, se me hizo la gran distinción por el bastonero de sacarme a bailar con una negrita esclava de mi casa, que era una de las señoritas principales del baile porque era bonita, y no tuvo otro título ni otro precio para ganar su libertad, que la entrada de los negros en el país (...).”⁽⁷⁷⁾

(76) Emilio Rodríguez Demorizi. *Invasiones...*, p. 187.

(77) *Ibíd.*, p. 132.

Más adelante agrega:

“En este estado permanecemos tolerando una igualdad que veíamos acompañada por todas partes de la ignominia y de la cruel amenaza, pues ya se adelantaban los oficiales negros a pretender relaciones con las principales señoritas del país, comprometiendo a cada paso el honor de sus familias (...).”⁽⁷⁸⁾

Excluyendo a estos minoritarios sectores racistas, la inmensa mayoría de la población del Santo Domingo Español vivió bajo un clima democrático y de prosperidad nunca conocido en su historia. Esta situación, sin embargo, duró muy poco, pues se vio interrumpida violentamente por la expedición de Leclerc; acontecimiento que no solamente determinó el restablecimiento de la esclavitud, sino que, más importante aún, frenó decisivamente el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad que luego se llamaría dominicana, ahogó el nacimiento de su emergente burguesía y consolidó política y económicamente a los latifundistas hateros que controlarían el país hasta nuestros días.

(78) *Ibíd.*, p. 134.

INVASIÓN DE LECLERC E INDEPENDENCIA HAITIANA

En Francia, la alta burguesía necesitaba consolidar, desde el poder político, el nuevo régimen capitalista y aniquilar los emanentes revolucionarios que el jacobinismo había dejado en la sociedad gala. Para esta misión histórica y, a la vez, tarea contrarrevolucionaria, escogió como instrumento a Napoleón Bonaparte, quien el 18 de Brumario, Año VIII (9 de noviembre de 1799), apoyado en el ejército, dio un golpe de Estado e instauró en la República Francesa un gobierno dictatorial. En pocos años las tropas napoleónicas se hicieron dueñas de media Europa y, con el aliento y entusiasmo de la burguesía, amenazaron seriamente el vasto imperio colonial inglés.

Si Saint-Domingue hubiera sido una colonia de escasa importancia económica como Martinica, Guadalupe, o Guayana, y no el territorio más rico de la metrópoli y el único centro desde el cual podrían irradiarse las medidas tendentes a reconquistar el imperio colonial soñado por la burguesía, y si el propio Bonaparte no hubiera aspirado a la gloria de gobernar en tres continentes, éste hubiera prestado poca atención a Toussaint Louverture y a su constitución de 1801, que representaba un acto de rebeldía contra Francia.

La invasión napoleónica a Saint-Domingue obedeció, por lo tanto, a las presiones de la burguesía francesa y de los antiguos colonos que anhelaban la restitución de la colonia para volver a disfrutar de los enormes beneficios derivados de la



explotación de los productos tropicales con mano de obra esclava. Por su parte, Napoleón consideró que estableciéndose en Saint-Domingue y en La Louisiana podría crear un imperio francés en América que le permitiría arrancar a la frágil monarquía feudal española sus colonias, debilitando de paso y sustituyendo, poco a poco, al comercio inglés. Los planes para la reconquista de Saint-Domingue y el restablecimiento de la colonia fueron contempladas con simpatías por Estados Unidos e Inglaterra, países que, a pesar de tener fuertes contradicciones económicas con Francia, advirtieron en la reinstalación de la esclavitud una medida que salvaguardaría sus propios intereses esclavistas.

El 14 de diciembre de 1801, el general Víctor Enmanuel Leclerc, cuñado de Napoleón que había combatido con gloria en Italia, sobre el Rin, en Tolón y con el ejército de Los Alpes, zarpó del puerto de Brest al mando de 21,900 veteranos de las campañas del Rin, Italia y Egipto. La flota del almirante Villaret-Joyeuse, compuesta por 86 navíos de todos los portes, transportó este brillante ejército al través del Atlántico y el 29 de enero de 1802 arribó a la Bahía de Samaná. Las órdenes que Leclerc recibió de Napoleón fueron categóricas, precisas:

“Seguid vuestras instrucciones al pie de la letra, y en el momento en que os hayáis librado de Toussaint, Dessalines y los principales bandidos, y las masas de los negros hayan sido desarmadas, enviad al continente a todos los negros y mulatos que hayan participado en las luchas civiles (...). Libradnos de estos africanos iluminados, y ya no tendremos nada más que desear.”⁽⁷⁹⁾

(79) Paul Roussier. *Lettres du général Leclerc, commandant en chef de l'armée de Saint-Domingue en 1802*, Vol. II, p. 168. Citado por James G. Leyburn. Op. cit., p. 43.



En otra parte de estas instrucciones podemos ver cuáles eran las verdaderas intenciones de Bonaparte:

“Si la mira política de la Parte Francesa de Santo Domingo ha de ser el desarmar a los negros y hacerlos cultivadores, pero libres; se les debe en la Parte Española desarmarlos igualmente, pero remitirlos a la esclavitud. Se debe volver a tomar posesión de esta parte, siendo nula y sin efecto la toma de posesión de Toussaint.”⁽⁸⁰⁾

Leclerc, en cumplimiento de estas órdenes y de los planes militares trazados por Napoleón, desembarcó sus tropas por diferentes lugares de la isla: el general Kerverseau, al mando de 1,000 hombres, debía tomar la Parte Española de Santo Domingo; el general Boudet, con 3,000 hombres, Port-au-Prince; el general Rochambeau, con 2,300 hombres, Fort-Liberté; el general Hardy, con 2,400 hombres, El Dondón; el general Desforneaux, con 1,800 hombres, Plaisance; y el propio Leclerc, con el resto del ejército expedicionario, atacaría Cap-Français.

Las fuerzas que Toussaint opuso a Leclerc estaban compuestas por 19 medias brigadas, con un total de 15,000 hombres, y una caballería de 2,000 jinetes. Fue en este momento cuando se evidenció la debilidad congénita del régimen louverturiano: ante el masivo desembarco francés, los sectores políticamente débiles se sometieron sin resistencia o se pasaron a los franceses en los primeros choques armados. Desde luego, en mucho contribuyó que los vacilantes mulatos ingresaran en el ejército napoleónico y abandonaran a

(80) Emilio Rodríguez Demorizi: *La Era de Francia...*, p. 9.



Toussaint, así como la noticia de que Pétion y Rigaud, generales de la clase media mulata, habían llegado con la expedición francesa.

En el norte, la política de Toussaint de alianza con los grandes propietarios blancos desorientó a las masas campesinas, y éstas no pudieron actuar con la rapidez y decisión que la nueva amenaza colonialista ameritaba. Solamente Christophe en Cap François, Dessalines, en Saint-Marc y Maurepas, en Port-au-Prince, se opusieron con tenaz resistencia al desembarco francés, retirándose a las montañas e incendiando y arrasando todo lo que encontraron en su camino. Esta táctica de tierra arrasada fue el preludio de la que sería guerra de independencia de 1802 a 1804.

La Parte Española de Santo Domingo no puso resistencia seria a Kerverseau y la casi totalidad de su población recibió con escepticismo la nueva campaña militar francesa. Solamente en Santiago, principal centro del comercio de ganado con Saint-Domingue, donde había ya una incipiente pequeña burguesía que defendía y apoyaba al régimen louverturiano, la población trató de defender la plaza bajo el mando del general mulato Clerveaux; intento del que fue disuadida por las gestiones del obispo francés Mauviel. Por otro lado, en la ciudad de Santo Domingo, el general Paul Louverture, después de resistir un fugaz sitio, entregó la plaza a Kerverseau regresando con los remanentes de su ejército a la Parte Occidental de la Isla.

Las tropas de Leclerc, tras largos y costosos combates, destruyeron los mejores cuadros del ejército de Toussaint y ocuparon los lugares más estratégicos de la isla. Sin embargo, la resistencia de Louverture no disminuyó ante esos reveses, sino que, por el contrario, ripostó aplicando la táctica de lucha de los negros cimarrones del Bahoruco, evitando los choques frontales con el ejército francés y adoptando la movilidad de



la guerra de guerrillas, especialmente en el norte, zona en que la población campesina era más densa y revolucionaria. Leclerc no pudo desalojar las tropas negras de sus bastiones y nadie mejor que Lemonnier Delafosse, oficial del ejército napoleónico y combatiente de esta guerra, para explicarnos el por qué:

“Toussaint combatió entonces, y la conquista, que parecía cosa cierta, pareció menos fácil en presencia de un ejército que, retirado a las montañas, se hizo casi inatacable (...).⁽⁸¹⁾ Pero esta guerra nueva para nosotros; esta guerra en la que el enemigo no estaba visible nunca, derrotó a oficiales y soldados; (...) Perdimos desde el comienzo mucha gente. El ejército de ellos, invisible, que no se podía encontrar, inalcanzable, se ocultaba en los montes o entre los matorrales y disparaban a tiro seguro contra nuestras masas compactas; fue necesario, pues, limitarse a ocupar las ciudades, después de haber expulsado al enemigo. Era necesario en seguida, establecerse, organizarse y decidir qué partido debía tomarse para llegar a un fin. Sin embargo, Toussaint sostenía la campaña. Por lo tanto, era necesario ir a combatirlo. Nosotros comenzamos la guerra y debíamos continuarla. ¡Y qué guerra! Por parte de los negros, era una guerra a muerte! (...).⁽⁸²⁾ y toda la ciencia militar europea fracasaba delante de este negro, este pretendido salvaje.”⁽⁸³⁾

Se combatió en todas las montañas, en todos los valles: los soldados franceses murieron por millares bajo las balas y a

(81) J. B. Lemonnier Delafosse. Op. cit., p. 20.

(82) *Ibidem*, p. 45-46.

(83) *Ibidem*, p. 52.



causa de la fiebre amarilla; y cuando Leclerc enfrentaba el fracaso militar, fue que Toussaint, actuando con la vacilación característica de la nueva clase que encarnaba, trató de conciliar los irreconciliables intereses de Saint-Domingue con los de Napoleón y la burguesía francesa. Las falsas promesas de libertad a los negros hechas por Leclerc y su ilusión de llegar a un acuerdo con Bonaparte que le permitiera conservar algunas de las conquistas logradas por las masas, fundamentalmente, la libertad general de los antiguos esclavos, le hicieron concertar un compromiso por medio del cual él, conjuntamente con sus tropas y generales, se sometieron al general francés y entregaron 30,000 fusiles.

Este acto de sometimiento no solamente señaló el fin del régimen de Toussaint, sino que frenó, casi hasta llevarlo al borde del fracaso, el proceso revolucionario de Saint-Domingue. En el desarrollo objetivo de este proceso, Toussaint quedó políticamente rezagado y sólo el empuje y la claridad revolucionaria de los antiguos esclavos y de sus nuevos dirigentes, Dessalines, Christophe, Pétion, Belair, Boyer, Clerveaux, Maurepas, etc., salvaron la revolución y lograron conquistar sus metas definitivas: la proclamación de la independencia y la repartición de la tierra al través de la alianza revolucionaria de las masas campesinas negras y la clase media mulata. En efecto, Charlier señala que

“ (...) el orden louverturiano se derrumbó bajo el peso de sus propias contradicciones internas y permitió la única alianza que posibilitó la independencia: la alianza de los antiguos y nuevos libertos. Esta alianza logró sus objetivos porque descansó sobre bases sólidas: los antiguos libertos y la capa privilegiada de los nuevos hombres libres acordaron consolidar y ampliar sus conquistas económicas, sociales y políticas; mientras



las masas negras combatieron para afianzar su libertad y participar en la repartición de los despojos de los colonos blancos.”⁽⁸⁴⁾

Después de someterse a Leclerc, Toussaint se retiró a su plantación de Ennery, ubicada en Gonaïves. Allí continuó con las ilusiones de que Napoleón mantendría la libertad de los negros y creyendo en las promesas de los franceses, a pesar de conocer el arresto y deportación del general mulato Rigaud. Muy poco duraron sus ilusiones y credulidad. La noche del 10 de junio fue arrestado, embarcado en la fragata *Creole*, trasladado al navío *Heros* y deportado a Francia el día 15 del mismo mes. Al desembarcar en el puerto de Brest fue conducido a la Fortaleza de Joux, en las montañas del Jura, y en ella no solamente encontró a Rigaud prisionero, sino también la muerte el 7 de abril de 1803.

Leclerc había cumplido la primera parte de las instrucciones que Napoleón le transmitió en el momento de emprender la reconquista de Saint-Domingue. Para realizar la traidora deportación de Toussaint alegó que el jefe negro estaba planeando una nueva revuelta armada y había interceptado dos misivas que Louverture envió al general Fontaine, su antiguo Jefe de Estado Mayor, residente en Cap Français. La carta que Leclerc remitió al Ministerio de Marina, fechada el 11 de junio de 1802 en el Cuartel General del Cabo, por medio de la cual le avisó el fin de Louverture, es bien elocuente:

“Yo envío a Francia este hombre profundamente pérfido quien con tanta hipocresía nos ha hecho tanto mal (...). Por favor, mándeme algunas fuerzas, pues sin ellas no puedo dominar la situación (...). Mánde-

(84) Etienne D. Charlier. Op. cit., p. 233.

me dinero, pues estoy en una necesidad extrema (...) El calor y las enfermedades hacen difícil todo trabajo (...)."⁽⁸⁵⁾.

El arresto y deportación de Toussaint no significaron en modo alguno el fin de la revolución, tal y como esperaban Napoleón y Leclerc. Por el contrario, al conocerse lo sucedido al principal defensor de la libertad de los negros, los nuevos dirigentes le dieron un vigoroso impulso y la lucha armada estalló de nuevo. Cuando en el mes de octubre arribó a Cap Français la fragata *Cocarde* llena de prisioneros negros de Guadalupe por haber protestado de la disposición del gobernador de dicha isla, general Richepanse, que imponía de nuevo la esclavitud en las Antillas Menores, y se difundió por todo Saint-Domingue que los franceses la restablecerían en todas sus colonias de América, el ritmo de la revolución se hizo arrollador.

Ciertamente, con la eliminación de Toussaint, a Napoleón se le presentó la oportunidad de poner en ejecución la segunda parte de su plan: reimplantar la esclavitud y derogar el Decreto del 16 Pluvioso, Año II, (4 de febrero de 1794) mediante el cual la Asamblea Nacional la había abolido. Bonaparte acariciaba profundamente este sueño y desde hacía algún tiempo había preparado un proyecto legislativo para esclavizar otra vez a las masas trabajadoras de todas las colonias francesas, incluyendo las de Saint-Domingue.

Este proyecto fue convertido en Ley el 30 Floreal, Año X, (20 de mayo de 1802) y, aunque es cierto que en Guadalupe, Martinica, Dominica, María Galante, Guayana, etc., se puso en vigor con grandes fiestas y los negros fueron conducidos

(85) Paul Roussier. Op. cit., Vol. II, p. 168. Citado por Ricardo Pattee. Op. cit., p. 107.



nuevamente a sus antiguos barracones, Napoleón, atento a la explosiva situación de Saint-Domingue, consideró impolítico darle allí vigencia inmediata a esta vergonzosa legislación. En síntesis, la Ley del 30 Flóreal contenía lo siguiente:

"Artículo I.— En las colonias restituídas a Francia (Martinica, Santa Lucía, Tobago y Senegal), en ejecución del Tratado de Amiens del 6 Germinal, Año X, se mantendrá la esclavitud de conformidad con las leyes y reglamentos anteriores a 1789.

Artículo II.— Igualmente se reimplantarán en las otras colonias allende el Cabo de Buena Esperanza.

Artículo III.— La trata de negros y su importación en dichas colonias tendrán lugar de acuerdo con las leyes y reglamentos en vigor antes del indicado año de 1789." ⁽⁸⁶⁾

Era el artículo II el que, sin mencionarlo específicamente, restablecía la esclavitud en Saint-Domingue. Ante esta disposición legal, Leclerc debía usar su propia discreción en cuanto al momento y la manera de anunciarla y ponerla en vigor. Las instrucciones del Ministro de la Guerra, Decrés, del 25 Prairial, Año X (14 de junio de 1802), adjunta a las cuales envió a Leclerc una copia de la indicada Ley del 30 Floreal, decían entre otras cosas:

"En lo que se refiere al retorno de los negros al antiguo régimen, la lucha sangrienta, de la que acabáis de salir

(86) Paul Roussier. Op. cit., Vol. II, pp. 284-285. Citado por Etienne D. Charlier. Op. cit., p. 238.



victorioso con gloria, nos exige emplear la mayor cautela. Quizás, sólo consiguiéramos vernos enredados nuevamente en ella, si pretendiéramos destruir precipitadamente ese ídolo de la libertad, en cuyo nombre tanta sangre se ha derramado ya. Durante algún tiempo al menos, la vigilancia, el orden y la disciplina, a la vez rural y militar, deben reemplazar a la esclavitud real y declarada de la gente de color de vuestra colonia. Especialmente, el buen tratamiento de los amos, debe inducirlos a volver a ella. Cuando hayan apreciado, por comparación, la diferencia entre el yugo tiránico de un usurpador, (se refería, al parecer, a un yugo como el de Toussaint, ECM) y el del propietario legítimo, interesado en su bienestar, habrá llegado el momento de hacerlos retornar a su condición primitiva, de la que tan desastroso resultó el apartarlos.”⁽⁸⁷⁾

Fue en este momento, cuando los revolucionarios de Saint-Domingue comprendieron con claridad las intenciones de Napoleón de aniquilar por cualquier medio la resistencia de los antiguos esclavos y restablecer el viejo régimen colonial basado en el trabajo esclavo. Aunque Leclerc volvió a prometer la libertad de los negros y la igualdad de derechos civiles y políticos a los mulatos, sus promesas sólo fueron una estrategia política tendente a aminorar el ritmo de la guerra, que ya sobrepasaba los estimados humanos y los planes tácticos elaborados por Bonaparte. Los ejércitos de Leclerc estaban diezmados; el 4 Vendimiario, Año XI (26 de septiembre de 1802), escribió al Ministro de Marina solicitándole 12,000 soldados como refuerzos, en vista de que las bajas eran alar-

(87) Paul Roussier. Op cit., Vol. II, p. 285. Citado por James G. Leyburn. Op. cit., p. 44.



mantes: 7,000 muertos en combate y 21,000 por la fiebre amarilla.

Como ya indicamos, la deportación de Toussaint y la noticia de que en Guadalupe y otras islas francesas de las Antillas Menores reinaba de nuevo la esclavitud avivaron el fuego revolucionario de las masas campesinas. Con consignas de *Point d'esclavage, point de colonie* (Nada de esclavitud, nada de colonia) y ante la amenaza de que se restableciera el trabajo esclavo, todo el norte y el oeste estallaron en revuelta bajo el mando del general negro Charles Belair. Leclerc intentó ahogarla a sangre y fuego; para esos fines lanzó en persecución de Belair a Dessalines, Christophe y Maurepas, entonces generales combatiendo bajo bandera francesa a consecuencias del sometimiento de Toussaint y de sus ejércitos, pero ninguno de ellos pudo dominarla por completo.

Esta actitud de Dessalines, Christophe y Maurepas de luchar contra sus propios hermanos demuestra que los que serían héroes revolucionarios de la guerra de independencia habían quedado ideológicamente rezagados del objetivo de la revolución, y que solamente por la creciente desertión de las tropas negras que combatían contra Belair fue que sus jefes militares reingresaron a la marea revolucionaria. Ante estos acontecimientos, la acción y la conciencia de las masas campesinas fue más consecuente con la realidad concreta que imperaba en Saint-Domingue, que las de sus propios dirigentes.

La noche del 12 de octubre de 1802, los generales mulatos Pétion, Clerveaux y Jean Philippe Daut se pasaron con sus tropas al campo revolucionario y tres días después lanzaron un vigoroso ataque contra Haut-du-Cap. El 17 de octubre lo hicieron Christophe en Saint-Michel y Dessalines en Petite-Riviere de l'Artibonite, y el 28 los generales Sans-Souci, Clerveaux, Pétion y Christophe realizaron un nuevo ataque



contra Haut-du-Cap. Es decir, en menos de 15 días la mayoría de los generales negros y mulatos estaban combatiendo junto a Belair y al frente de las masas contra los franceses. Este suceso y el nombramiento de Rochambeau (antiguo general del régimen colonial y esclavista convencido) como comandante en jefe de las tropas francesas, por morir Leclerc de fiebre amarilla el 2 de noviembre, determinaron que en la revolución surgiera un nuevo elemento que no la abandonaría hasta su triunfo: el terror.

Afirma Leyburn que:

“Rochambeau hizo una guerra carente de todo plan inteligente, ahorcando, fusilando, ahogando y quemando a todos los negros que podía capturar; cazándolos con mil quinientos sabuesos comprados en Jamaica, a más de cien dólares cada uno; despilfarrando el dinero y derrochando la vida de sus hombres.”⁽⁸⁸⁾

Las derrotas sufridas por las tropas francesas irritaron al nuevo comandante francés, quien, ante el temor de que los batallones negros integrados a su ejército desertaran y se pasaran a la revolución, los hizo ahogar en la Bahía de la ciudad del Cabo. Rochambeau incrementó sus medidas terroristas y el 6 de mayo de 1803, en comunicación dirigida al comandante Ramel de la Isla La Tortuga, escribió:

“Le envío, mi querido comandante, un destacamento de 50 hombres de la Guardia Nacional del Cabo, comandado por M. Bari; lleva 28 perros dogos. Esos refuerzos le permitirán asimismo terminar enteramente vuestras operaciones. No le dejaré ignorar que no le

(88) James G. Leyburn. Op. cit., p. 45.



será abonada ninguna ración ni gasto para la alimentación de esos perros. Usted debe darles negros para comer.”⁽⁸⁹⁾

La precaria situación militar del ejército francés y la respuesta que dieron los jefes negros y mulatos a estas bárbaras disposiciones recrudecieron el terror hasta llevarlo a su más cruel expresión. En ese momento fue cuando la guerra se convirtió en una feroz lucha sin cuartel y así lo anunció la proclama de los revolucionarios, firmada por Dessalines, que concluía con las palabras *Liberté ou Mort* (Libertad o Muerte).

Sin embargo, el viejo problema del doble poder revolucionario continuaba frenando la marcha de la revolución. Los jefes militares negros del norte y del oeste: Christophe, Capois-la-Mort, Paul Louverture, Magloire Ambroise, Yayaou, Paul Romain, Sans-Souci, Vernet, etc., reconocieron la autoridad suprema de Dessalines. Por su parte, los mulatos del sur: Clerveaux, Nicholas Geffrard, Boyer, Cangé, Gabart, Daut, etc., reconocieron la de Pétion. Se celebró una reunión de los jefes militares representativos de las dos clases fundamentales de la sociedad de Saint-Domingue y la misma fue decisiva para el movimiento revolucionario: Pétion aceptó a Dessalines en la jefatura del ejército. Indica Pattee que

“la acción de Pétion de haber reconocido la autoridad suprema de Dessalines y la grandeza de su alma, al someterse en bien de la causa común al general negro, ha sido aclamada como una de las acciones más desinteresadas que registra la historia de Haití.”⁽⁹⁰⁾

89) Archivo Nacional de Cuba. “Documentos para la historia de Haití.” En José A. Ramos. *Historia de la nación latinoamericana*, p. 49.

90) Ricardo Pattee. Op. cit., p. 101.



Con este reconocimiento se consagró la alianza de ambas clases en el curso de la revolución; alianza que tenía como objetivo común establecer un sólo poder revolucionario, vencer la opresión extranjera y declararse libres. Con ella, de hecho, comenzaron a sonar las campanas de los funerales de la dominación francesa y la revolución adquirió un nuevo carácter en la conciencia de sus dirigentes y de las masas: dejó de ser una revuelta por la libertad de los esclavos y los derechos civiles y políticos de los mulatos y se convirtió en un movimiento de liberación nacional que culminó con la fundación de la República de Haití, primera en abolir la esclavitud en América y la que llegó más lejos en las reivindicaciones sociales de su población.

Con la alianza de la clase media mulata y las masas campesinas negras, la guerra revolucionaria prendió en los cuatro puntos cardinales de Saint-Domingue. Los negros y mulatos no se batieron ya bajo el pabellón tricolor de la República Francesa: crearon uno propio. Dessalines arrancó la franja blanca de la bandera francesa –lo que significaba la eliminación de los blancos– unió la azul y la roja como símbolo de la alianza en el poder revolucionario de negros y mulatos, y sobre esta bandera bicolor inscribió su lema: *Liberté ou Mort*.

En el sur, Pétion conquistó Léogane y Lamarre a Petit-Goave, comenzando a repartir las tierras entre los soldados de la independencia, con lo que no solamente iban desalojando a las tropas francesas de ese departamento sino también forjando los cimientos de la libertad y de la futura sociedad haitiana en el mismo proceso de la revolución. En el oeste, Dessalines conquistó Mirabelais, Grand-Bois y la llanura del Cul-de-Sac.

En julio de 1803 las tropas francesas estaban derrotadas y se limitaban a ocupar los puertos costeros: Port-au-Prince (Port-Républicain), Saint-Marc y Jacmel, en el oeste; Cap Français y



la Môle Saint-Nicolas, en el norte. La fiebre amarilla se recrudeció en el seno del ejército napoleónico, contribuyendo en mucho a debilitar su poder combativo y a sembrar dudas entre los soldados de línea sobre la causa por la cual combatían a los negros que morían por su libertad y los principios republicanos. Como la Paz de Amiens quedó rota en julio de 1803, de nuevo se inició la guerra entre Francia e Inglaterra, empeorándose la situación de Rochambeau al imponer los ingleses un bloqueo marítimo a Saint-Domingue.

El general Feroux expulsó a los franceses de Dame-Marie y le Abricots y el 20 de julio asaltó Jeremie. Gabart apretó el cerco contra Saint-Marc y el 2 de septiembre el general francés D'Henin capituló ante los ingleses. Dessalines y Pétion limpiaron de franceses la región de Port-au-Prince. El general francés Brunet, arrinconado por Geffrard, capituló ante el comodoro inglés Cumberland. El 17 de Octubre, Geffrard tomó posesión de la capital del sur, Les Cayes, última ciudad que los franceses ocupaban en el departamento. El mismo día, el general francés Pageot concluyó un armisticio y se retiró al Santo Domingo Español, ocupando Magloire Ambroise la ciudad de Jacmel, último punto del oeste en poder de los franceses.

A mediados de octubre, los Departamentos Sur y Oeste estaban liberados de franceses, quienes únicamente ocupaban las ciudades de Cap François y la Môle Saint-Nicolas en el Departamento Norte. A mediados de noviembre, Dessalines se trasladó al norte junto a Pétion, Capois-la-Mort, Christophe, Clerveaux, Vernet, Gabart, Cangé y otros generales, con un ejército de 27,000 hombres para iniciar el sitio de Cap François, donde Rochambeau estaba admirablemente atrincherado. El día 18 comenzaron los combates y en la plantación Vertieres se libró la batalla más célebre de la revolución. Señala Lemonnier Delafosse que

“(…) vio marchar sobre un reducto a una columna cerrada, descalabrada por la metralla de cuatro piezas de artillería y no dar un paso atrás! Mientras más caían, más aumentaba el valor de los otros; avanzaban cantando.. *¡Grenadiers, a l’assaut! Ca qui mourì zaffaire a yo, gn’ y a point papá, gn’ y a pas maman! ¡Grenadiers a l’assaut, ca qui mourì zaffaire a yo!* (¡Granaderos, al asalto. Los que mueran desgraciados de ellos; no tenemos papá, ni tenemos mamá! Granaderos al asalto, los que morirán, peor para ellos...!) Este canto valía tanto como todas nuestras canciones republicanas.”⁽⁹¹⁾

Capois-la-Mort dio muestras de un valor tan espartano y bizarro al frente de sus granaderos, que el propio Rochambeau suspendió el fuego y envió un jinete con bandera blanca ante las tropas negras con el siguiente mensaje:

“El Capitán-General Rochambeau hace llegar su admiración al oficial-general que se ha cubierto de tanta gloria.”⁽⁹²⁾

El emisario francés regresó a sus líneas, se continuó el combate y al día siguiente, 19 de noviembre de 1803, Rochambeau propuso condiciones de tregua para tratar los detalles de la rendición de la ciudad a Dessalines, utilizando como mediador al comodoro inglés Loring. El día 29, el ejército negro y sus jefes militares entraron triunfalmente en Cap Français, bastión del colonialismo y de la esclavitud francesa en Saint-Domingue durante más de un siglo.

(91) J. B. Lemonnier Delafosse. Op. cit., p. 77.

(92) Thomas Madiou. Op. cit., Vol. III, p. 77.



El 4 de diciembre, el general Des Noailles y sus tropas abandonaron la Môle Saint-Nicolas. Partieron así los remanentes del ejército napoleónico en Saint-Domingue, dejando a sus espaldas montañas de cadáveres. El general de brigada Pamphile de Lacroix, quien fuera actor de esta campaña e integrante de la expedición de Leclerc, señala que las tropas enviadas por Bonaparte ascendieron a 55,132 durante los años 1802 y 1803: 35,132 a Leclerc y 20,000 a Rochambeau. El total de bajas sufridas por Leclerc en el lapso de nueve meses fue de 62,501, distribuidas de la siguiente manera: 2,250 oficiales de estado mayor y sanidad; 25,651 soldados; 8,000 miembros de la marina de guerra; 3,000 marinos mercantes; 2,000 empleados militares y civiles; 3,000 blancos llegados de Francia; 5,600 colonos blancos y 13,000 mulatos y negros que combatieron del lado del ejército francés.

Agrega de Lacroix que

“las pérdidas sufridas por Rochambeau fueron casi tan considerables como éstas.”⁽⁹³⁾

Por otro lado, Lemonnier Delafosse ofrece la cantidad de 58,395 bajas e indica que la expedición que comenzó el 29 de enero de 1802

“desembarco 21,900 soldados, cifra que, hasta 1803, se aumentó todavía con 21,645 llegados posteriormente, entre los cuales se contaban colonos, marinos comerciales, negociantes, mercaderes e industriales,... un total de 58,545 hombres blancos, que desembarcaron en la isla en el espacio de veintiún meses.”⁽⁹⁴⁾

(93) Pamphile de Lacroix. Op. cit. Citado por Thomas Madiou. Op. cit., Vol. III, pp. 95, 96-97.

(94) J. B. Lemonnier Delafosse. Op. cit., p. 20.



Es decir que el ejército francés estaba compuesto por 2,270 oficiales de todas las armas, justicia, administración, sanidad y culto, incluyendo al general en jefe, 5 generales de división y 14 generales de brigada; 43,275 soldados; 8,000 marineros; 2,000 empleados; 3,000 comerciantes, mercaderes, industriales y blancos venidos de Francia.⁽⁹⁵⁾ Ahora bien,

“de toda la expedición de Santo Domingo que tenía un efectivo total de 58,545 hombres, 150 oficiales y 320 sargentos y soldados fueron los únicos que salieron de Santo Domingo! (...) y aún estos últimos perecieron en parte durante cinco años de pontones (hasta 1814). Los oficiales únicamente volvieron a Francia, de manera que puede decirse con toda certeza que sólo volvieron vivos 150 hombres.”⁽⁹⁶⁾

Así concluyó la guerra que las potencias colonialistas europeas desataron en Saint-Domingue con el exclusivo propósito de mantener esclavizadas a las masas negras para beneficio de sus respectivas burguesías. Inglaterra, como ya vimos, perdió 20 millones de libras esterlinas y 45,000 hombres, y Francia una suma evaluada en más de 225 millones y 58,400 hombres. En resumen: casi 250 millones de libras esterlinas y más de 103,000 soldados pertenecientes a los dos ejércitos más aguerridos, de mayor disciplina y mejor armados de la época.

Pero para Francia, la derrota militar de Napoleón en Saint-Domingue, más desastrosa que la campaña de Egipto, representó más aún: perdió su preponderancia en América; arruinó un comercio colonial de millones de francos anuales, y

(95) *Ibidem*, p. 84.

(96) *Ibidem*, p. 200.



causó, además, el naufragio de los anhelos bonapartistas de construir un imperio americano. La espectacular y aplastante victoria de Dessalines determinó que Napoleón, quien había obtenido de España la devolución de La Louisiana, vendiera esa colonia al presidente Jefferson de los Estados Unidos por 50 millones de francos (\$15 millones de dólares) y abandonara definitivamente el sueño de gobernar en tres continentes.

En los primeros días de diciembre de 1803, en el territorio de Saint-Domingue no quedaba un soldado europeo y se habían conquistado los objetivos de la alianza entre la clase mulata y las masas campesinas negras. El 1º de enero de 1804, ante el pueblo, los jefes militares y las tropas reunidas en la plaza principal de Gonaives, Dessalines proclamó solemnemente la independencia de la antigua colonia de Saint-Domingue. El nombre que escogió para la nación fue el que emplearon los taínos cruelmente exterminados por los españoles: Haití,

“con lo que hizo trascender su raza y se convirtió en vengador de los indios.”⁽⁹⁷⁾

Todos los presentes juraron renunciar para siempre a Francia y morir antes que vivir bajo su dominación. Había nacido un nuevo Estado...

— — — — —

La república que emergió de la esclavitud nació entre las ruinas coloniales. La guerra de 1802-1804 había dejado al país

(97) Etienne D. Charlier. Op cit., p. 307.



en el caos: las plantaciones y demás instalaciones agrícolas estaban destruidas; todos los hábitos de trabajo habían desaparecido; miles de hombres habían muerto. Según Leyburn, el primer censo de Haití, en 1805,

“arrojó una población de sólo 380,000 almas, entre las que las mujeres superaban a los hombres en una proporción de casi tres a dos.”⁽⁹⁸⁾

En consecuencia, Dessalines se vio enfrentado a dos graves problemas: la consolidación y protección militar de la independencia recién conquistada, ante el temor del regreso de los franceses y la reorganización económica y administrativa del país.

Para solucionar el primero fue necesario mantener y aumentar el ejército, convirtiéndolo en el depositario del poder político del país. Señala Madiou que

“las fuerzas haitianas de tierra contaban 49,500 hombres y las de mar 3,000, esto es, un total de 52,500 hombres (...)”.⁽⁹⁹⁾

Agrega Pierre-Charles:

“Las compras de armas y municiones a los comerciantes de Filadelfia, la construcción de gran número de fortalezas (...), la necesidad de conquistar la Parte Oriental de la Isla, a fin de arrebatarse a los contra-revolucionarios franceses una cabeza de puente contra la

(98) James G. Leyburn. Op. cit., p. 48.

(99) Thomas Madiou. Op. cit., Vol. III, p. 110.



joven república, todas estas obligaciones íntimamente enlazadas a las condiciones objetivas del momento, fueron una pesada carga para el país y desviaron hacia fines no productivos una buena parte de los recursos financieros y humanos que en situación normal hubieran servido para impulsar el desarrollo económico de la nueva nación."⁽¹⁰⁰⁾

Para solucionar el problema económico, Dessalines inició, desde el mismo día de la independencia, una gran revolución agraria nacionalizando los bienes de los colonos blancos. El 28 de abril de 1804 estableció por una proclama que jamás un colono europeo pisaría el territorio de Haití a título de amo o propietario. Esta concepción de que ningún extranjero de raza blanca jamás pudiera convertirse en propietario fue confirmada por la constitución de 1805 y por todas las constituciones nacionales, hasta 1918, cuando, bajo la ocupación militar norteamericana, se abrogó.⁽¹⁰¹⁾

Los bienes rurales nacionalizados, que de acuerdo a estimados de la época comprendían más de dos tercios de todas las plantaciones productivas y representaban el 90% de las tierras de Haití, fueron traspasados a un vasto dominio público creado por Dessalines con el objeto de administrarlos, inspeccionar los cultivos, reunir la producción, etc. Dice Pierre-Charles:

“La tendencia fundamental de la política agraria de Dessalines fue satisfacer la necesidad de poner las riquezas agrarias, nacionalizadas, bajo el control de la Administración de los Dominios del Estado, a fin de enri-

(100) Gérard Pierre-Charles. Op. cit., p. 114.

(101) Ricardo Pattee. Op. cit., p. 114.



quecer el patrimonio nacional del nuevo Estado, y de hacer propietarios, al mismo tiempo, a los antiguos esclavos combatientes mediante un reparto más equitativo de una parte de las propiedades coloniales(...)

“Es cierto que Dessalines no pudo conseguir este reparto efectivo de las tierras a todos, pero si se considera la época en la cual fueron emitidas sus concepciones económicas, es preciso elogiar el genio intuitivo y práctico de este revolucionario. El papel asignado a la Administración de los Dominios era la forma más avanzada, concebible en la época, de intervención del Estado en la vida económica. Sin embargo, el desarrollo de las fuerzas productoras y de las relaciones de producción no había evolucionado de acuerdo con esta superestructura legal que trataba de construir Dessalines. Los recursos financieros del joven Estado eran reducidos, orientados hacia la defensa de la revolución; las fábricas y los instrumentos de producción habían sido dañados o destruídos; la antigua mano de obra servil no tenía conocimientos técnicos”.

“Precisamente por la falta de correspondencia entre las disposiciones institucionales y el modo de producción existente, la nacionalización de los bienes no trajo consigo los beneficios que podían esperarse. Estos bienes del Estado fueron más tarde acaparados de diferentes modos por los funcionarios civiles y militares. Su existencia misma introdujo en la economía rural haitiana una característica muy especial: el latifundismo de Estado. Esta particularidad, que es la posesión por el Estado de grandes propiedades territoriales, en general desocupadas o arrendadas, muestra



precisamente las limitaciones de las nacionalizaciones emprendidas por Dessalines (...). El atavismo del régimen esclavista y colonial, al igual que la coyuntura histórica, impidieron que esta política de nacionalización fuera otra cosa que una experiencia poco común en la evolución económica mundial.”⁽¹⁰²⁾

Al Dessalines proclamar que todo ciudadano debía considerarse incluido en una de estas dos categorías: labrador o soldado, y decretar que los campesinos debían estar adscritos como cultivadores a una plantación, estableció el predominio del Estado sobre el individuo;

“y lo que es aún más significativo, dividió al pueblo según su tarea económica y no conforme a su nacimiento, riqueza, color, o posición social. Los ciudadanos más ambiciosos, aguantaron pacientemente, al principio, el arbitrario decreto, creyendo que podrían colocarse en condiciones favorables, bajo la benigna clasificación de “soldados”, o de lo contrario, obtener algún cómodo puesto como funcionarios. La desilusión no tardó en llegar (...).”⁽¹⁰³⁾

Estas disposiciones económicas de Dessalines originaron la oposición de los mulatos y de los antiguos generales negros que deseaban conservar sus tierras o apropiarse las que dejaron abandonadas los colonos. Cuando se dispuso la verificación general de los títulos que amparaban las propiedades rurales, en vista de que muchos antiguos esclavos y mulatos las habían adquirido por donaciones o ventas realizadas por

(102) Gerard Pierre-Charles. Op. cit., pp. 33-34.

(103) James G. Leyburn. Op. cit., p. 48.



los fugitivos colonos blancos, incrementó esa oposición y surgió la lucha abierta entre Dessalines y los sectores que rechazaban la instauración de un patrimonio nacional. A la larga, esta expresión de la lucha de clases culminó con su asesinato en una emboscada en Pont-Rouge, en las cercanías de Port-au-Prince, el 17 de octubre de 1806; crimen que se considera fue planeado por los mulatos.

No es nuestra intención profundizar en el análisis de las causas que determinaron el fracaso de la reforma agraria de Dessalines. Basta señalar que sus sucesores, Christophe en el norte, y Pétion en el sur, trataron de resolver el problema de la tierra con soluciones radicalmente distintas, de conformidad con sus intereses de clase: el primero, con la monarquía, fortaleciendo el latifundio y el feudalismo; el segundo, con la república, creando la pequeña propiedad rural y adoptando medidas revolucionarias que, posteriormente, desaparecieron cuando en 1821 Boyer unificó la nación haitiana, detuvo las donaciones de tierras y alentó el latifundio.

Importante es señalar que Dessalines, entre las ruinas de la colonia más rica del mundo y sobre un montón de cadáveres, realizó la revolución social y política más espectacular del siglo XIX; aseguró la libertad de los negros rompiendo las reminiscencias esclavistas dejadas por Toussaint en la sociedad de Saint-Domingue; distribuyó tierras entre los campesinos por primera vez en América; restableció el orden en su país; proclamó la independencia y fundó la República de Haití.



DESSALINES EN EL SANTO DOMINGO ESPAÑOL

Al rendirse el general Rochambeau y entregar las ciudades en posesión de sus tropas al ejército libertador de Dessalines, en la Parte Oriental de la Isla quedó una guarnición de 1,000 soldados y oficiales franceses. El general de brigada Jean Louis Ferrand, comandante del Departamento del Cibao acantonado en Monte Cristi, se resistió a capitular frente a los ingleses y, consciente de que no estaba en condiciones de resistir un ataque haitiano ni en su plaza ni en la de Santiago de los Caballeros, decidió tomar el camino hacia la ciudad de Santo Domingo, tras cuyas murallas esperaba encontrar protección.

Ferrand abandonó Monte Cristi y todo el Cibao con los 600 hombres bajo su mando, no sin antes destruir todas las municiones y pertrechos militares que le fue imposible transportar. Una vez en la ciudad capital, conocedor de que el general Kerverseau intentaba rendirse a los ingleses, se ganó el apoyo de los 400 soldados y oficiales subordinados al viejo general, lo destituyó del mando y embarcó hacia la metrópoli, dando inicio al período que en la historia dominicana se denomina *La Era de Francia en Santo Domingo*.

Con la retirada de Ferrand, las ciudades de Monte Cristi, Dajabón, Puerto Plata, Santiago, Moca, La Vega y Cotuí quedaron sin protección militar alguna y sus pobladores, particularmente los hateros y comerciantes de Monte Cristi, Dajabón y Santiago, se sometieron a Dessalines y enviaron



una delegación a Haití. Éste encomendó a José Campos Taváres —personaje histórico que amerita un serio trabajo de investigación— trasladarse a Santiago al mando de 200 soldados haitianos para que tomara el mando de la plaza, se convirtiera en gobernador del Departamento del Cibao e impusiera una contribución de 500,000 libras tornesas (1 millón de pesos españoles), a fin de ayudar a sufragar los gastos de guerra en que había incurrido Haití en su lucha independentista.

Aunque dicha contribución excedía en mucho las posibilidades económicas de la región y los cibaños enviaron dos delegaciones ante Dessalines para obtener una reducción, en toda ella reinaba el optimismo con la reapertura de la frontera y el reinicio del comercio de ganado con la Parte Occidental; comercio que constituía la principal fuente de ingresos de toda la zona fronteriza y cibaña y que, por quedar interrumpido con la guerra de independencia y las prohibiciones francesas, había causado el descontento de los hateros y comerciantes que con dicho comercio insular obtenían grandes beneficios. A pesar de que la causa haitiana contaba con muchos adeptos en el Cibao y de que sus pobladores enarbolaron la bandera bicolor revolucionaria, la imposición de esta exagerada contribución y la decisión de Dessalines de no reducirla, determinaron que gran número de cibaños se trasladara más hacia el este de la isla.

Al mando del mayor Derveaux, Ferrand envió un destacamento de soldados franceses y José Campos Taváres y los haitianos fueron desalojados de Santiago el 14 de mayo de 1804. Los santiagueros, comandados por los representantes de los hateros y comerciantes de la ciudad, Diego Polanco, Andrés y Melchor Rodríguez y los Hermanos Reyes, combatieron contra los franceses y los expulsaron de la plaza. Ante estos hechos, que significaban el primer encuentro armado entre los franceses y los habitantes del Santo Domingo Espa-



ñol, el general Toussaint Brave se trasladó de Fort-Liberté a Santiago con sus tropas, arribando a esta ciudad el 26 de mayo de 1804. Al no encontrar a los soldados franceses realizó incursiones en su persecución hasta Cotuí, y desde allí se retiró a los pocos días a su plaza haitiana.

Ferrand aprovechó este momento para enviar de nuevo a Derveaux a Santiago para asegurar la región. Sin embargo, el militar francés no encontró allí simpatías y fue repudiado por la población, la que eligió en su lugar al coronel José Serapio Reinoso del Orbe como comandante de la plaza. Este fue el momento que debió aprovechar Dessalines para consolidar el favor que le brindaban los cibaños, apoyo que ya habían manifestado combatiendo con las armas a los franceses. No obstante, dejó pasar la oportunidad y, al insistir en el pago de la contribución de guerra, perdió un aliado y determinó que la casi totalidad del Cibao se volviera al lado de los franceses.

El general Ferrand adoptó una serie de medidas económicas y militares tendentes a consolidar su precaria situación. Entre las primeras, fomentó la producción agrícola que había decaído marcadamente bajo Kerverseau; el corte de maderas preciosas y las exportaciones a Estados Unidos. Dice el historiador García que

“con el fin de que no faltaran brazos para la agricultura, en cuyo desarrollo cifraba todas sus esperanzas, consintió el tráfico de esclavos por el término de 12 años para los españoles y de 6 para los extranjeros (...).”⁽¹⁰⁴⁾

Como Kerverseau había restablecido, en julio de 1802, la esclavitud abolida por Toussaint Louverture en 1801, no es de extrañar que bajo la administración de Ferrand comenzara a

(104) José Gabriel García. Op. cit., Vol. I, p. 3Z7.



notarse una mejoría en la producción y en la situación económica que, otra vez, descansaba en las relaciones de producción esclavistas, y que los terratenientes y comerciantes volvieran a beneficiarse con la nueva situación colonial.

Entre las medidas militares, y con el fin de intentar detener las posibles incursiones haitianas, especialmente contra los Departamentos del Ozama y del Sudeste, Ferrand estableció un cordón militar desde Hinchá al Lago Enriquillo, pasando por Las Caobas, y encargó al coronel Viet la construcción de un reduto fortificado no lejos de las riberas del Yaque del Sur, entre Azua y San Juan de la Maguana. Este reduto, conocido con el nombre de *"Tumba de los Indígenas"*, quedó rápidamente concluido y el coronel Viet anunció con orgullo a Ferrand que si Dessalines osaba marchar hacia Santo Domingo por el sur, la fortificación que acababa de construir se convertiría en la sepultura de los haitianos⁽¹⁰⁵⁾.

Todas estas medidas adoptadas por Ferrand no podían dejar de alarmar a los jefes militares haitianos, quienes consideraban un peligro para el joven Estado tener su flanco oriental ocupado por los restos del ejército napoleónico. Dessalines comprendió bien pronto que la intención de los franceses era esperar el momento propicio para asaltar desde Santo Domingo su antigua colonia y someterla de nuevo a la esclavitud. Lemonnier Delafosse es bien explícito al respecto:

"Si esta Parte Española hubiera sido ocupada, se la hubiera conservado para Francia; y se hubiera estado en condiciones de esperar circunstancias favorables para recuperar lo que se había perdido, para reconquistar la bella Parte Francesa, cuyas riquezas fueron entregadas,

(105) Thomas Madiou. Op. cit., Vol. III, pp. 140-141.



abandonadas a los negros. Esta opinión no es absolutamente el sueño de una imaginación ardiente, juzgando según los acontecimientos; la cosa era factible.”⁽¹⁰⁶⁾

Es decir, que el propósito de Ferrand era recuperar la Parte Occidental de la isla, la que fuera la más rica posesión de Francia y cuyo dominio había causado los desvelos de Napoleón y de la burguesía francesa, así como una montaña de cadáveres. Este objetivo era tan evidente que es, otra vez, Lemonnier Delafosse quien se encarga de señalarlo:

“Ferrand había, pues, conducido y llevado a feliz término su proyecto: poseer un punto de partida, para de allí poder reconquistar un día toda la Isla de Santo Domingo, de la cual, por nuestra ocupación, los dos tercios pertenecían a Francia. Aquel era un nuevo período que había que recorrer.”⁽¹⁰⁷⁾

El proyecto de Ferrand, en consecuencia, no solamente comprendía reconquistar Haití, sino también restablecer la esclavitud como ya se había hecho en el Santo Domingo Español. El 16 Nivoso, Año XIII, promulgó, desde su cuartel general de Santo Domingo, un decreto que vendría a demostrar sus verdaderas intenciones; decreto que por su importancia transcribiremos *in extenso*:

(106) J. B. Lemonnier Delafosse. Op. cit., p. 94.

(107) Ibidem, p. 123.



“L. Ferrand, Comandante en Jefe de Santo Domingo, Decreto. Santo Domingo, 6 de enero 1805.

“Siempre ocupado en tomar las disposiciones necesarias para aniquilar la rebelión de los negros en la colonia de Santo Domingo, y considerando que una de las más eficaces para conseguir este objeto es la de disminuir la población y de privarles, tanto como sea posible, de los medios de poder hacer reclutamientos;

“Considerando que ese reclutamiento debe caer naturalmente, sobre los negros y gentes de color de menos de catorce años, y la política a la vez que la humanidad, reclaman que la autoridad legítima tome medidas para impedir que los sexos de esta edad y de este color participen en crímenes y en una revuelta que los conduciría, inevitablemente, a los castigos más terribles;

“Considerando que es beneficioso para la colonia que las diferentes edades de esa juventud sean distinguidas, y que las más peligrosas sean sacadas de su territorio, mientras que las otras, cuidadosamente conservadas en los buenos principios y distribuidas en los departamentos fieles, puedan un día concurrir, con su trabajo, a su restauración;

“Considerando también, que los habitantes vecinos de las fronteras sublevadas y las tropas que están formando el cordón, merecen que el gobierno les recompense por las fatigas y los peligros a que están continuamente expuestos.

“Ha decretado y decreta lo que sigue:



“Art. 1.– Los habitantes de las fronteras de los Departamentos del Ozama y del Cibao, así como las tropas empleadas en los puestos guarnecidos del cordón, están y continúan estando autorizadas a extenderse por los territorios ocupados por los sublevados, a perseguirlos y a hacer prisioneros a todos aquellos del uno o del otro sexo que no pasen de la edad de catorce años.

“Art. 2.– Los prisioneros procedentes de estas expediciones serán propiedad de los captores.

“Art. 3.– Los niños varones capturados, que tengan menos de diez años y las negras, mulatas, etc., menores de diez años, deberán quedar expresamente en la colonia, y no podrán ser exportadas bajo ningún pretexto. Los captores podrán, según su gusto, o dejarlos en sus plantaciones o venderlos a los habitantes que residan en los Departamentos del Ozama y del Cibao.

“Art. 4.– Los negros y personas de color de los que se hace mención en el artículo precedente y que no deberán ser exportados, no serán considerados como propiedad de los captores y no podrán ser vendidos por ellos, mientras no se hayan provisto para cada un individuo, en el Departamento del Ozama, de un certificado de personas notables de Azua, visado por el Comandante Ruiz, y en el Departamento del Cibao, de otro certificado igual del Ayuntamiento de Santiago, visado por el Comandante Serapio, que compruebe que esos negros, etc., han sido efectivamente capturados en el territorio ocupado por los sublevados y que formaban parte de ellos.



Las personas notables de Azua y de Santiago llevarán registros en los cuales se inscribirán, sin interrupción, los certificados que ellos expidan y les será acordado dos pesos que pagarán los captores, por cada un certificado.

“Art. 5.– Los niños varones de diez a catorce años y las negras, mulatas, etc., de doce a catorce años, serán expresamente vendidas para ser exportadas.

“Art. 6.– Los designados para la exportación no podrán ser embarcados en ningún otro puerto que no sea el de Santo Domingo, en donde se pagará por derecho, en favor del gobierno, cinco por ciento de exportación sobre el precio de la venta.

“Art. 7.– Los que lleven esos negros y gente de color a Santo Domingo, para ser vendidos y exportados, estarán obligados a procurarse, para cada individuo, en el Departamento del Ozama, un certificado expedido por las personas notables de Azua, visado por el Comandante Ruiz, y en el Departamento del Cibao un certificado igual del Ayuntamiento de Santiago. visado por el Comandante Serapio, en el que se compruebe que esos negros, etc., han sido efectivamente capturados en el territorio ocupado por los sublevados y que formaban parte de ellos.

Esos certificados deberán igualmente ser inscritos en los registros llevados por los notables de Azua o de Santiago, y por cada uno de ellos se pagarán dos pesos.

“Art. 8.– Ningún negro, etc., podrá ser embarcado en Santo Domingo, sin que el General en Jefe haya dado



para ello una autorización particular que él expedirá en presencia de los documentos exigidos.

“Art. 9.– Se considerarán como objetos robados y se confiscarán o reclamarán donde quiera que se encuentren en la colonia de Santo Domingo, así como en las colonias vecinas, los negros y gentes de color para los cuales no se hubieren llenado las formalidades indicadas.

“Art. 10.– Toda persona que haya conservado o vendido, así como también, toda persona que haya exportado o tratado de exportar negros, etc., de la colonia, sin haber llenado las formalidades arriba indicadas, estará obligada a pagar cincuenta pesos de multa por cabeza; y todo propietario o capitán de buque, así como todo funcionario civil o militar, que haya dado o haya sido sorprendido ayudando a un fraude de este género, será reducido a prisión o privado de su empleo, y pagará cien pesos por cabeza de negro, etc., sustraído o que se haya intentado sustraer.

“Art. 11.– La retribución acordada a los Ayuntamientos de Azua y de Santiago por los certificados que tengan que expedir, servirá para los gastos comunales y sólo se descontará de esa suma, la cantidad que juzgaren conveniente los señores notables, para el sueldo del Secretario.

“Art. 12.– Los comandantes militares y los notables quedan encargados, en sus respectivos departamentos, de la ejecución del presente decreto, principalmente en lo que concierne a la vigilancia necesaria para impedir toda clase de abuso respecto a esto.



“Art. 13.- En el instante en que los sublevados, reconociendo su error, hagan acto de sumisión al Emperador de los franceses; en manos del General Ferrand y que haya seguridad de que ellos proceden de buena fe, todas las hostilidades serán suspendidas.

“El presente decreto, que será traducido e impreso en los dos idiomas (francés y español) en número de doscientos ejemplares, publicado y fijado en las ciudades y pueblos de los Departamentos del Ozama y del Cibao, será registrado en la Oficina de Inspección Colonial; en la Secretaría de la Comisión Provisional de la Justicia y depositado en las Secretarías de los Consejos de Notables del Departamento.

Hecho en el Cuartel General de Santo Domingo, el 16 Nivoso, Año XIII (6 Enero 1805).

El General de Brigada, Comandante en Jefe, Capitán General Interino, Miembro de la Legión de Honor.

Firmado: FERRAND.” (108)

Este decreto no solamente ordenaba realizar agresiones contra la joven nación vecina, sino que impudicamente disponía la cacería de haitianos, su captura, venta como esclavos y exportación cual productos agrícolas, y, lo que es más grave aun, la de niños de ambos sexos de 10 a 14 años de edad. Claro está, los historiadores Del Monte y Tejada, Pichardo, Marrero Aristy, Incháustegui, Peña Batlle, Coiscou Henríquez, Sánchez y Sánchez, etc., ignoran en sus obras la

(108) Emilio Rodríguez Demorizi. *Invasiones...* pp, 104-106.



existencia de este infame decreto y todos señalan que Dessalines invadió el Santo Domingo Español para hacer “única e indivisible la isla” y “asesinar blancos”. José Gabriel García es de los contados que con mucha vaguedad dice que Ferrand, al

“autorizar a los habitantes de la frontera para reducir a la servidumbre, a las personas de ambos sexos, mayores de catorce años, que hicieran prisioneras en territorio haitiano (...), dio pretexto a Dessalines, que desde el día en que se proclamó la independencia no pensaba sino en realizar la indivisibilidad política de la isla, para inaugurar el período histórico de la invasión haitiana (...).”⁽¹⁰⁹⁾

Ninguno de estos historiadores, incluyendo a García, quien omite señalar que la disposición de Ferrand convertía en esclavos a los haitianos y se limita a indicar que los “reducía a la servidumbre”, toca el aspecto fundamental del problema; vale decir, el de la preservación del primer Estado creado por la raza negra. Ninguno analiza lo que representaba para los haitianos la permanente amenaza y las constantes agresiones del ejército francés comandado por el esclavista Ferrand; ninguno se refiere al aspecto humano de la situación ni lo que significaba para Haití que se despoblase ¡y en qué forma! su territorio.

Es el Dr. Alejandro Llenas, en artículo publicado en *El Dominicano*, de Santiago de los Caballeros, en fecha 17 de mayo de 1874, bajo el título *Invasión de Dessalines*, quien en brevísimas palabras juzga en su justa medida el decreto de Ferrand:

(109) José Gabriel García. Op. cit., Vol. I, p. 327.



“Tal orden autorizaba el exterminio de la raza africana, y dió pretexto a Dessalines para preparar una formidable expedición.”⁽¹¹⁰⁾

¡Qué certero análisis! ¡Qué correcta conclusión! Porque, como los objetivos básicos de la alianza entre las masas negras y la clase media mulata en el poder revolucionario eran lograr y asegurar la libertad de los negros y la independencia, los jefes militares haitianos tuvieron que hacerse las siguientes preguntas:

¿Podrían garantizar la libertad de los negros y la independencia del recién nacido Estado mientras hubiera en la isla un ejército que los hostigaba, que constituía una amenaza para la soberanía de Haití y que hacía esclavos a sus ciudadanos? ¿Podrían permanecer impávidos mientras Ferrand procuraba “disminuir”, “exterminar” y “exportar” a los haitianos que con tanta bravura y a un costo altísimo habían luchado por su libertad? ¿Podrían llegar a un arreglo pacífico con Ferrand sin atentar contra las conquistas logradas por la revolución y sin “someterse al Emperador de los franceses”? ¿Estaban dispuestos a “reconocer el error” de declararse libres e independientes y a subordinarse a Napoleón para que Ferrand “suspendiera las hostilidades”? Las respuestas tuvieron que ser categóricas: no, no, no, mil veces no. Por algo habían luchado y jurado morir cien veces antes que vivir bajo la dominación francesa.

Entonces, para Dessalines, Pétion, Christophe y los demás jefes militares únicamente había un camino abierto: tomar la Parte Oriental de la Isla y expulsar a los franceses. Es decir, que la contingencia histórica y la realidad concreta dictaban la ocupación del Santo Domingo Español y el

(110) Emilio Rodríguez Demorizi . *Invasiones...*, p. 190. Itálicas nuestras.



aniquilamiento de Ferrand, de sus tropas y de sus aliados esclavistas, a fin de salvaguardar la nacionalidad, la libertad de los negros y la independencia de Haití. La invasión de Dessalines, por lo tanto, hay que contemplarla a la luz de esa necesidad objetiva del joven Estado haitiano; hay que considerarla un acto de legítima defensa tendente a preservar la nación y a proteger a sus ciudadanos, y no como pretende la casi totalidad de nuestros historiadores, una “bárbara expedición para asesinar blancos y realizar la indivisibilidad política de la isla”.

En mayo de 1804 Dessalines había advertido a los habitantes del Santo Domingo Español, a raíz de los sucesos de Santiago con el mayor Derveaux, que no hicieran caso a las incitaciones y provocaciones de Ferrand, de los esclavistas franceses que habían huído de Haití y de los presbíteros José Vásques y el padre Vives, quienes pintaban a los haitianos cual herejes y caníbales y mantenían una campaña de descrédito y ultraje hacia el pueblo que acababa de declarar su independencia. Precisamente, este padre José Vásques fue el mismo que en 1793 engañó a Toussaint, Jean-François, Biassou y Dessalines con las falsas promesas de que el rey de España daría la libertad a los negros de Saint-Domingue, y quien actuó como agente realista dentro del ejército de Jean-François que combatía bajo bandera española.

Dice Alfred Viau que cuando Jean François entró en Fort-Dauphine (Fort-Liberté), el 6 de julio de 1794,

“pidió a las autoridades el saqueo de esta ciudad. Su petición fue sostenida por Vásquez, su confesor y vicario general del ejército. Los españoles, temiendo que se pasara al partido republicano como Toussaint Louverture, le acordaron todo cuanto solicitó (...) La población blanca de Fort-Dauphine no experimentó la menor inquietud”



tud sabiendo que estaba al servicio del Rey de España. La guarnición europea, compuesta de regimientos del Cantábrico, de Nueva España y de La Habana, estaba en posición de batalla en la plaza de armas bajo las órdenes del Coronel Montalvo. Las bandas de Jean-François también estaban con las armas dispuestas e impacientes de recibir la orden de precipitarse sobre los franceses, que hasta el momento ni se les ocurría pensar en la suerte que les esperaba. *El Padre Vásquez celebró el oficio divino y en la plaza de armas bendijo las tropas negras y sus banderas. Una vez finalizada esta ceremonia, dio su mano a besar a Jean-Francois diciéndole: "Exterminad a estos ateos, regicidas y judíos".* Acto seguido la guarnición europea se encerró en el fuerte de la plaza y los asesinatos comenzaron en las calles y en las casas. En pocas horas 950 hombres, mujeres y niños habían sido asesinados (...)."⁽¹¹¹⁾

Es decir, el padre Vásques, que en 1804 llamaba *herejes y caníbales* a los haitianos, en 1794 había tildado de *ateos, regicidas y judíos* a 950 hombres, mujeres y niños blancos e incitó a las tropas de Jean-François para su criminal exterminio. No disponemos de otros datos sobre las actividades del padre Vásques en la colonia francesa de Saint-Domingue durante el tiempo que actuó en calidad de capellán del ejército de Jean-François, período que duró hasta julio de 1795, fecha en la que, por el Tratado de Basilea, España acordó la paz con Francia y se retiró de la guerra. Dudamos mucho, sin embargo, que en las otras ciudades y plazas tomadas por Jean-François no se repitieran las escenas inquisitoriales de Fort-Dauphine, y que las tropas negras de las cuales era vicario

(111) Alfred Viau. *Negros, Mulatos, Blancos*, p. 82. Itálicas nuestras.



general y “pastor” dejaran de recibir sus bendiciones y exhortaciones para que asesinaran niños, mujeres y hombres inocentes, considerados por él *ateos, regicidas y judíos*.

Con sobradas razones Dessalines no pudo menos que recordarlo y referirse a él, aunque sin mencionar su nombre, cuando el 8 de mayo de 1804, desde el cuartel general del Cabo, dirigió su comentada “Proclama a los habitantes de la Parte Española”:

“(…) Ya me aplaudía del feliz éxito de mis cuidados, que no tendían sino a evitar la efusión de sangre; *pero un Sacerdote fanático todavía no había imbuído en vuestras almas la rabia que le domina*; pero el insensato Ferrand no había aún vertido entre vosotros los venenos de la mentira y de la calumnia (...)”.⁽¹¹²⁾

Las actividades, nada cristianas, del padre Vásques quizás puedan servir de punto de partida para comprender por qué fue muerto, el 6 de abril de 1805, junto a otros sacerdotes, y quemado con los escaños del coro y los confesionarios de su iglesia, cuando el ejército de Dessalines pasó por Santiago después de levantar el sitio que había impuesto a la ciudad de Santo Domingo. Quizás antes de morir recordara a las inocentes criaturas asesinadas por su causa, y acaso con sus últimas palabras:

“No temáis, recibid la muerte con alegría; en verdad os digo que hoy tendremos coronas de laurel en el Paraíso.”⁽¹¹³⁾

(112) Emilio Rodríguez Demorizi. *Invasiones...*, pp. 97-98. Itálicas nuestras.

(113) Thomas Madiou. Op. cit., Vol. III, p. 185. Citado también por Alfred Viau. Op. cit., p. 169.



dio a entender que iba a reunirse con sus víctimas. Pero nos hemos adelantado a los acontecimientos y, obligatoriamente, tendremos que volver hacia atrás.

Aunque es cierto que Dessalines tardó algo más de un año en intentar desalojar a los franceses del Santo Domingo Español —lo que obedeció, fundamentalmente, a la enorme tarea que representó fundar el Estado, reorganizar la producción agrícola, restablecer el comercio, etc.— desde el momento en que conoció el decreto de Ferrand ordenó a sus generales apresar las tropas para marchar hacia el este. Su plan militar era sencillo: invadir con dos cuerpos de ejército, uno por el norte y otro por el sur, que convergerían sobre la ciudad de Santo Domingo, donde se encontraba atrincherado Ferrand; poner sitio a la ciudad; obtener la rendición de los franceses y expulsarlos de la isla. Dessalines consideró que reuniendo frente a las murallas de Santo Domingo un enorme ejército obtendría una fácil capitulación, y por ello no contempló el traslado de la artillería de sitio que se requería para tomar la ciudad. Este error, este olvido, sería decisivo en su fracaso...

El emperador de Haití entró en campaña el 16 de febrero de 1805 al pasar revista, en la villa de Petite-Riviere de l'Artibonite, a las tropas del general Gabart. Para el día 21 había reunido en Mirabelais los componentes del Ejército del Sur, mientras Christophe hacía lo mismo en Fort-Liberté con el Ejército del Norte. Las fuerzas reunidas por Dessalines y los jefes militares haitianos para aniquilar a Ferrand, asegurar su flanco izquierdo, garantizar la libertad de sus ciudadanos y proteger la independencia de Haití mediante la unificación política y militar de toda la isla, fueron abrumadoras.

El Ejército del Sur, bajo su mando directo, estaba formado por tres divisiones: la Primera División del Oeste o del Artibonite, con 7,800 hombres, comandada por Pétion y los generales Magloire Ambroise y Daut; la Segunda División del



Oeste, con 4,500 hombres, comandada por Gabart y los generales Cangé y Magny; y la División del Sur, con 6,000 hombres, comandada por los generales Geffrard y Moreau (estas tropas arribaron frente a los muros de Santo Domingo pocos días antes de que se levantara el sitio). El Ejército del Norte estaba compuesto por la División del Norte, con 9,000 hombres, comandada por Christophe y los generales Toussaint Brave, Clerveaux, Romain, Raphael y Lalondrie. En total: cerca de 30,000 soldados.

El 22 de febrero estos cuerpos de ejército penetraron en territorio del Santo Domingo Español por Las Caobas y Las Matas en el sur, y por Sabana Larga y Guayubín, en el norte. El Ejército del Sur tomó San Juan de la Maguana el día 25 y en su marcha hacia la ciudad capital solamente encontró la débil e infructuosa resistencia que le presentó el coronel Viet y 300 soldados en el reducto *Tumba de los Indígenas*. La fanfarronada del oficial francés de convertirlo en sepultura de los haitianos no pasó de sus promesas a Ferrand y el propio Viet, prisionero, vería antes de morir ejecutado cómo la fortificación se transformó en cementerio de sus tropas. Azua fue tomada el 1º de marzo después de ser abandonada por el oficial francés Bruys, y Baní el día 4 ante de repliegue del coronel Aussenac. Las tropas haitianas marcharon rápidamente y el 6 de marzo llegaron a los muros de Santo Domingo. Dessalines estableció su cuartel general en la *Estancia Galard (Galá)* y al día siguiente intimó a Ferrand, por escrito, así como a los habitantes de la ciudad, a que le entregaran la plaza y se sometieran a su autoridad. Ferrand respondió incendiando la población de San Carlos y concentrando la defensa al recinto de las murallas⁽¹¹⁴⁾. Había comenzado el sitio que duraría 21 días...

(114) Jean-Jacques Dessalines. "Diario de la campaña de Santo Domingo". En Emilio Rodríguez Demorizi. *Invasiones...*, pp. 109-114.



Mientras Dessalines marchaba sin tropiezos serios por el sur, Christophe, con 9,000 soldados de la División del Norte, había llegado el 23 de febrero a las orillas del río Yaque del Norte, frente a Santiago de los Caballeros. Al día siguiente envió un emisario al coronel José Serapio Reinoso del Orbe para que informara en esa población que no tenía intenciones hostiles contra los dominico-españoles, que iba rumbo a la ciudad de Santo Domingo para ayudar a expulsar a los franceses y que, en consecuencia, solicitaba autorización para pasar por la plaza con su ejército. Indicó Christophe, que en caso le que se le concediera permiso para atravesar la ciudad garantizaría y respetaría la vida, derechos y bienes de sus pobladores, pero que si encontraba oposición no sería responsable de las consecuencias ni de la conducta de sus tropas.

La población de Santiago no quería oponerse al paso de Christophe. Sin embargo, José Serapio Reinoso realizó una reunión en su casa y allí, según afirma el testigo Gaspar Arredondo y Pichardo,

“(...) desoyendo los consejos (...) se decidió hacer resistencia como consecuencia al hecho del 15 de octubre de 1804. Reinoso prefería la muerte a que se le considerara en convivencia con los negros (...).”⁽¹¹⁵⁾

Del Monte y Tejada también se refiere a las causas que originaron los sucesos de Santiago al señalar que:

“(...) Reinoso del Orbe, sin embargo de las dificultades que había que vencer para impedir el tránsito de los negros, no queriendo que los franceses vieran confirmadas las sospechas á que había dado margen el suce-

(115) Emilio Rodríguez Demorizi. *Invasiones...*, p. 151.



so relativo al General Derveaux y su tropa, sostuvo que era preciso resistir.”⁽¹¹⁶⁾

Es decir, que contra la opinión sensata de la mayoría de los santiagueros, que nunca habían considerado enemigos a los haitianos y que, aunque estaban disgustados por la imposición de la contribución, continuaban comerciando en ganado y productos de uso y consumo con Haití, José Serapio Reinoso del Orbe decidió oponer 1,700 hombres mal armados y sin disciplina militar a los 9,000 veteranos soldados de Christophe.

El coronel José Serapio Reinoso obtuvo de Christophe un plazo de tres días para dar respuesta a su solicitud de tránsito, tiempo que intentó aprovechar para construir dos puntos fortificados: uno en las orillas del Río Yaque y otro en La Emboscada. Enterado Christophe de esta estratagema, el 25 de febrero ordenó a sus tropas avanzar hacia Santiago, no sin que antes José Campos Taváres, quien combatía del lado haitiano al mando del Batallón Yaque, integrado por mulatos y negros cibaños, hiciera un último intento por evitar el choque armado y el consecuente e inútil derramamiento de sangre.

Expresa el citado Gaspar Arredondo y Pichardo que José Campos Taváres se presentó a las orillas del río y dirigió la palabra a los 200 hombres que, al mando de don Manuel Reyes con dos cañones en pésimo estado, pretendían cerrar el paso al ejército haitiano:

“Ciudadanos: Yo soy del país en que vosotros nacisteis. Yo he sido compañero vuestro, yo no podré jamás prescindir del afecto que les he merecido siempre y en todas las épocas. Tengo todavía parientes en ese suelo

(116) Antonio Del Monte y Tejada. Op. cit., Vol. III, p. 243.



que va a destrozarse. Venero aquellas personas que siendo su esclavo, me tenían siempre sobre el rango de la clase libre, dispensándome sus cuidados y atenciones, como si procediese de ellos mismos. Vive aún el Señor Vicario don Pedro Taváres, (eclesiástico octogenario de que fui esclavo y en cuya casa nací) y sus hermanos, cuyo apellido llevo. Tengo mil motivos de compadecer la suerte de ustedes y de interesarme por su tranquilidad y futura conservación. Sé lo que va a suceder. Conozco la situación en que se hallan. Veo las fuerzas del ejército a que vengo unido. He penetrado sus intenciones. Son temibles las órdenes que tenemos y muy rigurosas para en caso de encontrar oposición a nuestro tránsito, así como son también fuertes contra la tropa cuando se desmande, o sea cualquiera de ustedes ofendido en lo más leve por uno de nosotros, dejando libre el paso que queremos para la capital, a batirnos con los franceses que la ocupan. Esto nada más quiere el gobierno haitiano. Abran los ojos, reflexionen. No se dejen alucinar, ni se preocupen. Yo les hablo como amigo, como español y como paisano. El jefe nuestro está de buena fe; pero se indigna hasta el extremo cuando piensa que se han de poner obstáculos a su tránsito. La suerte de ustedes es lastimosa, si no piensan como deben en este negocio para ustedes vital. Sentiré en lo infinito de mi corazón llegar a mi patria e inundarla de sangre, y dejar a mis amigos yertos en medio de sus calles y plazas. Esto va a suceder irremisiblemente. Sólo con la prudencia lo podrán ustedes evitar. Pongo a Dios por testigo de que en darles este aviso no tengo otra intención, ni me lleva otro interés que el de salvarlos y salvar tantos inocentes como van a exponerse dentro de dos horas a ser sacri-



ficados por un capricho, el más temerario y desatentado. No traten de resistencia; vuelvan pacíficamente al seno de sus familias sin el estruendo de las armas, y se convencerán de que este consejo no es más que efecto del ánimo y de la gratitud. Si así no lo hacen cuenten con su exterminio. No es posible imaginarse otra cosa. Allá va una nueva embajada, compuesta de dos sujetos que le son a ustedes conocidos.* Dénles una contestación conforme, y cuenten con la seguridad de sus casas, personas y propiedades. Yo me despido de vosotros, queridos amigos, y voy a incorporarme al ejército que tenéis a la vista, con la dulce esperanza destinada por estos antecedentes, que contrarían las órdenes pronunciadas. Adiós.”⁽¹¹⁷⁾

Todos los esfuerzos por evitar el derramamiento de sangre fueron inútiles. Al ser rechazado el nuevo parlamento se inició el combate; los haitianos cruzaron el río, arremetieron contra el reducto y en pocos minutos lo arrollaron. Las tropas de Christophe atacaron a Serapio Reinoso en La Emboscada y derrotaron también a los 1,500 hombres que allí intentaron oponérseles. En este combate, el coronel José Serapio Reinoso del Orbe, testarudo y valiente como pocos, encontró la muerte y, aunque es cierto que ofrendó su vida para evitar que los franceses sospecharan que tenía simpatías hacia la causa haitiana, no lo es menos que con su inútil actitud originó el derramamiento de sangre inocente, y que se sembraron las semillas del odio entre los haitianos y los habitantes del Santo Domingo Español.

* Los oficiales del Batallón Yaque Francisco Reyes y Pedro... (V. Nota. 118).

117) Emilio Rodríguez Demorizi. *Invasiones...*, pp.155-156.



Sostiene Madiou que los haitianos tuvieron 60 heridos y unos 300 muertos⁽¹¹⁸⁾; bajas que son confirmadas por el Dr. Alejandro Llenas⁽¹¹⁹⁾. En las primeras horas del día 26, las tropas de Christophe entraron en Santiago y es de todos conocido que las advertencias de José Campos Taváres se convirtieron en realidad: los heridos fueron rematados; se ahorcó a las *personas notables* del ayuntamiento (Francisco Raimundo Campo, Francisco Escoto, José de Rojas, José Núñez, Juan Curiel, N. Delmonte, Norberto Alvarez, Antonio Rodríguez y Blas Almonte), autorizadas por el decreto de Ferrand a expedir certificados sobre la captura y venta de los haitianos que se desvanarían a la esclavitud o a la exportación, así como a ponerlo en ejecución en el Departamento del Cibao, y sus cadáveres pendieron por varios días de los portales del propio cabildo, frente a la plaza de armas de Santiago; y las tropas desmandadas degollaron a docenas de víctimas. Christophe designó a José Campos Taváres gobernador del Departamento del Cibao y tanto Del Monte y Tejada,⁽¹²⁰⁾ como Gaspar Arredondo y Pichardo⁽¹²¹⁾ —quien fuera de los contados francófilos que sobrevivió, según su propia confesión— afirman que muchas vidas se salvaron por la intervención de éste.

Christophe continuó la marcha con su división hacia Santo Domingo, a la que arribó en la mañana del 7 de marzo en el momento en que los generales Pétion y Gabart ordenaban a sus tropas cavar trincheras y construir gaviones para reforzar el cerco a la ciudad. No intentaremos pormenorizar sobre el sitio y su levantamiento, que algunos de nuestros historiadores califican falsamente de *victoria dominicana*. Dessalines, a

(118) Thomas Madiou. Op. cit., Vol. III, p. 176.

(119) Emilio Rodríguez Demorizi. *Invasiones...*, p. 191.

(120) Antonio Del Monte y Tejada. Op. cit., Vol. III, p. 244.

(121) Emilio Rodríguez Demorizi. *Invasiones...* p. 152.



pesar de carecer de artillería, multiplicó sus esfuerzos por estrechar el asedio a la plaza y lograr su rendición. Afirma el Dr. Llenas, en su citado artículo, que

“Ya la ciudad estaba reducida a la extremidad; ya Dessalines se disponía a coronar el sitio con un asalto general; ya el General haitiano Papallier acababa de llegar en el *Vengeur* con la artillería necesaria (...), cuando el 26, (de marzo) los buques franceses aparecieron en alta mar, e hicieron señales que reanimaron a los sitiados.”⁽¹²²⁾

En efecto, Dessalines había tenido noticias de que una flota francesa navegaba por el Mar Caribe y el día 27, señalado para realizar el asalto general sobre Santo Domingo, cinco buques, tres fragatas y algunas corbetas, bajo las órdenes del contral-mirante Missiessy, aparecieron en la rada de Santo Domingo y comenzaron a desembarcar tropas y alimentos para socorrer a los sitiados. Pero ese no fue el hecho importante, sino que la flota, en el atardecer del día 28, izó velas y enrumbó al oeste: hacia Haití. De inmediato, los jefes militares haitianos temieron un ataque contra su nación, sobre todo, porque no habían descartado que Napoleón cumpliera el propósito de recuperar su perdida colonia y, después de convocar un consejo de guerra, decidieron levantar el sitio para, a toda marcha, regresar a Haití a confrontar la posible agresión francesa. La misma noche del 28, el ejército haitiano de 30,000 hombres abandonó las trincheras y marchó hacia occidente. Las tropas levantaron el sitio con tal rapidez y con tanto sigilo, que fue bien entrado el día 29 cuando los sitiados franceses se dieron cuenta de ello.

(122) Ibidem, p. 192.

Las divisiones comandadas por Gabart, Pétion y Geffrard regresaron por la ruta que habían venido, por el sur; la división de Christophe, por el norte. Y es aquí donde comienza la tragedia: Monte Plata, San Pedro y Cotuí reducidos a cenizas; 900 veganos fueron arrastrados hasta Santiago; se degolló a decenas de mocanos y se incendió el poblado; en Santiago se fusiló y quemó en la iglesia al padre Vásques y a docenas de prisioneros; se trasladó a Haití a 249 mujeres, 430 niñas y 318 niños; en fin, la División del Norte dejó tras las huellas de sus 9,000 soldados un rastro de sangre que creó un enorme bismo entre los pueblos que compartían la Isla de Santo Domingo.

El historiador haitiano Jean Price-Mars expresa que.

“Al verse frustrado en sus esperanzas y burlado por las circunstancias, Dessalines montó en cólera. Su irritación y su despecho no tuvieron límites. Se enorgullecía de haber ordenado a sus subalternos que por doquier arrasaran con todo en el territorio enemigo por el que volvieran a pasar. Y de tal suerte, la retirada del ejército haitiano fue uno de los episodios más dramáticos y sangrientos de una dramática y sangrienta historia. Incendio de chacras; destrucciones de ganado; fusilamiento de rehenes; apresamiento de mujeres y niños, la brutal transferencia de los mismos al Oeste, detrás del ejército; nada faltó a tan triste cuadro de inútiles horrores. Para Dessalines, la gente del Este se asemejaba a los blancos franceses, sus sempiternos enemigos (...)”⁽¹²³⁾

(123) Jean Price-Mars. *La República de Haití y la República Dominicana*, Vol. I, p. 96.



Sin que tratemos de excusar lo injustificable, ni tampoco defender los desmanes de Dessalines, que hasta los historiadores haitianos Madiou y Price-Mars califican de sangrientos, monstruosos e innecesarios, deseamos señalar que para enjuiciar desapasionada y justamente estos acontecimientos tenemos que recordar la táctica de lucha utilizada por los militares haitianos en la situación existente en Haití y tomar conciencia del estado anímico o subjetivo de sus habitantes en este período histórico; aspectos que casi ningún historiador dominicano se ha preocupado en analizar, ni siquiera superficialmente.

Sobre el primer aspecto no nos parece aventurado afirmar que Dessalines, en su retirada del sitio de la ciudad de Santo Domingo, repitió la táctica militar empleada en el oeste contra el ejército francés: la de tierra arrasada. Y ello se explica, porque como al replegarse los ejércitos haitianos dejaron a sus espaldas un mortal y peligroso enemigo, a fin de debilitarlo, de evitar que pudiera abastecerse en las zonas rurales y que continuara sus agresiones contra Haití, se hizo imprescindible, de conformidad con la táctica que tantos éxitos produjo contra Leclerc y Rochambeau, devastar todos los campos del Santo Domingo Español por los que pasaran. El propio Dessalines, en su *Alocución al pueblo al regreso del sitio de Santo Domingo*, pronunciada en el cuartel imperial de Laville, el 12 de abril de 1805, expresa con mucha claridad este aspecto táctico-militar:

“Hay una verdad que no admite duda: *donde no hay campos no hay ciudades*. Se desprende de este principio, que habiendo sido tomada a fuego y sangre toda la parte exterior de Santo Domingo, el resto de los habitantes y de los animales, arrancados de su suelo y conducidos a nuestra patria, la ventaja que el enemi-



go se proponía alcanzar de este punto de mira, resultó si nó completamente nula por lo menos insignificante: consideración poderosa que aumenta los otros frutos que hemos escogido de esta expedición.”⁽¹²⁴⁾

Sobre el segundo aspecto es Price-Mars quien, quizás sin proponérselo, llega al fondo de las causas que originaron las drásticas órdenes de Dessalines que enlutaron el Cibao. Asevera este autor, y lo repetimos, que

“(…) Para Dessalines, la gente del Este se asemejaba a los blancos franceses, sus sempiternos enemigos.”⁽¹²⁵⁾

En la táctica de “tierra arrasada”, en el juicio de Price-Mars, producto del enfoque correcto de la realidad concreta del Haití de comienzos del Siglo XIX; en las actividades de los “notables” del Ayuntamiento de Santiago, encargados de ejecutar el decreto de Ferrand, y del padre Vásques, se encuentran las causas de los hechos de sangre del Cibao. Ante estos cuatro elementos no podemos menos que preguntarnos: ¿No devastaron los haitianos su propio territorio para debilitar y derrotar a los franceses? ¿Cuál opinión tenían todos los jefes militares haitianos, incluso Pétion, de los blancos franceses? ¿No habían jurado todos, el 1º de enero de 1804, luchar hasta la muerte antes que vivir bajo la dominación francesa y hasta borrar de la isla los últimos vestigios del ídolo esclavista europeo? ¿Qué le sucedió a los blancos esclavistas franceses que no pudieron salir de Haití al momento de la evacuación del ejército napoleónico? ¿Cómo fueron tratados esos “sempiternos enemigos” en el oeste? La propia historia

(124) Emilio Rodríguez Demorizi. *Invasiones...*, p. 107. Itálicas nuestras.

(125) Jean Price-Mars. Op. cit., pp. 97-98.



haitiana responde muy claramente estas interrogantes que muy pocos de nuestros historiadores se han hecho, por lo menos en sus obras.

Es decir, los dominicanos que han escrito y escriben sobre estos acontecimientos, fanatizados por el problema racial, no ven la realidad histórica y por ello mismo no pueden comprender que el odio que el habitante del oeste tenía hacia los blancos franceses emanaba de la larga y brutal opresión a que estuvo sometido y, más recientemente, de las sádicas y sangrientas medidas represivas de ese fanático del terrorismo que se llamó Rochambeau. En otras palabras, que para los haitianos de 1805 todo lo que representaran los blancos, todo lo que olier a francés o a francófilo, simbolizaba traición, significaba dominación y opresión, encarnaba la esclavitud; y todo lo que personificara la esclavitud debía y tenía que ser eliminado sin contemplaciones por dolorosos y repugnantes que fueran los métodos empleados. ¿Acaso habían jurado en vano al proclamar la independencia en Gonaives?

Los hechos históricos están visibles. En el oeste fueron eliminados los blancos franceses, y como los habitantes de la Parte Oriental de la Isla eran considerados semejantes a éstos, nada tiene de extraño que también sucediera lo mismo en el Cibao: en Moca, en Santiago. Este profundo odio al sistema esclavista y al blanco asociado a él, sumado al temor de un nuevo intento napoleónico para reconquistar la perdida colonia —tentativa que no podía descartarse, ante las perspectivas de la paz que se estaba negociando en Europa y las noticias de que dos escuadras estaban siendo alistadas en los puertos de Francia para zarpar hacia un destino desconocido— y añadido también a la frustración sentida frente a los esclavistas franceses atrincherados tras los muros de la ciudad de Santo Domingo —que no fue tomada por la llegada de los buques del contralmirante Missiessy— hay que tenerlos muy en cuen-



ta para juzgar sin pasiones y sin falsos nacionalismos los sucesos de 1805.

Es cierto que Dessalines actuó en 1805 de manera muy distinta a Toussaint en 1801 lo que, en definitiva, ha determinado que el primero se recuerde por las dantescas escenas del Cibao y que el segundo se conserve en la memoria de los dominicanos como un benefactor. Pero cierto es, además, que hay que analizar las causas que impulsaron estas actuaciones tan diferentes y las coyunturas históricas que hicieron que uno se rememore con odio y el otro con cariño y respeto. Y es que Dessalines, contrario a Toussaint, cometió el error fundamental de no comprender la situación económica-política y el sentimiento particular de las diversas clases de la sociedad del Santo Domingo Español ante la unificación de la isla.

Mientras Toussaint adoptó una política conciliatoria y de alianza con los grandes terratenientes blancos y no afectó en lo más mínimo sus derechos de propiedad sobre los medios de producción, estimuló el desarrollo de la agricultura y del comercio de exportación con Estados Unidos e Inglaterra, ganándose el apoyo de esta clase dominante; Dessalines, con la guerra a muerte emprendida contra los blancos franceses, con la declaración de que ningún blanco jamás sería propietario de la tierra en la isla, con la nacionalización de los inmuebles rurales y la reforma agraria que inició desde el momento mismo de proclamar la independencia de Haití, alarmó en grado sumo a la clase terrateniente-esclavista de la Parte Oriental de la Isla; grupo social que, además, se encontraba profundamente influenciado por la propaganda de Ferrand y el clero católico, entonces firme aliado de los colonialistas franceses. Así, los grandes y medianos terratenientes que en 1801 se unieron a Toussaint, lo colmaron de bendiciones y lo recibieron como al Papa, en 1805 entraron en marcada contradicción con Dessalines, temiendo perder las prerro-



gativas sociales y económicas de que disfrutaban en una sociedad que se caracterizaba por descansar en el trabajo esclavo.

Aunque los hateros y comerciantes del Cibao, particularmente los de Santiago de los Caballeros, contemplaron favorablemente la unidad política de la isla porque les garantizaría las exportaciones de ganado, cueros y tabaco hacia el oeste y la importación, tanto desde Haití como de Estados Unidos, de los artículos de uso y de consumo no producidos en el mercado, y, se habían adelantado a reconocer la autoridad haitiana enarbolando su bandera; Dessalines no supo aprovechar el apoyo que le ofreció esta importante zona que era la principal productora y exportadora contando, además, con el 51% de la población total del Santo Domingo Español, y alejó a esos aliados al imponerles la contribución de guerra a que ya hicimos referencia. Fue esta contribución, y no sentimiento anti-haitiano alguno, la causante de los temores de los cibaños y de su viraje hacia los franceses.

Por otra parte, la particular forma de producción del Santo Domingo Español, afianzada en el hato y en la explotación pecuaria, originó que las relaciones de producción, aunque continuaran descansando básicamente en el trabajo esclavo, sufrieran ciertas modificaciones motivadas, sobre todo, por las condiciones mismas en que se realizaba el trabajo. Las relaciones de producción existentes entre el amo hatero y los vaqueros esclavos determinaron que estos últimos recibieran un trato distinto al que se daba a los esclavos de las plantaciones de azúcar, café, algodón, cacao, etc., de la antigua colonia francesa de Saint-Domingue, y aún a los contados que trabajaban en los paupérrimos trapiches ubicados en los alrededores de la ciudad de Santiago de los Caballeros –había dos: uno propiedad de Juan Oyarzábal y otro de *Monsieur* Espaillat– y los 22 establecidos en la llanura denominada *Los Ingenios* (en-



tre los Ríos Haina y Nizao); trapiches que apenas elaboraban el azúcar destinado al débil consumo interno y que lo que producían en abundancia era melado y tafiá (aguardiente de caña).

El trato dado a los esclavos de los hatos ganaderos se explica claramente porque el vaquero esclavo, además de andar a caballo por las necesidades mismas del trabajo y de disfrutar de cierta libertad de movimiento en las vastas zonas de crianza libre, laboraba siempre armado. No nos parece arriesgado señalar que es muy distinto mantener relaciones productivas con un esclavo desarmado, encadenado durante las noches en un barracón, cuidado mientras trabaja por mayordomos armados, que con otro aviado de lanza, cuchillo y machete. ⁽¹²⁶⁾

Las modificaciones que produjo en las relaciones de producción la economía basada en la explotación pecuaria son interpretadas de manera incorrecta por la mayoría de nuestros historiadores, quienes sostienen que el amo español fue benigno con los esclavos y hasta llegan a calificar de “esclavitud patriarcal” la forma de producción existente en el Santo Domingo Español, con lo que pretenden dar a entender que

(126) Las Ordenanzas para el sosiego y seguridad de los esclavos negros, formadas por el Cabildo Secular de Santo Domingo y presentadas a la Real Audiencia el 27 de abril de 1768, permitían, particularmente en su Artículo 27, fol. 12, el uso de armas a los esclavos de los hatos ganaderos. El indicado artículo establecía: “No traigan Armas y sólo los Ganaderos cuchillo y machete.– Prohibe todo género de armas a los Negros Esclavos, pena de cincuenta azotes en la Picota, y perdimiento de las armas, que podrá quitarles qualquiera persona, y dos pesos al Amo que lo permitiere; Empero, se permite a los Baqueros, Ganaderos, y Arrieros, que estando en su actual servicio, o ejercicio, puedan usar de Cuchillo, y de Machete (...)”.

Véase a Vetilio Alfau Durán. “Documentos Históricas Ordenanzas para el gobierno de los negros de la Isla Española.” (Biblioteca Nacional de Madrid, Mss. número 8,734.-2). *Anales de la Universidad Autónoma de Santo Domingo*, Nº. 57-60, p. 287.



el amo de la parte oriental fue “humano y bondadoso” con el negro, a diferencia del colono francés de la Parte Occidental.

La verdad es que si el amo español trató de manera distinta a sus esclavos no lo hizo porque estuviera lleno de sentimientos bondadosos hacia ellos, ni porque fuera más humano que el amo francés, inglés o norteamericano, sino porque la peculiar forma de producción del Santo Domingo Español que, como dijimos, descansaba y giraba en y alrededor del hato ganadero, modificó las relaciones de producción resultantes de las particularidades propias del trabajo y le obligó a mantener vínculos productivos diferentes a los que hubieran existido de los esclavos haber trabajado en plantaciones agrícolas con productos destinados a un mercado mundial.

Prueba de ello es que esas mismas modificaciones en las relaciones de producción también se evidenciaron en los llanos de Venezuela, en el Estado de Mato Grosso, al sur de Brasil, y en la provincia de Chiriquí, en Panamá, regiones en las que la ganadería igualmente constituía la base de la economía, y que el español no fue nada “patriarcal”, mucho menos “humano y bondadoso” con los esclavos de Cuba durante el Siglo XIX. ¿Y por qué no lo fue en Cuba? Sencillamente porque la economía de esa colonia descansaba en las plantaciones de caña y en la gran producción azucarera, en base a considerables inversiones de capital, utilización de métodos científicos y explotación de las masas esclavas que producían para los mercados exteriores, de la misma manera que había sucedido en la colonia francesa de Saint-Domingue.

Pues bien, por la situación en que se encontraban los esclavos del Santo Domingo Español, tratados en la forma ya indicada por el amo hatero, éstos temieron unirse a sus hermanos de la Parte Occidental porque las medidas de Dessalines iban a atarlos a la tierra como había ocurrido en Haití. Este grupo social, que comprendía a más de 24,000 personas en



1800, según Pedrón,⁽¹²⁷⁾ tampoco ofreció decidido apoyo a la unidad política de la isla, ni ofreció su concurso a las medidas de Dessalines, porque tenía muy frescas en la memoria las experiencias de Toussaint Louverture en 1801 y el trabajo obligatorio en la agricultura que impuso su dictadura militar.

Solamente ciertas capas de la incipiente clase media, particularmente las formadas por mulatos, fueron las que favorecieron la unidad política y apoyaron militantemente a Dessalines. Esta clase embrionaria, sumamente débil y carente de poder político o económico alguno, a duras penas había comenzado a desarrollarse en el Cibao, especialmente en Santiago de los Caballeros y sus alrededores –zona que en el primer lustro del siglo XIX tenía, de acuerdo a Pierre Lyonnet, en su obra *Estadística de la Parte Española de Santo Domingo*, 25,000 habitantes,⁽¹²⁸⁾ o sea, una población mayor a la de Santo Domingo, y en la que dicha ciudad de Santiago se había convertido en la Bagdad del comercio este-oeste– a consecuencias de las exportaciones de ganado y cueros y de la producción y comercialización del tabaco.

En efecto, ya desde 1771 en el Cibao, fundamentalmente en los parajes de Licey, Limonal, Gurabo, Guazumal, Sabana Grande, Quinigua, Guayabal, Jacagua, Moca, Egido, Papayo, Buenavista, etc., se venía gestando una clase de pequeños productores de tabaco, tal y como evidencian Sánchez Valverde,⁽¹²⁹⁾ Saint-Méry⁽¹³⁰⁾ y Pedrón en su citada *Memoria*. Dice este último observador francés que en 1800:

(127) Mr. Pedrón. “Memoria...”. En Emilio Rodríguez Demorizi. *La Era de Francia...* p. 190.

(128) Emilio Rodríguez Demorizi. *La Era de Francia...*, p. 115.

(129) Antonio Sánchez Valverde. *Idea del valor de la Isla Española*, p. 48, 63-68, 185-186.

(130) M. L. Moreau de Saint-Méry. Op. cit., pp. 98, 215, 238-239.



“Solamente el tabaco es lo que los habitantes del interior, particularmente los de Santiago y los de La Vega, cultivan y por consiguiente dedican al comercio. Muchos de esos habitantes cultivan una pequeña cantidad; pero un gran número lo hace y el total se eleva todavía, un año con otro, de 12 a 14,000 millares de pesos —se prepararon algunos centenares de millares (de hojas) de tabaco de aumento en el año 1805 y en el año 1806 cerca de dos millones—. ”⁽¹³¹⁾

Por otro lado, el general de brigada y comisario del gobierno francés, Antonio Chanlatte, en “Informe sobre el estado de la Parte Española de Santo Domingo”, que dirigiera al gobierno de Francia, en fecha 9 de junio de 1800, indica que

“Santiago producirá anualmente unos 20,000 pesos en tabaco en hoja”.⁽¹³²⁾

Todos los autores citados y otros que figuran en la obra de Emilio Rodríguez Demorizi, *La Era de Francia en Santo Domingo*, señalan que el tabaco cibaño era convertido en andullos por los propios productores y negociado directamente por ellos lo que, de hecho, causó que establecieran vínculos comerciales con los compradores de Santiago, Puerto Plata, Monte Cristi así como de las ciudades haitianas y que se fuera estructurando una clase media campesina y comercial. El señor Juan Bosch, en su artículo No. X, “Hato y tabaco en la sociedad dominicana”, de la serie publicada bajo el título *La composición social dominicana*, analiza correctamente, aunque de manera bas-

(131) Emilio Rodríguez Demorizi. *La Era de Francia...*, p. 171.

(132) *Ibidem*, p. 219.

tante superficial, la formación de esta pequeña burguesía urbana y rural en el Cibao que, más tarde, desempeñaría un papel importantísimo en el proceso histórico que comenzó a desarrollarse a partir de la segunda mitad del Siglo XIX.⁽¹³³⁾

No es nuestra intención profundizar en los orígenes, particularidades y proyecciones de esta clase media porque ello escaparía del marco del presente ensayo, lo haría interminable y porque, además, consideramos el tema de tal importancia que amerita un serio trabajo de investigación sociológica y una monografía dedicada exclusivamente a tratarlo.

Para nosotros, lo primordial es señalar que esta incipiente clase media urbana y rural, particularmente sus capas baja y media integradas por mulatos y negros libres, adoptaron una actitud favorable a la política de Dessalines y patrocinaron la unidad política de la isla. ¿Por qué fueron estos sectores de la sociedad del Santo Domingo Español los únicos en brindar su concurso a Dessalines? Porque consideraron que la unidad política de la isla permitiría y garantizaría el incremento de sus actividades agrícolas y de sus vínculos comerciales con los importadores de ganado y tabaco de Haití, su fortalecimiento económico como emergente clase productora y su posterior desarrollo histórico. Sin embargo, por su especial conformación étnica, por su debilidad como clase que no contaba con poder político y económico, se encontró incapacitada para desempeñar el papel que le correspondía en ese período histórico, y la alianza que hizo con Dessalines se frustró sin

(133) Revista *¡Ahora!*, No. 244, Año VII, pp.18, 19 y 75. Estos artículos fueron publicados en forma de libro, en 1970, bajo el título de *Composición social dominicana. Historia e interpretación*, por Publicaciones ¡Ahora! Dicha obra ha tenido múltiples reediciones con algunas correcciones y ampliaciones que en nada modifican la superficialidad con la que el autor trata el tema.



dejar provechos para la integración política-económica de los pueblos fronterizos de la Isla de Santo Domingo.

Nuestros historiadores no abundan mucho sobre estos mulatos y en nada debe extrañarnos que su casi totalidad los llamen “traidores y bandidos” o “dominicanos desnaturalizados”. A pesar de las dificultades que se presentan al novel investigador por la escasez y falta de objetividad de nuestras fuentes históricas clásicas, profundamente viciadas y preñadas de pasión y racismo, los que hoy día estamos empeñados en ofrecer una nueva interpretación de la historia dominicana nos vemos en la obligación de realizar serios trabajos sobre los mulatos que apoyaron a Dessalines en 1805 y de colocarlos en su justo lugar.

La actitud de los mulatos de las capas baja y media de la emergente pequeña burguesía cibaëña, que obedeció fundamentalmente a sus intereses clasistas, bien podría servir de punto de partida para explicarnos la postura adoptada por amplios sectores de la población de esta zona ante el intento de Boyer, en 1822, de plasmar la unidad política de la isla. Repetimos, estos personajes históricos merecen nuestros esfuerzos. Ahí están los casos del mulato José Campos Taváres, coronel del ejército de Haití, comandante del Batallón Yaque, integrado por negros y mulatos de Santiago, gobernador del Departamento del Cibao bajo Dessalines, firmante de la Constitución de Christophe en 1806 con el rango de ayudante general del ejército haitiano,⁽¹³⁴⁾ embajador de Haití ante el gobernador español Carlos Urrutia en 1813, siendo ya barón de Taváres, brigadier general del ejército haitiano y ayuda de campo de S. M. el rey Christophe;⁽¹³⁵⁾ del mulato Casimiro, consejal

(134) Alfred Viau. Op. cit., p. 190.

(135) J. Marino Incháustegui: *Documentos para estudio*, Vol. II, pp.453-454.



del Ayuntamiento de Santiago junto al también mulato y tendero Antonio Pérez en 1801,⁽¹³⁶⁾ y gobernador de Puerto Plata bajo Dessalines, en 1805,⁽¹³⁷⁾ y de los mulatos y coroneles del ejército haitiano Lasala y Jiménez.⁽¹³⁸⁾



(136) Ver Notas Nos. 72 y 73.

(137) Antonio Del Monte y Tejada. Op. cit., Vol. II, p. 239.

(138) José Gabriel García. Op. cit., Vol. I, p. 339.

CONCLUSIONES

La revolución de la colonia francesa de Saint-Domingue constituye una fase de la revolución capitalista mundial contra el feudalismo y, dentro de la historia general, corresponde al movimiento revolucionario del capitalismo iniciado por la Revolución Inglesa de 1642 a 1688, la Revolución Norteamericana de 1776 a 1783 y la Revolución Francesa de 1789 que sellaron la suerte del feudalismo en Europa y abrieron la era de las guerras de independencia en el continente americano. Por consiguiente, hay que contemplarla dentro del cuadro de gestación de las mayores luchas independentistas que sacudieron el mundo en el Siglo XIX.

Bajo el impulso de la derrota del feudalismo en las arenas de la Revolución Francesa, con el ascenso al poder político de la burguesía y su consolidación histórica como clase dominante, la situación política, económica y social de todas las colonias de América varió radicalmente. En la colonia francesa de Saint-Domingue se despertó la conciencia de la burguesía colonial, de la clase media mulata y de las masas esclavas y estas clases desarrollaron una compleja lucha: por un lado, la burguesía colonial contra el absolutismo comercial de la burguesía metropolitana, las aspiraciones de igualdad social de los mulatos y de libertad de los esclavos; y por el otro, la clase media mulata y las masas esclavas contra ambas burguesías.

El movimiento revolucionario que surgió de las contradicciones sociales existentes en la colonia francesa de Saint-



Domingue no fue únicamente una rebelión de esclavos contra la penosa explotación a que estaban sometidos, ni tampoco el resultado de la lucha de los mulatos por conquistar la igualdad enunciada en la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, sino un amplio movimiento en el que la fuerza decisiva de la revolución descansó en las masas dirigidas por la clase media mulata y los cuadros revolucionarios de la clase esclava, con el objetivo de establecer un nuevo orden social capitalista bajo el control democrático del pueblo. Su importancia estriba en que asestó un golpe demoledor

al modo de producción basado en la esclavitud implantado en las colonias y en que dio nacimiento a nuevas fuerzas del desarrollo histórico de América, fuerzas que, por su reciente formación y debilidades, sus contradicciones internas y choques con el naciente capitalismo financiero de los Estados Unidos, fueron desapareciendo en los cien años posteriores hasta volver a renacer después del primer cuarto del siglo XX.

La revolución de la colonia francesa de Saint-Domingue no fue, en modo alguno, una revolución capitalista pura, mucho menos “marxista realizada por proletarios contra la burguesía colonial”, porque en Haití no había masas proletarias ni los dirigentes militares revolucionarios se plantearon colectivizar la propiedad sobre los medios de producción y porque, además, mantuvo muchas trazas del régimen esclavista-capitalista anterior que había creado las condiciones objetivas de su desarrollo y de sus propias particularidades nacionales. Por eso fue, justamente, que el orden que emergió de la revolución tuvo un carácter contradictorio: por un lado, los antiguos esclavos y la semi-servidumbre patriarcal de Toussaint Louverture; por el otro, la clase media mulata y el orden capitalista.

Toussaint implantó una dictadura militar, en estrecha alianza con los grandes terratenientes y la burguesía comer-



cial inglesa y norteamericana, que descansaba en el trabajo semi-servil del campesinado negro y no resolvió los problemas fundamentales de la revolución: el poder revolucionario, la independencia y la repartición de la tierra de los colonos blancos. Ello se debió a la posición económica de los antiguos esclavos dentro del modo de producción esclavista que les impidió ser los portadores de las relaciones de producción correspondientes al desarrollo objetivo de las fuerzas productivas de la sociedad colonial. La clase media mulata encabezada por Rigaud, a pesar de ser la más homogénea ideológicamente, tampoco pudo implantar el poder revolucionario ni plasmar sus propias aspiraciones, mucho menos las de las masas negras de antiguos esclavos, por las profundas contradicciones internas que la minaban.

La invasión de Napoleón Bonaparte, impulsada por su sueño de gobernar en tres continentes y por las continuas demandas de la burguesía francesa de nuevos enriquecimientos coloniales, determinó el derrumbe del régimen *louvreuriano* y la alianza revolucionaria de las masas de antiguos esclavos con la clase media mulata para la consecución de los objetivos de la revolución; objetivos que se conquistaron en 1804 al Dessalines proclamar la independencia, crear el Estado haitiano e imponer una dictadura militar dirigida por los cuadros revolucionarios de los antiguos esclavos y de la clase media mulata. Esta dictadura militar revolucionaria tuvo como misión fundamental: 1) aniquilar el peligro francés y de la clase propietaria blanca; 2) consolidar la independencia nacional; 3) garantizar la libertad de las masas negras; 4) lograr la partición de la gran propiedad rural entre los soldados revolucionarios; 5) crear el nuevo orden capitalista dirigido por el Estado; y 6) reorganizar la economía, el régimen de trabajo y de la propiedad, la administración, los tribunales, etc.



La muerte de Dessalines en 1806 hizo renacer las contradicciones y los antagonismos entre la clase media mulata y las masas de antiguos esclavos y rompió la alianza concertada en 1803 para establecer un solo poder revolucionario, lo que trajo como consecuencia la división de Haití: Christophe en el norte, conservando la propiedad latifundista, el sistema de trabajo semi-servil y patriarcal y la dictadura, basada en los militares privilegiados de la monarquía; Pétion en el sur, creando la pequeña propiedad rural entre los campesinos-soldados, el régimen parlamentario, los códigos burgueses napoleónicos, la producción mercantil, la educación de las masas, etc.

A pesar de tener el Estado haitiano un carácter contradictorio, en su esencia fue, desde Pétion, el instrumento de la clase media dominante para crear un orden capitalista que descansara en la pequeña propiedad rural. Este orden no pudo lograrse porque el Estado se vio limitado tanto por las contradicciones internas de la nueva sociedad que surgió de la antigua colonia, como por las poderosas fuerzas económicas norteamericanas que desde inicios del siglo comenzaron a proyectarse en la región del Caribe.

Haití fue el único país de América que en el siglo XIX emprendió la repartición de la tierra entre las masas campesinas y rompió definitivamente todo nexo económico con la metrópoli. Su revolución, por lo tanto, fue una revolución democrática de liberación nacional que culminó en la abolición de la esclavitud por primera vez en el mundo moderno y en la creación del primer Estado independiente de América Latina.

En lo que respecta a la política haitiana hacia el Santo Domingo Español, la estrategia de Toussaint estuvo orientada hacia la integración pacífica de las dos colonias en una unidad política. Con ese objetivo estimuló la economía, pro-



moviendo el desarrollo de la agricultura y del comercio, que había sido dejada por los españoles en condiciones de una economía natural. Como el Santo Domingo Español dependía exclusivamente de la ganadería y del corte de maderas -el azúcar apenas abastecía el consumo interno, no se producía café, cacao, índigo, algodón, etc., y el tabaco solamente se cultivaba y comercializaba en los alrededores de Santiago- y su principal comercio con la colonia francesa, Inglaterra y Estados Unidos había quedado interrumpido desde el inicio de la revolución, Toussaint abrió los puertos de Santo Domingo, Monte Cristi, Puerto Plata, Samaná y Azua al comercio inglés y norteamericano y reanudó las exportaciones de ganado a la Parte Occidental de la Isla. Con estas medidas y el consecuente auge económico se hizo acreedor del apoyo de los terratenientes y comerciantes, y con la abolición de la esclavitud -aunque implantara el trabajo forzado- y la democratización al permitir a los mulatos y negros ingresar en el ejército, los ayuntamientos y la administración pública, se ganó las simpatías de todos los sectores de la sociedad del Santo Domingo Español.

La política de Dessalines estuvo orientada hacia idénticos fines, más el de erradicar el peligro que para el joven Estado haitiano significaba la permanencia en la Parte Oriental de la Isla de los remanentes del ejército napoleónico comandados por Ferrand. Su fracaso en unir la isla se debió, esencialmente, a sus errores políticos respecto al Santo Domingo Español: aplicación de medidas revolucionarias; de leyes que afectaban los intereses de la población terrateniente blanca; y a no saber llevar a la práctica una política de equilibrio entre las clases sociales que favorecían dicha unificación.

Los esclavos del Santo Domingo Español, aunque siempre habían manifestado simpatías hacia sus hermanos de sangre de la Parte Occidental, con las rígidas leyes de trabajo y de



incremento de la producción agrícola del régimen louverturiano —que beneficiaron y recibieron la aprobación de los comerciantes y propietarios— en el fondo vieron empeorada su situación porque estaban acostumbrados a laborar bajo un sistema menos riguroso que el imperante en la colonia de Saint-Domingue, a consecuencias de las modificaciones que se operaron en las relaciones de producción derivadas de la forma de producción basada en el hato ganadero. Los comerciantes y ganaderos de la zona fronteriza y del Cibao apoyaron a Dessalines hasta que éste les impuso la onerosa contribución tendente a sufragar los gastos de guerra de Haití, ante su insistencia en no reducirla, le dieron las espaldas. Solamente en los sectores bajo y medio de la clase media mulata urbana y rural del Cibao (artesanos, pequeños comerciantes, pequeños productores de tabaco y oficiales del ejército) fue acogida favorablemente la unidad política de la isla.

Dessalines, al continuar en el Santo Domingo español la feroz lucha de clases de los negros contra los blancos, poseedores de los medios de producción, asustó y neutralizó los elementos básicos de la sociedad colonial que hubieran podido apoyar la unidad de la isla. En otras palabras, no supo aprovechar la lección de Toussaint y esa es la razón por la que hoy, en la memoria del pueblo dominicano perduren los episodios del degüello de Moca y de los sucesos sangrientos de Santiago; hechos que continúan siendo revividos por nuestros historiadores anti-haitianos, quienes mantienen que “debemos cobrar esa deuda de sangre” y que “los vecinos del oeste deberían ser trasladados a la Guayana Francesa o al África” por constituir una “amenaza étnica” para los dominicanos.

Esos historiadores hacen un flaco servicio a la juventud y al pueblo, a los que se deben. Consideramos, por lo tanto, que en vez de continuar traumatizando la formación intelectual



tual de la primera y desviando la atención del segundo de sus verdaderos e inmediatos problemas con las constantes desfiguraciones históricas y con el racista argumento de que los haitianos son los principales enemigos de los dominicanos, deberían señalar el auténtico enemigo de la República Dominicana, de Haití y de todos los pueblos hermanos de América Latina.



BIBLIOGRAFÍA

Alfau Durán, Vetilio. "Documentos históricos. Ordenanzas para el gobierno de los negros de la Isla Española". (Biblioteca Nacional de Madrid, Mss. número 8,734.- 2) *Anales de la UASD*, No. 57-60. Santo Domingo, enero-diciembre, 1951.

Ardouin, Beabrum. *Études sur l'histoire d'Haïti*, 5 vols. Cheraquit, Imprimeur-Éditeur. Port-au-Prince, 1924.

Archivo General de Indias. "Expediente sobre la revolución y guerra de la colonia francesa, 1790". No. 79-1-15. *Colección Lugo*, Libreta No. 9. *Boletín del Archivo General de la Nación*, No. 12, Año 12, Vol. 3. Santo Domingo, 31 de agosto de 1940.

Archivo Nacional de Cuba. "Documentos para la historia de Haití". La Habana, 1954. José Abelardo Ramos. *Historia de la nación latinoamericana*. A. Peña Lillo, Editor. Buenos Aires, 1968.

Arciniegas, Germán. *Biografía del Caribe*. Editorial Sudamericana. Buenos Aires, 1945.

Bellegarde, Dantès. *La nation haïtienne*. J. de Gigord, Éditeur, Paris, 1938.



Bosch, Juan. "Hato y tabaco en la sociedad dominicana. La Composición Social Dominicana". *Revista ¡Ahora!*, No. 244, Año VII. Santo Domingo, 15 de julio de 1968.

Cabon, père Adolphe. *Histoire d'Haïti*. Vols. I y II. Congrégation des frères de Saint-Jacques, Paris, 1929-1933.

Capó, José María. *Tres dictadores negros. Crónica de la Revolución Francesa en Haití*. Editorial Luz-Hilo, La Habana, 1942.

Cesaire, Aimé. *Toussaint Louverture. La Revolución Francesa y el problema colonial*. Instituto del Libro, La Habana, 1967.

Charlier, Etienne D. *Aperçu sur la formation historique de la nation haïtienne*. Les Presses Libres, Port-au-Prince, 1954.

Des Fosses, Castonnet. *La perte d'une colonie. La Révolution á Saint-Domingue*. A. Faivre, Éditeur, Paris, 1925.

Dorsainvil, J. C. *Manuel d'histoire d'Haïti*. Éditions Henri Deschamps, Port-au-Prince, 1959.

Foster, William Z.: *Outline, political history of the Americas*. New York, International Publishers, 1951.

Franco, José Luciano. *Historia de la Revolución de Haití*. Instituto de Historia, Academia de Ciencias, La Habana, 1966.

James, C. L. R. *The black jacobins. Toussaint L'Ouverture and the Santo Domingo Revolution*. 2a. ed. revisada. Random House, New York, 1963.



La Croix, François-Joseph-Pamphile de. *Memoirs pour servir a l'histoire de la Révolution de Saint-Domingue*. Vol. II. Pillet aîné, Éditeur, Paris, 1820.

Laurent, Gérard M. *Toussaint Louverture a travers sa correspondance (1794-1798)*. Industrias Gráficas España, Madrid, 1953.

Leyburn, James G.: *El pueblo haitiano*. Editorial Claridad, Buenos Aires, 1946.

Madiou, Thomas. *Histoire d'Haïti*. 4 vols. Deuxième Édition. Imprimerie Edmond Chenet. Port-au-Prince, 1922.

Marx, Carlos; Engels, Federico. *Obras escogidas*. 2 vols. Editorial Progreso, Moscú, 1966.

Métraux, Alfred. *Vodú*. Colección Sur. Editora e Impresora Américalee, Buenos Aires, 1963.

Moreau de Saint-Méry, F. L. E. *Description topographique, physique, civile, politique et historique de la partie française de l'Île Saint-Domingue*. 2 vols. Philadelphia, 1797.

———. *Descripción de la Parte Española de Santo Domingo*. Editora Montalvo, Santo Domingo, 1944.

Nemours, coronel Emil. *Histoire militaire de la guerre d'indépendance de Saint-Domingue*. Éditions Berger-Lavault, Paris, 1925.

Nouel, Carlos. *Historia eclesiástica de la arquidiócesis de Santo Domingo*. 3 vols. Oficina Poligráfica Italiana, Roma, 1913.



Pattee, Ricardo. *Haití, pueblo afroantillano*. Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1956.

———. *Jean-Jacques Dessalines, fundador de Haití*. La Habana, s/e, 1936.

Peña Batlle, Manuel A. *El Tratado de Basilea*. Cuadernos de Interpretación Histórica. Impresora Dominicana, Ciudad Trujillo, 1952.

Pierre-Charles, Gérard. *La economía haitiana y su vía de desarrollo*. Cuadernos Americanos, México, 1965.

Price-Mars, Jean. *La República de Haití y la República Dominicana*, 3 vols. Edición en español del autor. Industrias Gráficas España, Madrid y Puerto Príncipe, 1953 y 1958.

Ramos, Arthur. *Las poblaciones del Brasil*. Fondo de Cultura Económica. Colección Tierra Firme. México, 1944.

Rodríguez Demorizi, Emilio. *Invasiones haitianas de 1801, 1805 y 1822*. Academia Dominicana de la Historia, Vol. I. Impresora Del Caribe, Ciudad Trujillo, 1955.

———. *La Era de Francia en Santo Domingo*. Academia Dominicana de la Historia, Vol. II. Editora Del Caribe, Ciudad Trujillo, 1955.

———. *Relaciones históricas de Santo Domingo*. Vol. I. Archivo General de la Nación, Vol. VI. Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, 1945.



Roussier, Paul. *Lettres du général Leclerc, commandant en chef de l'armée de Saint-Domingue en 1802*. 3 vols. Éditions Leroux, Société d'Histoire des Colonies Françaises. Paris, 1937.

Saint-Victor, Jean-Baptiste. *Haïti, sa lutte pour l'émancipation Deux concepts d'indépendance à Saint-Domingue*. Imprimerie Govin Villiers-Le Bel, Paris, 1957.

Sánchez Valverde, Antonio. *Idea del valor de la Isla Española*. Biblioteca Dominicana, Vol. I, Serie I. Editora Montalvo. Ciudad Trujillo, 1957.

Sannon, Horace Pauléus. *Histoire de Toussaint Louverture*. 3 vols. Imprimerie de A. Héraux, Port-au-Prince, 1933-1938.

Schoelcher, Victor. *Colonies étrangères et Haïti*. 3 vols. Pagnerre, Éditeur. Paris, 1843.

———. *Vie de Toussaint Louverture*, P. Olendorf Éditeur, Paris, 1899.

Tannenbaum, Frank. *Slave and citizen*. Vintage Books, Random House. New York, 1947.

Tansill, Charles Gallan. *The United States and Santo Domingo, 1798-1873*. The John Hopkins Press, Baltimore, 1938.

Turnier, Alain. *Les États Unis et le marché haïtien*. Washington. 1925.

Viau, Alfred. *Negros, mulatos, blancos o sangre, nada más que sangre*. Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, 1955.



ÍNDICE DE LUGARES

A

- Abre, Plateau de l': 25.
Abricots: 89.
África: 39, 40, 51, 140.
Alpes, Los: 76.
América: 18, 19, 20, 31, 48,
54, 67, 76, 82, 88, 92, 98,
135, 136, 138, 143.
América Latina: 138, 141.
Amiens, Tratado de: 83, 90.
Antillas: 38.
Antillas Menores: 82, 85.
Artibonite: 114.
Artibonite, División del Oeste o del: 114.
Artibonite, Petite Riviere del:
85, 114.
Artibonite, Plateau d' l: 25.
Atlántico, Océano: 30, 76.
Azua, Ayuntamiento: 107.
Azua, ciudad: 69, 73, 102,
105, 115, 139.
Azua, notables: 106.
Azua, puerto: 139.

B

- Bagdad: 130.
Bahoruco, Sierra del: 48, 49,
78.
Baltimore: 146.
Baní: 115.
Barahona: 49.
Basilea, ciudad: 66.
Basilea, Tratado de: 11, 14, 39,
55, 66, 67, 68, 112, 145.
Bois-Caïman: 50.
Bordeaux: 26, 27.
Brasil: 129, 145.
Brest: 26, 76, 81.
Buena Esperanza, Cabo de:
83.
Buenavista, paraje: 130.
Buenos Aires: 142, 143, 144.
Burdeos: (Véase Bordeaux).

C

- Cabo, ciudad del: (Véase Cap Français).



- Cabo, cuartel general del: 81, 113.
- Cahobas, Las: 102, 115.
- Cantábrico, Mar: 112.
- Cap Français: 50, 51, 77, 78, 81, 82, 86, 88, 89, 90.
- Caribe, Biografía del: 27, 142.
- Caribe, Mar: 121.
- Caribe, región del: 19, 138, 142, 144.
- Cayes, Les: 89.
- Cayes, Plateau de Les: 25.
- Central, Plateau: 25.
- Chaubaud, plantación de: 51.
- Chiriquí, provincia: 129.
- Cibao: 123, 125, 126, 127, 130, 132, 140.
- Ciudad Trujillo: 144, 145, 146.
- Cotuí: 99, 101, 122.
- Cuba: 129, 142.
- Cul de Sac, Plateau du: 25, 88.
- D**
- Dajabón: 99.
- Dame-Marie: 89.
- Departamento [Saint-Domingue y Haití] del Cibao: 68, 69, 99, 100, 101, 105, 106, 108, 120, 133.
- Departamento [Saint-Domingue y Haití] del Este: 122.
- Departamento [Saint-Domingue y Haití] del Norte: 49, 89.
- Departamento [Saint-Domingue y Haití] del Oeste: 49, 89.
- Departamento [Saint-Domingue y Haití] del Ozama: 68, 69, 102, 105, 106, 108.
- Departamento [Saint-Domingue y Haití] del Sudeste: 102.
- Departamento [Saint-Domingue y Haití] del Sur: 49, 89.
- Dominica, Isla de: 82.
- Dondón, El: 77.
- E**
- Egipto: 76, 92.
- Ejido, paraje El: 130.
- Emboscada, La: 117, 119.
- Ennery, plantación de: 81.
- Enriquillo, Lago: 102.
- España: 11, 39, 52, 53, 54, 55, 66, 68, 93, 111, 112, 144, 145.
- Española, Isla: 49, 128, 142, 144, 146.
- Estados Unidos de América: 29, 43, 47, 56, 59, 76, 93,



101, 126, 127, 136, 139,
145, 146.
Europa: 20, 75, 125, 135.

F

Filadelfia: (Véase Philadelphia).
Fort-Dauphine: 111, 112.
Fort-Liberté: 77, 101, 114.
Francia: 22, 26, 29, 30, 39, 42,
44, 46, 53, 57, 59, 66, 68,
71, 75, 76, 77, 81, 83, 89,
91, 99, 102, 103, 131, 145.
Francia, puertos de: 125.

G

Galard [Galá], Estancia: 115.
Gonaives: 81, 93, 125.
Grand-Bois: 88.
Gran Bretaña: (Véase Inglaterra).
Guadalupe, Isla de: 75, 82, 85.
Guarico, El: 70.
Guayabal, paraje: 130.
Guayana Francesa: 75, 82,
140.
Guayubín: 68, 115.
Guazumal, paraje: 130.
Gurabo, paraje: 130.

H

Habana, La: 39, 112, 142, 143,
145.
Haina, río: 128.
Haití: 10, 12, 15, 17, 18, 23,
24, 30, 35, 50, 56, 67, 87,
93, 94, 95, 100, 103, 109,
110, 111, 114, 117, 121,
122, 123, 124, 125, 126,
127, 129, 132, 133, 136,
138, 140, 141, 142, 143,
144, 145.
Haití, División del Norte: 122.
Haut-du-Cap: 85, 86.
Hincha: 102.

I

Ingenios, Los: 127.
Inglaterra: 56, 59, 76, 89, 92,
126, 139.
Isabela, Ingenio La: 48.
Italia: 76.

J

Jacagua, paraje: 130.
Jacmel: 88, 89.
Jamaica: 86.
Joux, Fortaleza de: 81.
Jura, Cordillera de: 81.



L

Laville, cuartel general: 123.
 Léogane: 88.
 Licey, paraje: 130.
 Limonal, paraje: 130.
 Louisiana, La: 76, 93.

M

Madrid: 128, 142, 143, 144,
 145.
 Mao: 68.
 Marigalante, Isla de: 82.
 Marseille: 26.
 Matas [de Farfán], Las: 115.
 Martinica, Isla de: 75, 82, 83.
 Matto Grosso, Estado de: 129.
 México: 143, 145.
 Mirabelais: 88, 114.
 Moca: 99, 122, 125, 130, 140.
 Monte Cristi: 99, 131, 139.
 Monte Cristi, puerto: 139.
 Monte Plata: 122.
 Morne-Rouge: 50.
 Moscú: 144.

N

Nancy: 143.
 Nantes: 26, 27.
 New York: 9, 143, 146.
 Nizaíto Arriba: 49.
 Nizao, río: 128.

Nord, Plateau du: 25.
 Nueva España, Virreinato:
 112.
 Nuevo Mundo: 21.

Ñ

Ñagá: 68.

P

Panamá: 129.
 Papayo, paraje: 130.
 Paris: 46, 52, 142, 143, 144,
 146.
 Petite-Goave: 88.
 Philadelphia: 94, 144.
 Plaisance: 77.
 Pont-Rouge: 98.
 Port-au-Prince: 77, 78, 88, 89,
 98, 142, 143, 144, 145,
 146.
 Port-Republicain: (Véase Port-
 au-Prince).
 Puerto Plata: 99, 131, 134.
 Puerto Plata, puerto: 139.

Q

Quinigua, paraje: 130.

R

República de Haití: 98, 122,
 144, 145.



- República Dominicana: 18, 122, 141, 145.
- República Francesa: 52, 53, 54, 55, 62, 63, 66, 69, 75, 88.
- Rin, valle y río: 76.
- Rochelle, La: 26.
- Rouen: 26.
- Roma: 144.
- S**
- Sabana Grande, paraje: 130.
- Sabana Larga, paraje: 115.
- Saint-Domingue, colonia de: 40, 42, 45, 49, 51, 53, 67, 68, 69, 75, 76, 77, 78, 80, 81, 82, 83, 84, 85, 87, 88, 89, 90, 91, 92, 93, 100, 102, 103, 107, 111, 112, 129, 136, 139, 140, 142, 143, 144, 146.
- Saint-Domingue, ejército de: 146.
- Saint-Domingue, sociedad: 98.
- Saint-Marc: 45, 78, 88, 89.
- Saint-Michel: 85.
- Saint-Nicolás, Môle de: 55, 89, 91.
- Samaná: 69, 76.
- Samaná, Bahía: 76.
- Samaná, puerto: 139.
- San Carlos: 115.
- San Juan de la Maguana: 73, 102, 115.
- San Pedro, paraje y aldea: 122.
- Santa Bárbara: 49.
- Santa Lucía, Isla de: 82.
- Santiago de Cuba: 72.
- Santiago de los Caballeros: 69, 71, 78, 99, 100, 101, 106, 109, 111, 113, 116, 117, 120, 122, 125, 127, 130, 131, 139, 140.
- Santiago de los Caballeros, Ayuntamiento: 105, 106, 107, 134.
- Santiago de los Caballeros, notables: 106.
- Santiago de los Caballeros, plaza de armas: 120.
- Santiago de los Caballeros, población: 116.
- Santo Domingo, arquidiócesis de: 49, 144.
- Santo Domingo, cabildo secular: 128.
- Santo Domingo, ciudad de: 49, 68, 69, 72, 78, 99, 102, 103, 104, 108, 113, 114, 116, 118, 120, 121, 123, 125, 142, 143, 145.
- Santo Domingo, colonia de: 9, 11, 13, 15, 17, 19, 21, 22, 23, 25, 26, 29, 30, 31,



31, 39, 49, 52, 54, 56, 58,
60, 61, 62, 64, 66, 68, 72,
99, 104, 115, 127, 130,
131, 135, 145.

Santo Domingo Español:
(Véase Santo Domingo,
Parte Española de).

Santo Domingo, Isla de: 15,
35, 66, 67, 71, 77, 103,
104, 122, 133, 143, 146.

Santo Domingo, murallas de:
114, 115.

Santo Domingo, Parte Espa-
ñola de: 7, 39, 66, 67, 68,
69, 71, 72, 73, 74, 77, 78,
89, 94, 98, 99, 100, 102,
103, 109, 110, 111, 113,
114, 115, 123, 125, 126,
127, 128, 129, 130, 131,
132, 138, 139, 140, 144,
146,

Santo Domingo, Parte Espa-
ñola de, habitantes: 119.

Santo Domingo, Parte France-
sa de: (Véase Saint-Domin-
gue, colonia de).

Santo Domingo, Parte Occi-
dental: (Véase Saint-
Domingue, colonia de).

Santo Domingo, Parte Orien-
tal de: (Véase Santo Do-
mingo, Parte Española de).

Santo Domingo, puerto: 106,
139.

Santo Domingo, rada: 121.

Santo Domingo, Segunda
Campaña de: 30.

Santo Domingo, sitio: 123.

Savannah, batalla de: 47.

Senegal: 82.

Seybo: 69.

T

Tirolí (Villa Anacaona): 9.

Tobago, Isla de: 83.

Tortuga, Isla de: 86.

V

Vega Real, Concepción de la:
99, 122, 131.

Venezuela: 129.

Vertieres, plantación: 89.

Villa Anacaona (Tirolí): 9.

W

Washington: 146.

Y

Yaque, Batallón: 117, 119,
133.

Yaque del Norte, río: 116, 117,
119.

Yaque del Sur, río: 102.

Z

Zona fronteriza: 140.



ÍNDICE DE NOMBRES

A

Academia de Ciencias [Cuba]:
143.

Academia Dominicana de la
Historia: 145.

Agé, general: 66.

Ailhaud, comisionado: 53.

Alfáu Durán, Vetilio: 128,
142.

Alvarez, Norberto: 120.

Ambá, esclavo cimarrón: 48.

Anales de la Universidad Au-
tónoma de Santo Domingo:
128, 142.

Annenkov, P. V.: 21.

Archivo General de Indias: 28,
30, 39, 142.

Archivo General de la Nación:
145.

Archivo General de la Nación,
Boletín: 28, 142.

Archivo Nacional de Cuba:
142.

Arciniegas, Germán: 27, 142.

Ardouin, Beabrum: 23, 29, 36,
142.

Arredondo y Pichardo,
Gaspar: 71, 73, 74, 116,
117, 120.

Ascuasiati, Carlos: 9.

Aussenac, coronel: 115.

Avelino, Antonio: 10.

B

Bari, comandante M.: 86.

Bastilla, Toma de la: 23.

Beauvais, general: 46, 47, 53,
55, 57.

Belair, general Charles: 80, 85,
86.

Bellay, diputado: 53.

Bellegarde, Dantes: 142.

Benjamin, jefe de esclavos
sublevados: 51.

Bernardino, jefe de esclavos
sublevados: 51.

Biassou, general Georges: 51,
52, 53, 54, 67, 111.

Biblioteca Nacional de Ma-
drid: 142



- Biblioteca Dominicana: 146.
- Blanchelande, gobernador Philbert-François: 46.
- Bonaparte, Napoleón: 75, 76, 77, 80, 81, 82, 83, 84, 91, 92, 93, 103, 108, 110, 121, 137.
- Bosch, Juan: 131, 143.
- Boudet, general Jean: 77.
- Boukman, jefe de esclavos sublevados: 50, 51.
- Boyer, general Jacques: 80, 87.
- Boyer, general Jean-Pierre: 98, 133.
- Brave, general Toussaint: 101, 115.
- Brissot de Warville, Jacques-Pierre: 46, 53.
- Brunet, general Jean-Jacques: 89.
- Brys, coronel: 115.
- C**
- Cabon, père Adolphe: 143
- Campo, Diego de, esclavo cimarrón: 48
- Campo, Francisco Raymundo: 120.
- Campos Taváres, José: 100, 117, 120, 133.
- Cangé, general: 87, 89, 115.
- Capó, José María: 143.
- Capois-la-Mort, general: 87, 89, 90.
- Carlos IV (de España): 66, 111, 112.
- Casasola, Gaspar de: 52.
- Casimiro, capitán del Batallón de Pardos y Morenos: 71, 72, 133.
- Cassá, Roberto: 12.
- Cesaire, Aimé: 143.
- Chanlatte, general Antoine: 66, 131.
- Charlier, Etienne D.: 24, 30, 37, 51, 53, 56, 57, 64, 80, 81, 83, 93, 143.
- Chavannes, Jean-Baptiste: 46..
- Cheraquit, Imprimeur-Éditeur: 142.
- Christophe, Henri: 52, 55, 57, 65, 78, 80, 85, 87, 89, 98, 110, 114, 115, 116, 117, 118, 119, 120, 122, 133, 138.
- Clerveaux, general: 70, 78, 80, 85, 87, 89, 115.
- Coiscou Henríquez, Máximo: 10, 108.
- Colección Tierra Firme: 145.
- Colón, Diego: 48.
- Cordero Michel, Emilio: 9, 10, 11, 13, 14, 18.



- Criollo, Juan, esclavo cimarrón: 48.
- Cuadernos Americanos: 145.
- Cuadernos de Interpretación Histórica: 145.
- Cumberland, comodoro William A.: 89.
- Curiel, Juan: 120.

D

- Daut, general Jean-Philippe: 85, 87, 114.
- Decrés, ministro: 83.
- D'Henin, general: 89.
- Del Monte y Tejada, Antonio: 52, 54, 70, 71, 72, 108, 116, 117, 120, 134.
- Del Monte, Domingo: 39.
- Del Monte, N.: 120.
- Dérance, Lamour, jefe de esclavos sublevados y general: 48, 49.
- Derveaux, general: 100, 101, 111, 117.
- Des Fosses, H. Castonnet: 24, 25, 26, 37, 50, 143.
- Des Noailles, general Louise-Marie: 91.
- Desforneaux, general: 77.
- Desmarrates, esclavo cimarrón: 48.

- Dessalines, Jean-Jacques: 7, 52, 55, 57, 65, 70, 76, 78, 80, 85, 87, 88, 89, 90, 93, 94, 95, 96, 97, 98, 99, 100, 101, 102, 109, 110, 111, 113, 114, 115, 116, 120, 121, 122, 123, 124, 126, 127, 130, 131, 132, 133, 134, 137, 138, 139, 140, 145.

- Dorsainvil, J. C. : 143.
- Du Bois, W. E. B.: 39.
- Duarte, Juan Pablo: 11.
- Dundas, Henry: 56.

E

- Ediciones Cultura Hispánica: 145.
- Éditions Berger-Lavault: 144.
- Éditions Henry Deschamps: 143.
- Éditions Leroux: 146.
- Editora del Caribe: 145.
- Editora Montalvo: 143, 144, 145, 146.
- Editorial Claridad: 144.
- Editorial e Impresora Américalee: 144.
- Editorial Luz-Hilo: 143.
- Editorial Progreso: 144.
- Editorial Sudamericana: 142.
- Engels, Federico: 21, 144.



Escoto, Francisco: 120.
 Espaillat, François (Monsieur
 Espaillat): 127.
 Expediciones del 14 de Junio
 de 1959: 9.

F

Faivre, A.-Éditeur: 143.
 Feroux, general: 89.
 Ferrand, general Jean-Louis:
 99, 100, 101, 102, 103,
 104, 108, 109, 110, 111,
 113, 114, 115, 124, 126,
 139.
 Fondo de Cultura Económica:
 145.
 Fontaine, general Julien: 81.
 Foster, William Z.: 39, 143.
 Franco Pichardo, Franklin: 10,
 18.
 Franco, José Luciano: 143.

G

Gabart, general Pierre: 87, 89,
 114, 115, 120, 122.
 Gabón, père Adolphe: 56, 64.
 García Moreno, Joaquín: 46,
 52, 67, 68.
 García, José Gabriel: 54, 69,
 70, 72, 101, 109, 134.
 Geffrard, general Nicolas: 87,
 89, 115, 122.

Gigord, J. de, Éditeur: 142.
 González Carrasco, presbítero
 Francisco: 72.
 Grégoire, abbé Henri-Baptiste:
 46.
 Guerra de los Siete Años: 23.
 Guzmán, Diego, esclavo ci-
 marrón: 48.

H

Halaou, jefe de esclavos suble-
 vados y general: 48, 49.
 Hardy, general Jean: 77.
 Hédouville, general Gabriel-
 Marie: 57, 67.
 Henríquez Vásquez, Francisco
 A. (Chito): 10.
 Hyacinthe, jefe de esclavos
 sublevados y general: 51.

I

Impresora del Caribe: 145.
 Impresora Dominicana: 145.
 Imprimerie Edmond Chenet:
 144.
 Imprimerie de A. Héreau: 146.
 Imprimerie Govin-Villers-Le
 Be146.
 Incháustegui Cabral, J. Mari-
 no: 108, 133.
 Industrias Gráficas España:
 145.



- Instituto de Historia [Cuba]: 143.
 Instituto del Libro: 143.
 International Publishers: 143.
 Isabel I (Tudor), reina: 56.

J

- Jambes, Colás, esclavo cimarrón: 48.
 James, C. L. R.: 56, 143.
 Jean-François, general: 51, 52, 53, 54, 67, 111, 112.
 Jeannot, jefe de esclavos sulevados: 51.
 Jefferson, Thomas: 93.
 Jimenes Grullón, Juan Isidro: 10.
 Jiménez, coronel: 134.
 Juventud Democrática: 9.

K

- Kerverseau, general François-M.: 67, 68, 77, 78, 99, 101.

L

- La Croix, barón François-Joseph-Pamphile de: 29, 30, 53, 91, 144.
 Lalondrie, general: 115.
 Lamarre, general: 88.
 Lambert, general Maurice: 46, 47.
 Laplume, jefe de esclavos sulevados: 51.
 Lasala, coronel Agustín: 134.
 Laurent, Gérard M.: 144.
 Laveaux, general Etienne: 55, 66.
 Leclerc, general Charles-Victor-Enmanuel: 7, 68, 74, 75, 76, 77, 78, 79, 80, 81, 82, 83, 84, 85, 86, 91, 123, 146.
 Lembá, esclavo cimarrón: 48.
 Lemour, Dérance: 51.
 Lenin, Vladimir Ilich Ulianof: 58.
 Leomonier Delafosse, Jean-Baptiste: 30, 31, 79, 89, 90, 91, 92, 102, 103.
 Les Presses Libres: 143.
 Leyburn, James G.: 29, 30, 35, 42, 43, 76, 84, 86, 94, 97, 144.
 Llenas, Dr. Alejandro: 72, 109, 120, 121.
 López de Castro, Baltasar: 49.
 Loring, comodoro Eugene: 90.
 Louis XVI: 42, 53, 66.
 Louverture, general Paul: 68, 70, 78, 87.
 Lugo, Américo, Colección: 27, 28, 30, 39, 142.



Luperón, Gregorio: 12.
Lyonnet, Pierre: 130.

M

Madiou, Thomas: 24, 27, 30,
35, 36, 37, 39, 40, 90, 91,
94, 102, 113, 120, 123,
144.

Magloire, general Ambroise:
87, 89, 114.

Magny, general: 115.

Maitland, general Edward: 55,
57.

Mancebo, Juan: 68.

Maribaraoux, esclavo cimarrón: 48.

Marrero Aristy, Ramón: 108.

Marx, Carlos: 20, 21, 144.

Maurepas, general: 78, 80, 85.

Mauviel, monseñor
Guillaume: 78.

Métraux, Alfred: 50, 144.

Mir, Pedro: 10, 18.

Mirabeau, Honoré Gabriel-
Riqueti, conde de: 46.

Missiessy, contralmirante:
121, 126.

Montalvo, coronel: 112.

Moreau de Saint Méry,
Médéric-Louis-Elie: 35, 37,
39, 40, 130, 144.

Moreau, general Jean-Victor:
115.

Morrillas, Francisco: 68.

Movimiento de Liberación
Dominicana: 9.

Movimiento Renovador de la
Universidad Autónoma de
Santo Domingo: 10.

Movimiento Revolucionario
14 de Junio: 9.

Moyse, general: 55, 57, 64, 65,
68, 73.

Muñoz, Andrés: 68.

N

Necker, Jacques: 42.

Nemours, coronel Emil: 144.

New York: 143, 146.

Nouel, presbítero Carlos: 49,
144.

Núñez, brigadier Francisco:
68.

Núñez, José: 120.

O

Oficina Poligráfica Italiana:
144.

Ogé, Vincent: 46.

Olendorf P., Éditeur: 146.

Oyarzábal, Juan: 127.



P

Padrejean, esclavo cimarrón: 48.

Pageot, general: 89.

Pagnerre, Éditeur: 146.

Papallier, general: 121.

Papillón, jefe de esclavos su-
blevados: 51.

Pattee, Ricardo: 35, 36, 82, 87,
95, 145.

Pedron, M.: 71, 130,

Peinier, conde Henri de: 45.

Peña Battle, Manuel A.:
10, 67, 68, 108, 145.

Peña, Lillo A., Editor: 142.

Pérez, Antonio: 71, 72, 134.

Pétion, Alexandre-Sabés: 78,
80, 85, 87, 88, 89, 98, 110,
114, 120, 122, 124, 138.

Pichardo, alférez Antonio: 71,
72.

Pichardo, Bernardo: 108.

Pierre-Charles, Gérard: 23, 25,
27, 29, 50, 60, 61, 62, 63,
94, 95, 97, 145.

Pillet ainé, Éditeur: 144.

Pinchinat, general: 46.

Pitt, William: 56.

Plymouth, esclavo cimarrón:
48.

Polanco, Diego: 100.

Polvérel, comisionado
Etienne: 53.

Polydor, jefe de esclavos su-
blevados: 48.

Price-Mars, Jean: 122, 123,
124, 145.

R

Ramel, comandante Julien:
86.

Ramos, Arthur: 37, 145.

Ramos, José Abelardo: 87,
142.

Random House: 143, 146.

Raphael, general: 115.

Revista ¡Ahora!: 143.

Revolución de Saint-
Domingue: 24, 29, 38, 48,
135, 142, 143, 144.

Revolución de Santo Domini-
go: 143.

Revolución Francesa: 7, 23,
38, 135, 143.

Revolución Haitiana: 9, 10,
11, 13, 17, 24, 143.

Revolución Industrial: 22.

Revolución Inglesa: 135.

Revolución Norteamericana:
135.

Reyes, comandante Manuel:
117.

Reyes, Francisco: 119.



- Reyes, Hermanos: 100.
 Reyes, Pedro: 119.
 Reynoso del Orbe, coronel
 José Serapio: 101, 105,
 106, 116, 117, 119.
 Richepanse, general: 82.
 Riguard, general André: 46,
 53, 55, 57, 60, 78, 81, 137.
 Robespierre, Maximilien-
 François-Marie-Isidore de:
 53.
 Rochambeau, general Dona-
 thien-Marie: 77, 86, 89,
 90, 91, 99, 123, 126.
 Rodríguez, Andrés: 100.
 Rodríguez, Antonio: 120.
 Rodríguez, Marcos: 9.
 Rodríguez, Melchor: 100.
 Rodríguez Demorizi, Emilio:
 39, 49, 71, 72, 73, 74, 77,
 108, 110, 113, 115, 116,
 119, 120, 121, 124, 130,
 131, 145.
 Rojas, Carlos de: 68.
 Rojas, José de: 120.
 Romain, general Paul: 87,
 115.
 Roume de Saint-Laurent, co-
 misionado Philippe-Rose:
 66, 67.
 Roussier, Paul: 76, 82, 83, 84,
 146.
 Ruiz, comandante Pedro: 105,
 106.
- ## S
- Saint-Jacques, Congregation
 des frères de: 143.
 Saint-Victor, Jean- Baptiste:
 146.
 Sánchez Valverde, Antonio:
 130, 146.
 Sánchez y Sánchez, Carlos:
 108.
 Sannon, Horace-Pauléus: 51,
 146.
 Sans-Souci, general: 85, 87.
 Schoelcher, Victor: 30, 146.
 Sociedad Amigos de los Ne-
 gros: 46.
 Societé d'Histoire des
 Colonies Françaises: 144.
 Sonthonax, comisionado
 Léger-Felicité: 53, 54, 57.
- ## T
- Tannenbaum, Frank: 38, 146.
 Tansill, Charles Gallan: 56,
 59, 146.
 Tavares, vicario Pedro: 118.
 Tavárez Justo, Manuel Aurelio
 (Manolo): 10.
 The John Hopkins Press: 146.
 Tierra Firme, Colección: 145.



Tolentino Dipp, Hugo: 10, 14, 18.

Toussaint L'Ouverture, François-Dominique: 7, 14, 48, 51, 52, 53, 54, 55, 56, 57, 58, 59, 60, 61, 62, 63, 64, 65, 66, 67, 68, 69, 70, 71, 72, 73, 75, 76, 77, 78, 79, 80, 81, 82, 84, 85, 98, 101, 111, 126, 130, 136, 138, 139, 140, 143, 144, 146.

Trujillo, Rafael Leónidas: 10, 144.

Turnier, Alain: 28, 29, 146.

U

Universidad Autónoma de Santo Domingo: 10, 18, 128, 142.

Urrutia, Carlos: 133.

Utrera, fray Ciprano de: 49.

V

Valerio, doña Francisca: 72.

Vaquero, Juan, esclavo cimarrón: 48.

Vásquez, padre José: 52, 111, 112, 113, 122, 124.

Veloz Maggiolo, Marcio: 18.

Vernet, general Claude: 87, 89.

Viau, Alfred: 111, 112, 113, 133, 146.

Viet, coronel: 102, 115.

Villaret-Joyeuse, almirante: 76.

Villate, general: 57.

Vintage Books: 146.

Vives, padre Sebastián José: 111.

Y

Yayaou, general: 87.

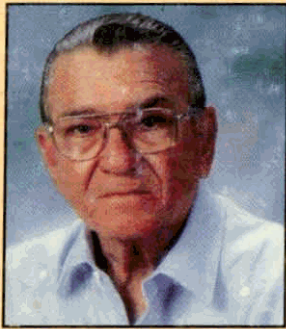






COLOFON

Esta cuarta edición corregida y ampliada de
La revolución haitiana y Santo Domingo
de Emilio Cordero Michel,
se terminó de imprimir en el mes de enero del año 2000
en los talleres gráficos de Editora BÚHO.
Santo Domingo, República Dominicana



Emilio Cordero Michel (1929) ingresó al Departamento de Economía de la Universidad Autónoma de Santo Domingo en 1966 para impartir cátedras de Geografía Económica y de Recursos Económicos Dominicanos. Desde 1969 ha sido profesor del Departamento de Historia y Antropología de las cátedras de Historia Social Dominicana e Historia de la Nación Dominicana. También

ha impartido docencia en el Instituto Tecnológico de Santo Domingo y en la Universidad Católica Santo Domingo. Es miembro de número de la Academia Dominicana de la Historia; integrante del Consejo Directivo del Instituto de Historia de la UASD y del Consejo Editorial de su revista *Ecos*.

Además de esta obra, editada por primera vez en 1969, ha publicado: *La Revolución Dominicana*, en inglés (1965) y en español (1966); *Cátedras de Recursos Económicos Dominicanos* (1966-1968) con la colaboración de Hamlet Hermann; *La economía precolonial de La Española* (1968); *La economía colonial de La Española* (1969); *Sobre la dictadura con respaldo popular* (1969); *Cátedras de historia económica, social y política dominicana* (1970); *El Máximo Gómez desconocido* (1986); *Movimientos sociales y políticos durante la Era de Trujillo* (1987); *Gregorio Luperón y Haití* (1993); *El antillanismo de Luperón* (1993); *Asuntos dominicanos en archivos ingleses* (1993) junto a Bernardo Vega; *Schomburgk y Samaná* (1993); *Proyecciones de la Revolución Haitiana en la sociedad dominicana* (1994); *¿Fue La Vega cuna de la producción azucarera colonial americana?* (1994); *Hernando Gorjón, hombre de empresa y hombre de presa* (1996); *Antonio Maceo* (comp. 1996); *La ciudad de Santo Domingo en las crónicas históricas* (comp. 1996); *Las expediciones de junio de 1959* (1999).

Ha presentado ponencias y ensayos históricos en congresos, seminarios, mesas redondas, talleres y paneles en universidades e instituciones científicas, tanto nacionales como extranjeras. Actualmente está finalizando tres trabajos de investigación: *El pensamiento evolucionario de Máximo Gómez*; *Iconografía de Máximo Gómez*; *Trujillo y la noche del 30 de mayo*.

